Un Vecino muy Divino

Él es todo lo que ella no necesita.
Y justo lo que no puede dejar de querer.



Cameron Love

Un Vecino Muy Divino

CAMERON LOVE

Copyright © 2026 Cameron Love

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

1ra Edición, mayo 2026.

ÍNDICE

1 La tostada, la dignidad y otras víctimas colaterales

2 Observación obsesiva totalmente casual

3 Ascensor incómodo, literatura peligrosa y otros errores de cálculo

4 Ruido, café y declaración informal de guerra fría

5 Interferencia externa, amigas indiscretas y diagnósticos no solicitados

6

Proximidad indebida, decisiones cuestionables y el problema de la piel

7

Cena forzada, conversaciones peligrosas y el problema de la normalidad

8

Celos absurdos, interpretaciones erróneas y el peligro de imaginar demasiado

9

Discusión civilizada, orgullo mal gestionado y el arte de no decir lo que importa

10

Silencios largos, miradas incómodas y el momento en que deja de ser casual

11

Conversaciones reales, verdades incómodas y el peligro de escuchar de verdad

12

Vulnerabilidad inesperada, historias que pesan y el riesgo de entender demasiado

13

Rutinas compartidas, coincidencias sospechosas y la trampa de lo cotidiano

14

Listas absurdas, negación elegante y la evidencia que no quiero aceptar Domingo.

15

Subtexto evidente, celos poco elegantes y el problema de imaginar cosas que no quieres imaginar

16

Casi besos, croissants sospechosos y el límite que aún no cruzamos

17

Madres invasivas, vecinos demasiado atractivos y el momento exacto en que tu vida deja de pertenecerte

18

Madres entrometidas, besos inevitables y el problema de que Jason Clark ya parezca parte de mi vida

19

Rutinas peligrosamente felices, advertencias inoportunas y el problema de empezar a escribirnos dentro de la vida del otro

20

Mercados londinenses, agentes literarias y el problema de enamorarse de alguien brillante

21

Sacrificios aparentemente pequeños y el miedo de convertirse en la parte equivocada de la historia de alguien

22

Una semana perfecta, un martes horrible y el principio de la duda

23

Comida tailandesa y la primera vez que dormir sola no fue casual

24

Amelia Clark, dos copas de vino y una cantidad ofensiva de lucidez

25

Miradas desde el otro lado del bar y otras formas sofisticadas de sufrir

26

La maleta

27

La doctora Hargreaves y el agotamiento de vivir siempre a la defensiva

28

El piso de al lado

29

Lago Windermere

30

Lo que no envié

31

Un mes después

32

El regreso

33

Hola otra vez

34

Las cosas que sí daban miedo

35

Epílogo

1

La tostada, la dignidad y otras víctimas colaterales

Lunes, 3 de marzo

Estado emocional: *razonablemente funcional, dentro de unos márgenes que cualquier profesional cuestionaría.*

Café ingerido: *dos tazas y media, aunque la media ha terminado fría y con una tristeza casi humana.*

Nivel de control sobre mi vida: *más bien ornamental.*

Tostadas perdidas en combate: *una, y no ha sido una muerte digna.*

He decidido empezar un diario porque mi terapeuta, la doctora Hargreaves, consideró que escribir mis pensamientos puede ayudarme a identificar patrones de conducta, lo cual suena muy razonable hasta que una recuerda que algunos patrones son tan evidentes que no hace falta escribirlos, sino ponerles una placa conmemorativa.

En mi caso, mis patrones podrían resumirse con bastante precisión en tres puntos: me organizo la vida como si fuera una hoja de cálculo; la vida ignora por completo dicha hoja de cálculo y, en lugar de limitarse a desordenarla, le prende fuego con una alegría francamente ofensiva; y yo, después del incendio, compro un cuaderno nuevo convencida de que esta vez sí.

El diario, por tanto, nace de un intento de madurez emocional, aunque sospecho que también nace de una necesidad profunda de justificar los treinta y dos años, el alquiler en Notting Hill y el hecho de que todavía haya mañanas en las que salgo de casa con una

tostada en la boca como si protagonizara una campaña de prevención contra la vida adulta.

Esta mañana, de hecho, iba a ser el comienzo de una versión mejorada de mí misma. No una Caroline Rouster completamente renovada, porque eso exigiría demasiada energía y probablemente una mudanza espiritual, sino una Caroline ligeramente más competente: una mujer capaz de levantarse a una hora decente, desayunar sentada, responder correos sin dramatizar y asistir a una reunión por Zoom sin parecer que acaba de sobrevivir a un naufragio doméstico.

Naturalmente, a las ocho y veinte seguía en bata, con el pelo recogido en un moño que no habría superado una inspección básica de sanidad capilar, mirando en el móvil un vídeo de una mujer sueca que ordenaba su despensa por tonos de beige. A las ocho y treinta y siete recordé que tenía una reunión a las nueve. A las ocho y cuarenta y dos metí una tostada en la tostadora con la confianza absurda de quien cree que aún puede salvar la mañana. Y a las ocho y cuarenta y ocho comprendí que hay días en los que el universo no te da señales, sino que directamente te lanza objetos.

Salí de mi piso con el portátil colgando de un brazo, el bolso abierto, la blusa metida de cualquier manera por dentro del pantalón y la tostada entre los dientes, una imagen que no transmitía eficiencia ni independencia, sino más bien la sospecha razonable de que esa mujer no debería tener acceso simultáneo a electrodomésticos y responsabilidades laborales.

Vivo en un edificio victoriano reformado, que es una manera elegante de decir que pago una cantidad indecente por techos altos, ventanas preciosas y tuberías con resentimientos heredados. El portal huele siempre a madera vieja, lluvia y un ambientador elegido por alguien que, en algún momento de su vida, debió confundir *hogar acogedor* con *sacristía cara*. El ascensor llevaba tres días fuera de servicio, porque en Londres todo lo que deja de funcionar se convierte inmediatamente en una prueba colectiva de paciencia, así

que bajé por las escaleras intentando no morir ni dejar un rastro de migas que delatara mi decadencia.

Fue entonces cuando recordé que me había dejado los auriculares.

La reunión era con Marjorie Blake, y esa mujer no conversa: emite discursos con la convicción de una emperatriz romana y la duración aproximada de una glaciación. Sin auriculares, su voz podía atravesar el portátil, las paredes y, con un poco de viento favorable, la conciencia de los vecinos.

Volví sobre mis pasos con una falta de elegancia que prefiero no documentar en exceso, abrí la puerta de mi piso, recogí los auriculares de la mesa de la entrada y salí de nuevo al rellano justo cuando la puerta de enfrente se abría.

No hubo tiempo para reaccionar con dignidad, ni siquiera para fabricar una de esas expresiones neutras que una mujer adulta debería tener siempre disponibles. Avancé, él salió, mi hombro chocó contra un pecho firme, el portátil resbaló, el bolso se abrió y la tostada salió disparada con una teatralidad innecesaria.

Durante un segundo, todo quedó suspendido en una especie de pausa absurda, como si el edificio entero estuviera esperando a comprobar si mi desayuno tenía algún futuro. Luego la tostada aterrizó en el suelo, boca abajo, porque incluso el pan sabe reconocer el momento exacto en que debe humillar a una persona.

—Mierda —murmuré, con la boca ya libre y la dignidad en estado crítico.

Una mano me sujetó del brazo antes de que terminara de perder el equilibrio. Era una mano grande, cálida y mucho más agradable de lo que resultaba conveniente para una mañana que ya venía suficientemente complicada. Levanté la vista con la intención de disculparme, protestar o culpar al urbanismo británico, pero lo que hice fue quedarme callada.

El hombre que tenía delante era alto de una manera poco práctica, con el pelo oscuro algo revuelto, barba de dos días y unos

ojos claros que no parecían de un color exacto, sino de esos que obligan a una mujer razonable a perder tres segundos intentando clasificarlos. Llevaba una camiseta blanca, vaqueros oscuros y esa calma ofensiva de quien no ha tenido que pelearse con una plancha ni con una tostada en las últimas veinticuatro horas.

—Lo siento —se disculpó, todavía sujetándome—. ¿Estás bien?

Tenía una voz grave, reposada, peligrosamente apta para disculpas y probablemente para malas decisiones.

—Sí —respondí, mirando de reojo la tostada cadáver—. Físicamente estoy bien. Emocionalmente, la situación necesita una evaluación más profunda.

Él bajó la vista al suelo, contempló la tostada con una seriedad casi respetuosa y después volvió a mirarme.

—¿Era importante?

—Era mi desayuno.

—Entonces sí.

—Gracias por reconocer su sacrificio.

Sonrió, y no fue una sonrisa grande ni descarada, sino algo peor: una sonrisa pequeña, contenida, de esas que sugieren que la otra persona tiene sentido del humor y sabe utilizarlo sin hacer ruido. Un hombre atractivo con una sonrisa así debería estar regulado por alguna normativa municipal.

—Podría invitarte a un café para compensar la pérdida —propuso.

Lo miré con la sospecha natural de una mujer que, antes de las nueve de la mañana, ya ha perdido alimento, compostura y posiblemente parte de su criterio.

—No puedo. Tengo una reunión.

—¿Con tostada o sin tostada?

—Ahora sin tostada, como una salvaje.

La sonrisa se le ensanchó apenas un poco.

—Jason Clark —se presentó, tendiéndome la mano.

Yo miré su mano, luego la mía, y descubrí con horror que aún tenía un resto de mermelada en el pulgar. Como no había forma elegante de resolver aquello, hice lo que hace cualquier mujer moderna ante una situación humillante: fingí que no existía.

—Caroline Rouster.

—Encantado, Caroline Rouster.

Pronunció mi nombre completo como si le divirtiera probarlo, y eso me pareció innecesariamente íntimo para un hombre que acababa de asesinar indirectamente mi desayuno.

—¿Te acabas de mudar? —pregunté, con la serenidad impostada de quien no busca información, sino que practica una cordialidad vecinal completamente normal.

—Ayer. Piso de al lado.

—Ya veo.

—Espero que nuestras próximas interacciones no impliquen más bajas alimentarias.

—Yo no prometería nada. Mi relación con los productos de panadería es inestable.

Esta vez sí soltó una risa breve, y yo cometí el error de notarlo demasiado. Miré el reloj del móvil y sentí que la realidad volvía a caerme encima con la sutileza de un piano.

—Mierda, la reunión.

Entré en mi piso, cogí bien los auriculares, salí de nuevo, casi volví a chocar con él —porque al parecer el rellano había decidido convertirse en una trampa romántica de bajo presupuesto— y bajé las escaleras con la velocidad poco digna de quien ya no puede aspirar a llegar puntual, solo a no parecer culpable.

—Caroline —me llamó desde arriba.

Me giré, aunque habría sido más prudente no hacerlo.

Jason se agachó, recogió algo del suelo y me lo enseñó entre dos dedos.

—Creo que esto también ha intentado escapar.

Era mi tarjeta de transporte.

La cogí con una gratitud que intenté mantener dentro de límites profesionales.

—Gracias.

—Que vaya bien la reunión.

—Que vaya bien… lo que sea que hagas tú.

—Escribir, supongo.

—¿Supones?

—Hay días en los que la diferencia entre escribir y mirar una pantalla con rencor es bastante sutil.

Aquello me habría hecho gracia incluso aunque él no tuviera esa voz, lo cual era una complicación añadida.

—Entonces que vaya bien el rencor.

—Gracias.

Salí del edificio bajo una llovizna fina, de esas que Londres utiliza no para mojarte de golpe, sino para recordarte durante horas que siempre puede empeorar. Llegué al café de la esquina, pedí un cappuccino para llevar y me conecté a la reunión seis minutos tarde, con la sensación de que mi vida acababa de adquirir una variable nueva y muy poco recomendable.

Marjorie Blake ya estaba hablando, por supuesto. ella siempre parecía haber empezado antes que el resto del mundo.

—Caroline, querida, ¿todo bien?

—Sí, perdona. He tenido un problema con una tostada.

Hubo un silencio lo bastante largo para que yo reconsiderara mi respuesta.

—¿Con una tostada? —preguntó Nigel, mi jefe, desde su recuadro.

—Larga historia.

—Tenemos cuarenta y cinco minutos —apuntó Marjorie.

—No tan larga.

La reunión avanzó entre debates sobre tendencias editoriales, protagonistas masculinos emocionalmente disponibles y el supuesto cansancio del mercado ante las portadas ilustradas. Yo defendí que el problema no eran las portadas, sino los libros sin pulso; Marjorie defendió que el público quería menos cinismo, y Nigel hizo lo que mejor sabe hacer, que es asentir como si estuviera a punto de decir algo relevante y luego no decirlo.

A media mañana, mientras alguien hablaba de *calidez narrativa* con la solemnidad de quien informa de una crisis diplomática, cometí el error de mirar por la ventana.

Mi vecinito estaba al otro lado de la calle, con un café en la mano y sin paraguas, hablando por teléfono bajo la lluvia como si el clima no fuera con él. Se pasó una mano por el pelo mojado y yo desvié la vista tan rápido que estuve a punto de lesionarme el cuello.

No iba a convertirme en una de esas mujeres que empiezan un diario para ordenar su vida y terminan dedicando páginas enteras a los antebrazos de un vecino. Yo no era esa persona. Era una persona distinta, quizá peor, pero no esa.

Al terminar la reunión, me llamó Sophie, mi mejor amiga, que trabaja en publicidad y tiene la inquietante capacidad de detectar una crisis romántica antes incluso de que una misma sepa que existe.

—¿Qué ha pasado? —soltó sin saludar.

—Buenos días a ti también.

—Tienes voz de acontecimiento.

—He conocido a mi nuevo vecino.

El silencio que siguió fue demasiado expresivo.

—¿Está bueno?

—Sophie.

—Eso es un sí con abrigo moral.

—No he dicho eso.

—No hace falta. Cuando intentas sonar digna, es que el hombre está buenísimo.

Suspiré y me quité los zapatos bajo la mesa, porque ciertas conversaciones exigen comodidad.

—Se llama Jason Clark.

—Nombre de hombre que sabe besar.

—No puedes saber eso por un nombre.

—Claro que puedo. Hay nombres que pagan impuestos y nombres que te empujan contra una pared. Jason Clark pertenece claramente al segundo grupo.

—Eres muy vulgar.

—Soy útil, y lo sabes.

Le aseguré que no iba a pasar nada, que era mi vecino, que probablemente sería insoportable y que yo estaba centrada en mí misma. Se rio con tanta fuerza que tuve que apartar el móvil de la oreja.

—La última vez que dijiste que estabas centrada en ti misma, te apuntaste a pilates y acabaste saliendo con el instructor.

—Fue una etapa de movilidad articular.

—Fue una obsesión por sus abdominales y llena de dependencia emocional.

Colgué poco después con la firme decisión de no pensar más en él, decisión que mantuve con bastante éxito durante aproximadamente diecisiete minutos.

A media tarde, mientras revisaba un manuscrito sobre una mujer que heredaba una librería en Cornualles y descubría que su exnovio era el nuevo alcalde —porque la literatura contemporánea se sostiene gracias a pueblos pequeños, herencias inesperadas y hombres con camisas de franela—, escuché movimiento en el pasillo. Cajas, pasos, una risa masculina.

No miré por la mirilla, porque mirar por la mirilla habría sido patético. Me acerqué a la puerta únicamente para comprobar que estaba cerrada, y si mi ojo terminó alineado con el cristal fue por pura casualidad arquitectónica.

Jason estaba cargando una caja. Detrás de él apareció una mujer rubia, guapísima, con un abrigo largo y el aire sereno de quien jamás ha salido de casa con una tostada entre los dientes. Ella le dijo algo, él rio, y yo me aparté de la puerta como si me hubieran sorprendido robando joyas de la Corona.

No me importó.

Quiero dejar constancia de que no me importó en absoluto.

Simplemente preparé té con una agresividad que quizá habría preocupado a la doctora Hargreaves.

Por la noche bajé a tirar la basura con un chándal viejo y una sudadera que pone Oxford Literary Festival 2018, aunque jamás he ido al dichoso evento y la compré en una tienda de segunda mano porque me pareció que proyectaba una intelectualidad cómoda.

Él estaba en el portal, naturalmente, porque Londres tiene millones de habitantes pero mi edificio parecía empeñado en funcionar como una comedia romántica con presupuesto limitado.

—Hola otra vez —saludó.

—Hola.

—Sin tostada.

—Estoy intentando reducir riesgos.

Se apoyó en la pared con una bolsa de basura en la mano, y hasta en un acto tan poco glamuroso como tirar residuos parecía

injustamente competente.

—He visto que trabajas desde casa.

—¿Me has visto?

—Tu ventana da a la calle. Estabas en una videollamada y parecías estar juzgando a alguien con mucha intensidad.

—Estaba trabajando.

—¿Juzgar gente es tu trabajo?

—Soy editora. Técnicamente, sí.

—Interesante.

—¿Y tú escribes qué, exactamente?

—Ahora mismo, algo que mi agente considera que necesita *más corazón*.

—Eso es un problemón.

—Eso pensé. —Vi un poco de decepción en su cara, *pobrecito*.

—Cuando alguien dice *más corazón*, normalmente quiere decir que no sabe qué falla, pero le gustaría sonar profundo mientras lo señala.

Jason me observó con una atención que me hizo arrepentirme de no haberme puesto rímel para tirar la basura, una frase que ninguna mujer con un mínimo de amor propio debería tener que escribir.

—Puede que necesite una editora —comentó.

—Y puede que yo necesite no trabajar con vecinos.

—¿Política personal?

—Supervivencia básica.

Volvió a sonreír, y yo empecé a sospechar que aquel hombre utilizaba sus recursos sin ningún tipo de responsabilidad social.

—Buenas noches, señorita Rouster.

—Buenas noches, señor Clark.

Subí a mi piso con una certeza nueva y profundamente molesta: mi vecino era un problema. No uno de esos problemas que exigen abogados, mudanzas o llamadas dramáticas a tu madre, sino un problema pequeño, cotidiano y mucho más peligroso, de los que empiezan con una tostada en el suelo y terminan con una mujer escribiendo en un diario a las once y media de la noche, preguntándose si de verdad ha cerrado bien la puerta o si, en el fondo, está esperando oír pasos al otro **lado.**

Conclusión del día: he perdido una tostada, he conocido a Jason Clark y empiezo a sospechar que la tostada ha sido la menor de mis pérdidas.

2

Observación obsesiva totalmente casual

Martes, 4 de marzo

Estado emocional: *equilibrado, siempre que no se considere la vigilancia vecinal como síntoma clínico.*

Cafés ingeridos: *tres; uno por sueño, otro por supervivencia y el tercero por una esperanza absurda que prefiero no analizar.*

Veces que he mirado por la mirilla: *cero, si nos atenemos a una interpretación generosa de la verdad.*

Nivel de amenaza de Jason Clark: *moderado, con posibilidades muy reales de convertirse en asunto municipal.*

Hoy he tomado una decisión madura, necesaria y probablemente recomendada por cualquier terapeuta que no quiera tener que escucharme durante seis sesiones hablar de un hombre que vive a cuatro pasos de mi puerta: no voy a pensar en él.

No porque tenga importancia, evidentemente, sino porque precisamente no la tiene. Es un vecino. Un hombre que ocupa el piso de al lado, que escribe cosas con *más corazón* pendiente de revisión y que, por lo que sé, tiene una relación peligrosa con las sonrisas pequeñas y los silencios bien colocados. Nada de eso debería alterar el funcionamiento normal de una mujer adulta con trabajo, hipoteca moral y una cesta de ropa limpia que lleva dos días esperando a ser doblada.

Además, tengo asuntos mucho más urgentes que atender. El manuscrito de Cornualles sigue teniendo una protagonista que cree que suspirar frente al mar cuenta como desarrollo de personaje; mi madre me dejó anoche un mensaje diciendo: *No es urgente, pero*

llámame antes de que me muera, que en su idioma suele significar que ha descubierto una oferta de edredones o que una prima segunda se ha separado de alguien con nombre compuesto; y el baño ha empezado a mostrar una mancha de humedad junto al espejo que, si la miro con suficiente cansancio, parece tener expresión propia.

Por tanto, no pensar en Jason Clark no solo era posible, sino recomendable.

A las ocho y siete escuché su puerta.

No pensé en él. Simplemente registré el dato como una ciudadana responsable que desea conocer los movimientos básicos de su edificio por motivos de seguridad, convivencia y prevención de incendios sentimentales.

Sonaron unas llaves, después unos pasos en el rellano y, por último, la puerta del portal cerrándose con ese golpe contenido que tienen los edificios viejos, como si todo en ellos quisiera ser discreto pero acabara anunciando la vida privada de sus habitantes.

Yo estaba en la cocina, con una cuchara suspendida sobre un yogur, y durante unos segundos me quedé inmóvil, no porque me importara que Jason hubiese salido, sino porque el cuerpo humano a veces se detiene ante estímulos irrelevantes. Es ciencia. Probablemente.

No miré por la mirilla.

Eso quiero dejarlo muy claro.

Me acerqué al recibidor porque había dejado allí una chaqueta, y la chaqueta, por casualidad, estaba cerca de la puerta. Una vez allí, consideré que quizá convenía comprobar que el pasillo seguía entero, que no había cajas bloqueando la salida, fugas de gas o vecinos atractivos poniendo en peligro el tránsito común.

Miré.

El pasillo estaba vacío.

Sentí alivio, que era razonable, y una decepción tan leve que apenas merece ser mencionada salvo por honestidad literaria. Fue una decepción abstracta, de esas que una siente al descubrir que una cafetería ha cerrado aunque no tuviera intención real de comprar café.

Volví a la cocina, añadí demasiada granola al yogur y me preparé un café tan fuerte que podría haber levantado un puente levadizo. Luego cometí el error de llamar a Sophie.

En mi defensa, todavía no había tomado suficiente cafeína para recordar que es una gran amiga, una excelente publicista y una criatura absolutamente incapaz de dejar pasar una debilidad ajena sin ponerle luces de neón.

—¿Y cómo sabes que ha salido temprano? —quiso saber en cuanto le mencioné, de manera casual, que el vecino nuevo debía de tener horarios raros.

—Porque lo he oído.

—Interesante…

—Las paredes son finas.

—Caroline, vives en un edificio que sobrevivió a bombardeos, reformas dudosas y tres juntas de vecinos. Las paredes no son finas. Tu interés, en cambio, empieza a tener grosor de cortina térmica.

—Qué desagradable eres antes de las nueve.

—Soy desagradable porque te quiero y porque tú eres muy mala mintiendo cuando un hombre te gusta.

—No me gusta. Lo conocí ayer.

—No he dicho que estés enamorada. He dicho que te gusta, que es la fase anterior a hacer búsquedas en internet con cara de estar investigando un crimen.

Me quedé callada el tiempo justo para que una amiga normal no notara nada. Sophie, por desgracia, no es una amiga normal; es una mujer capaz de oler la culpa a través de una línea telefónica.

—Caroline.

—No lo he buscado.

—Caroline —insintió.

—Escribí su nombre.

—¿Dónde?

—En Google.

Hubo un silencio delicioso, al menos para ella.

—Eso no es escribir su nombre. Eso es iniciar expediente.

—Vivimos en una sociedad digital. No puedo tener a un hombre llamado Jason Clark viviendo frente a mi puerta sin comprobar que no sea un asesino, un estafador o, peor, un poeta experimental.

—¿Y qué es? —curioseó.

—Escritor.

—Eso ya lo sabíamos.

—Escritor publicado por una buena editorial.

—Ah. Peligro con solapa.

No fue culpa mía, quiero insistir. Una mujer moderna no puede cruzarse con un hombre que se presenta como escritor, tiene una voz apta para disculpas nocturnas y se muda a mi lado, sin que se active una mínima diligencia informativa. La seguridad vecinal empieza por una misma.

Los resultados de búsqueda, por supuesto, fueron demasiado numerosos. Había un fontanero en Manchester, un jugador de rugby retirado, un chef en Bristol con un bigote que inspiraba poca confianza y, finalmente, un Jason Clark autor de una novela debut publicada tres años atrás, con críticas decentes, pocas entrevistas y una fotografía en blanco y negro donde miraba a la cámara como si supiera algo triste, profundo y ligeramente rentable.

Su biografía era irritantemente breve: *Vive en Londres. Escribe sobre el amor, la pérdida y las pequeñas mentiras que nos contamos*

para sobrevivir.

Cerré el portátil. Lo abrí otra vez. Volví a leerlo.

Amor, pérdida y pequeñas mentiras.

Qué pretencioso. Qué atractivo. Qué falta absoluta de consideración hacia mi paz mental.

A las diez tenía previsto revisar veinte páginas del manuscrito de Cornualles. Revisé cuatro, y en la quinta, cuando la protagonista miraba el mar por tercera vez en el mismo capítulo para darse cuenta de que «algo en su interior también estaba cambiando», escribí en el margen: «El oleaje no sustituye a un conflicto sólido». Después me quedé pensando en mi vecino sin paraguas bajo la lluvia, lo cual no tenía ninguna relación con el mar, el manuscrito ni mi jornada laboral, pero sí con mi creciente incapacidad para comportarme como una profesional estable.

A mediodía decidí bajar al supermercado.

Necesitaba leche, huevos y papel higiénico, tres productos que tienen la virtud de hacer que cualquier salida parezca legítima. Si además existía una posibilidad remota de cruzarme con él y confirmar que, a plena luz del día, era menos interesante que en el portal, eso no convertía mi compra en una misión encubierta; la convertía en una gestión doméstica con beneficios secundarios.

El supermercado de la esquina es uno de esos establecimientos londinenses que venden aguacates con más dignidad que algunas personas y pan de masa madre a un precio que sugiere que alguien le ha leído poesía durante la fermentación. Entré con una cesta, decidida a adquirir únicamente lo necesario, lo cual explica por qué cinco minutos después llevaba leche, huevos, dos paquetes de galletas y una pasta italiana cuyo precio me hizo sospechar que cada unidad había sido moldeada a mano por una viuda siciliana con conocimientos de canto lírico.

Estaba comparando espaguetis normales con *tagliatelle* innecesariamente sofisticados cuando escuché una voz a mi espalda.

—¿Decisión difícil?

Me giré con el sobresalto discreto de quien no ha planeado un encuentro pero tampoco puede declararse completamente inocente.

Mi vecino estaba allí, con un abrigo gris, el pelo un poco húmedo y una cesta que contenía café, tomates, una botella de vino tinto y cereales infantiles de chocolate.

Interesante.

—La pasta define muchas cosas de una persona —respondí, porque al parecer mi instinto de supervivencia social consiste en convertir cualquier frase normal en una intervención absurda.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto. Los espaguetis indican una personalidad clásica, aunque algo perezosa; los *penne* sugieren sentido práctico y poca imaginación; los *fusilli* revelan necesidad de atención; y los *tagliatelle* suelen pertenecer a personas que tienen una olla cara y opiniones muy firmes sobre el parmesano.

Observó el paquete que yo sostenía.

—¿Y esa?

—Esta dice: *Quiero parecer sofisticada, pero estoy a dos malas noticias de cenar galletas de pie.*

Bajó la vista a mi cesta, donde los dos paquetes de galletas ocupaban un lugar muy poco discreto.

—No iba a comentar nada.

—Has comentado con los ojos.

—Mis ojos son muy maleducados.

La frase se quedó entre nosotros con una comodidad injusta. Yo miré hacia las latas de garbanzos como si acabaran de ofrecerme una salida diplomática, porque no estaba preparada para que un hombre con abrigo gris, cereales infantiles y mirada insolente dijera cosas así en el pasillo de los hidratos.

—¿Siempre eres así? —preguntó.

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras corrigiendo el mundo en voz baja.

Me habría molestado menos si no hubiera acertado con una precisión ofensiva.

—Solo cuando el mundo viene mal puntuado.

Jason sonrió, y tuve la certeza de que esa sonrisa iba a convertirse en un problema de convivencia mucho antes de que terminara la semana.

—Anoche pensé en lo que dijiste —comentó.

—¿Sobre mis habilidades con la panadería o sobre tu falta de corazón literario?

—Sobre lo segundo, aunque lo primero también merece estudio.

—¿Y?

—Creo que tenías razón.

—Eso suele ocurrir.

—No sé si me gusta.

—Eso también suele ocurrir.

Apoyó una mano en la estantería, no lo bastante cerca como para invadir mi espacio, pero sí lo suficiente como para recordarme que el pasillo del supermercado era más estrecho de lo que una habría considerado recomendable.

—¿De verdad eres editora?

—No, es una tapadera. En realidad entreno palomas mensajeras para la aristocracia.

—Qué decepción. Me interesaba más.

—Lo entiendo.

—Podría enseñarte algo.

Parpadeé.

Él se dio cuenta de lo que acababa de decir al mismo tiempo que yo, y en lugar de aclararlo de inmediato, cometió la indecencia de

sonreír despacio.

—Algo que he escrito —añadió por fin.

—Es lo que he entendido —dije con falsa dignidad.

—¿Seguro?

—Textos, palabras, literatura. Evidentemente.

—Claro.

Le odié un poco en ese momento. No de forma profunda ni sostenida, sino con esa irritación limpia que provoca alguien cuando sabe perfectamente el efecto que causa y aun así decide comportarse como si no tuviera culpa.

—No trabajo gratis —advertí.

—Puedo pagarte en café.

—Eso no es un pago, es manipulación legal.

—¿Funciona?

—Depende del café. —Me crucé de brazos.

—Hay una cafetería en la esquina.

—La conozco.

—Mañana.

—Trabajo.

—Todo el mundo trabaja.

—Algunos incluso de verdad.

—Duro golpe para los escritores.

—Os recuperaréis escribiendo un párrafo sobre el dolor masculino.

Se llevó una mano al pecho con fingida solemnidad.

—Eso ha sido cruel.

—Ha sido edición preventiva.

Nos miramos unos segundos más de lo razonable. No ocurrió nada que pudiera contarse objetivamente como algo importante, y sin embargo yo noté cómo el silencio cambiaba de temperatura. Jason no se acercó, no bajó la voz, no hizo nada que una pudiera señalar en un juicio vecinal, pero me sostuvo la mirada con una calma que me resultó casi obscena, como si tuviera todo el tiempo del mundo para esperar a que yo decidiera si quería escapar o quedarme.

—Nueve y cuarto —cedí, porque una mujer también debe saber retirarse antes de perder la guerra completa—. Y solo porque necesito café antes de decidir si tu ego merece vivir.

—Me parece una hora muy razonable.

—No prometo ser amable —le advertí, morritos incluidos.

—Eso ya lo había deducido, señorita Rouster.

—Bien.

—Bien. —Asintió.

Nos separamos en la caja. Yo pagué primero porque necesitaba salir antes de añadir cualquier comentario sobre sus tomates, su vino o la sorprendente ternura de un hombre adulto que compra cereales de chocolate sin disculparse. Al empujar la puerta del supermercado, la lluvia me recibió con ese entusiasmo gris que Londres reserva para quienes creen que pueden hacer recados sin paraguas.

Apareció a mi lado un minuto después, con su bolsa en una mano y la expresión tranquila de quien no contempla la meteorología como una agresión personal.

—¿Sin paraguas otra vez? —observé.

—Me gusta la lluvia.

—Eso no es personalidad, es una enfermedad nacional.

—Tú tampoco llevas.

—Yo no he dicho que esté sana.

Caminamos juntos hacia el edificio sin haberlo decidido, lo que resulta mucho más peligroso que hacerlo a propósito, porque las cosas no planeadas tienen la mala costumbre de parecer inocentes. La lluvia nos iba mojando el pelo y los hombros, las bolsas golpeaban contra nuestras piernas y, por primera vez desde que se había mudado, la conversación dejó de parecer un duelo para parecer algo parecido a una costumbre incipiente.

—¿Cuánto llevas viviendo aquí? —preguntó.

—Cinco años.

—Entonces eres una institución en el edificio.

—Soy más bien una advertencia.

—¿De qué?

—De que una puede llegar a los treinta y dos con una carrera, un piso decente y ninguna idea real de qué está haciendo.

Jason no se rio, y eso, por algún motivo, me incomodó más que si lo hubiera hecho.

—Suena bastante humano.

La frase fue sencilla, sin esa superioridad de quienes convierten la vulnerabilidad ajena en oportunidad para dar consejos. No intentó arreglarlo, no me ofreció una reflexión profunda, no me explicó que todo pasa por algo, esa frase criminal que debería estar prohibida en conversaciones entre adultos. Solo lo dijo como si ser humana no fuera un defecto.

No me gustó. O me gustó demasiado, que empieza a ser el mismo problema con distinto abrigo.

Llegamos al portal justo cuando una de mis bolsas decidió romperse, porque mi vida tiene un sentido del humor que roza el acoso. La leche cayó primero, después los huevos y, por último, las galletas, que rodaron por el suelo con una dignidad muy superior a la mía.

—No —gemí, viendo el cartón de huevos abrirse como una escena trágica de bajo presupuesto.

Dejó su bolsa y se agachó conmigo.

—Creo que las galletas han sobrevivido —soltó.

—Gracias a Dios. Hay prioridades.

—Los huevos no tanto.

—No los mires. Tienen familia —Bromeé.

Soltó una carcajada. No una sonrisa educada, no una de esas risas breves que los hombres atractivos usan para demostrar que han entendido una broma sin despeinarse, sino una carcajada real, abierta, inesperada. Y algo en mí, una parte pequeña, absurda y probablemente privada de afecto desde hacía meses, se sintió ridículamente satisfecha.

Nos agachamos los dos para recoger el desastre. Su mano rozó la mía al coger el cartón roto, apenas un contacto mínimo, pero mi cuerpo reaccionó como si alguien hubiera enviado una circular interna de emergencia titulada: *Atención, esto podría complicarse*. Aparté la mano demasiado rápido y él, por suerte o por crueldad, no comentó nada.

—Te debo unos huevos —apuntó.

—No me debes unos huevos.

—Suena más dramático de lo que esperaba.

—Sí, y por favor, no digas esa frase en voz alta en el portal.

—Te compraré otros.

—No hace falta.

—Caroline.

Otra vez mi nombre. Otra vez ese modo de decirlo, como si estuviera probando sus bordes.

—Acepta los huevos —añadió.

—La frase no mejora.

Volvió a reírse, y yo también, aunque intenté que no se notara demasiado lo mucho que me gustaba aquella tontería.

Y ahí estuvo el primer momento verdaderamente peligroso.

No fue el choque de la tostada, ni la sonrisa en el portal, ni su voz grave diciendo mi nombre como si tuviera derecho a pronunciarlo despacio. Fue reírme con él bajo una lámpara horrible de comunidad mientras recogíamos huevos rotos del suelo. Porque una puede defenderse de un hombre atractivo con una dosis aceptable de cinismo, y también puede defenderse de un hombre ingenioso si mantiene la distancia adecuada, pero reírse con alguien en medio de una escena doméstica y ligeramente ridícula tiene algo íntimo, algo que se instala sin pedir permiso.

Subimos juntos en silencio. El ascensor seguía fuera de servicio, por supuesto, así que llegamos al rellano con ese cansancio poco romántico que tienen las escaleras cuando una lleva bolsas, humedad en el pelo y una tensión absurda en el pecho.

Durante un segundo nos quedamos frente a frente, cada uno con media compra superviviente y demasiadas cosas no dichas para dos personas que se habían conocido el día anterior.

—Mañana —recordó.

—Nueve y cuarto.

—No llegues tarde.

—Soy editora. Llego tarde con criterio —apunté con estilo.

—Hasta mañana, Caroline.

—Hasta mañana, Jason.

Entré en casa, cerré la puerta y me apoyé contra ella con la bolsa rota en una mano, los calcetines mojados y una idea insoportable alojada justo en el centro del pecho.

Quizá no me caía mal. Lo cual era muchísimo peor que si me cayera fatal. Caer mal es manejable. Caer mal ofrece estructura, argumentos, frases que una puede contarle a su amiga para parecer sensata. Caer bien, en cambio, es una grieta por la que se cuelan conversaciones, cafés aceptados por motivos profesionales y carcajadas en portales comunitarios.

Y que un hombre te haga reír mientras tus huevos mueren en el suelo, sinceramente, roza la indecencia.

Conclusión del día: no he pensado en Jason Clark salvo de forma casi constante, he aceptado tomar café con él por razones laborales, éticas y de cafeína, las galletas han sobrevivido y yo no estoy tan segura.

3

Ascensor incómodo, literatura peligrosa y otros errores de cálculo

Miércoles, 5 de marzo

Estado emocional: *preventivamente escéptico.*

Cafés ingeridos: *uno antes de salir de casa, uno durante el encuentro y uno mental mientras Jason hablaba.*

Veces que he pensado en cancelar: *seis.*

Veces que he cancelado: *cero, lo cual debería preocuparme.*

Nivel de amenaza de Jason Clark: *oficialmente literario; extraoficialmente, físico.*

He descubierto que hay pocas cosas más humillantes que arreglarse para un café que una ha insistido en calificar de *profesional.*

No me he arreglado mucho, por supuesto. Solo lo suficiente para parecer una mujer que no se ha arreglado, pero que casualmente ha elegido unos vaqueros que le sientan bien, se ha puesto rímel con precisión quirúrgica y ha pasado ocho minutos decidiendo si el jersey azul decía *editora seria* o *mujer disponible para una conversación con subtexto.*

Al final he escogido el azul.

No por él. Por mis ojos y por la literatura.

A las nueve y doce ya estaba lista, lo cual significaba que podía bajar con naturalidad a la cafetería de la esquina y fingir que no había salido tres minutos antes de lo necesario por miedo a parecer demasiado puntual. El problema era que, al abrir la puerta del piso, Jason Clark estaba en el rellano.

De pie. Con abrigo oscuro y una libreta bajo el brazo.Y con esa calma suya, tan poco razonable, como si no existiera ninguna posibilidad de que el mundo le cayera encima antes del desayuno.

—Buenos días, Caroline —saludó, mirándome con una media sonrisa.

—Buenos días —respondí yo, cerrando la puerta con una serenidad que no sentía—. Veo que sigues habitando el rellano de manera estratégica.

—Vivo aquí —replicó él.

—Detalle técnico.

—También podría decir que tú has salido justo cuando yo salía.

—Coincidencia urbanística.

—Qué conveniente.

—Londres está lleno de ellas.

Él bajó la mirada a mi jersey, no de una manera descarada, sino de una forma lo bastante breve como para resultar educada y lo bastante lenta como para que yo quisiera arrancarme la piel y sustituirla por una versión menos reactiva.

—Te queda bien el azul —comentó Jason.

—Es un jersey —contesté yo, porque al parecer mi respuesta natural ante un cumplido consistía en defender la naturaleza textil del objeto.

—Gracias por aclarármelo. Pero eso no quita el hecho de que puede quedarte bien.

—También puede abrigar, que es su función principal.

—Nunca habría pensado que una editora pudiera ser tan hostil con una prenda.

—Las prendas las carga el diablo si nadie les pone límites.

Soltó una risa baja y señaló hacia el ascensor, cuya puerta estaba abierta por primera vez en varios días. El edificio había decidido

resucitarlo justo a tiempo para encerrarme en una caja metálica con un hombre que mi sistema nervioso ya había empezado a catalogar como amenaza de proximidad.

—Parece que funciona —observó.

—No cantemos victoria. Este edificio tiene talento para la traición.

Entramos los dos. El ascensor era antiguo, estrecho y con un espejo pequeño en la pared del fondo que tenía la crueldad de mostrar lo cerca que estábamos. Jason pulsó la planta baja y yo me quedé mirando los números con la intensidad de quien espera una revelación religiosa.

Durante los primeros segundos, todo fue razonablemente normal. Luego el ascensor dio un tirón, se detuvo entre pisos y apagó la luz durante apenas un instante, lo suficiente para que mi alma abandonara brevemente mi cuerpo y regresara con una reclamación formal.

—No —murmuré yo.

—Creo que se ha parado —indicó, con una tranquilidad pasmosa..

—Gracias por el informe técnico, Jason. Sin ti habría pensado que estábamos flotando.

—Y sin ti, yo no sabría que lo que llevas puesto es un jersey, así que empate.

Él pulsó el botón de emergencia. El ascensor emitió un pitido miserable y después una voz lejana respondió con un crujido por el interfono.

—Mantenimiento —dijo una voz masculina—. ¿Todo bien?

—Estamos atrapados entre la segunda y la primera planta —explicó.

—¿Cuántos son? —preguntó el hombre.

—Dos —respondió.

—¿Hay alguien nervioso?

Jason me miró.

Yo lo miré a él.

—No —contestó demasiado rápido.

—Mentiroso —susurré.

—En quince o veinte minutos lo tenemos —avisó el hombre de mantenimiento—. No intenten abrir las puertas.

—No pensaba hacerlo —contesté yo, acercándome al interfono—. Mi plan era más bien envejecer aquí y dejar que me encontraran abrazada a mi dignidad perdida.

Hubo una pausa al otro lado.

—Muy bien, señora —dijo el hombre, visiblemente arrepentido de su profesión.

El interfono se cortó. Y yo me quedé con la amarga sensación de que me había llamado *señora*.

El silencio que quedó después era demasiado denso para un espacio tan pequeño. Apoyó la espalda en la pared, cruzó los brazos y me observó con una paciencia que me irritó aún más porque parecía sincera.

—¿Claustrofobia? —preguntó.

—No exactamente —respondí yo—. Más bien aversión a morir en un ascensor con un escritor y un jersey que no ha alcanzado todo su potencial.

—Podría ser peor.

—No veo cómo.

—Podrías estar atrapada con Marjorie Blake.

Eso me arrancó una risa antes de poder evitarlo.

—Has retenido el nombre —observé.

—Parecía importante. Las personas que causan traumas profesionales suelen serlo.

—Marjorie no causa traumas. Los cultiva.

—Entonces tengo suerte de estar atrapado contigo.

Me giré hacia él con cautela.

—No te precipites. Todavía puedo decepcionarte mucho.

—Lo espero con interés. —Levantó las cejas un par de veces.

El ascensor volvió a emitir un ruido metálico, no lo bastante dramático para matarnos, pero sí lo suficiente para recordarme que aquella caja suspendida en el vacío no era el mejor lugar para jugar a la tensión verbal.

—¿Tienes el texto? —pregunté, señalando su libreta para cambiar de tema con la sutileza de quien empuja un sofá por unas escaleras.

—Sí. Aunque empiezo a pensar que enseñárselo a una editora en un ascensor atrapado podría considerarse presión psicológica.

—Depende de la calidad del texto.

Abrió la libreta y arrancó una hoja doblada con cuidado. No me la dio enseguida, lo cual hizo que yo reparara en sus dedos, en la manera en que sostenía el papel y en el detalle absurdo de que tenía una pequeña mancha de tinta en el lateral de la mano. Aquello me pareció íntimo sin ningún motivo razonable.

—Es una escena —explicó—. No está pulida.

—Todo escritor dice eso antes de entregar algo que en realidad ha revisado diecisiete veces.

—No todos.

—Los vivos, sí. Sé de lo que hablo.

Me pasó la hoja y empecé a leerla.

Al principio lo hice como profesional, con la distancia limpia de quien revisa ritmo, intención, fraseo y construcción emocional. Después dejé de pensar tanto en la estructura y empecé a sentir algo incómodo: el texto era bueno. No perfecto, no del todo equilibrado, quizá demasiado contenido en algunos puntos, pero

bueno. Había una escena entre dos personas que no se atrevían a tocarse y, aun así, todo en la página parecía acercarlas.

—No está mal —dictaminé al cabo de un rato.

Levantó una ceja.

—Eso, viniendo de ti, suena casi obsceno.

—No te emociones. He dicho que no está mal, no que debamos avisar al comité del Nobel.

—¿Qué falla?

—Contienes demasiado la emoción —respondí yo, devolviéndole el papel—. Se nota que sabes escribir alrededor de lo que duele, pero a veces parece que tienes miedo de entrar.

Él dejó de sonreír.

Fue un cambio pequeño, apenas una sombra en la expresión, pero lo vi. Y, como suele pasar cuando una ve algo que no debería haber visto, me arrepentí al instante.

—Interesante —murmuró.

—Perdón. ¿Ha sonado demasiado directo?

—Eres editora. Supongo que eso significa que vienes sin *airbag.*

—Depende del presupuesto del cliente.

Miró la hoja, la dobló despacio y la guardó de nuevo en la libreta.

—Mi agente dice algo parecido —confesó.

—¿Lo de que necesitas más corazón?

—Sí.

—Pues tu agente y yo somos personas sensatas.

—O personas crueles con vocabulario elegante —apuntó.

—La diferencia es meramente administrativa.

Durante unos segundos no hablamos. El ascensor seguía detenido, el aire empezaba a volverse cálido y yo era demasiado consciente de que Jason estaba a menos de un metro. No cerca en

términos objetivos, quizá, pero sí en esa clase de proximidad que una no puede ignorar cuando acaba de leer algo vulnerable escrito por la otra persona.

—¿Por qué escribes sobre amor si pareces desconfiar tanto de él? —indagué yo, y en cuanto lo dije supe que había cruzado una línea que no estaba marcada en el suelo, pero existía.

Me miró con una calma más seria.

—Quizá por eso mismo.

—Eso no tiene sentido.

—Claro que lo tiene. Hay gente que escribe sobre casas porque nunca ha tenido una que se sintiera suya.

La respuesta me descolocó. No porque fuera trágica en voz alta, sino porque no lo era. La dijo con una sencillez que no buscaba compasión, y eso la hacía más peligrosa.

—Eso ha sido injustamente bueno —admití.

—Puedes apuntarlo en tu informe.

—Mi informe sobre ti todavía está en fase inicial.

—¿Y qué dice por ahora?

Le sostuve la mirada con intención de parecer firme, pero el ascensor eligió ese momento para dar otro tirón. Perdí el equilibrio y él me sujetó por la cintura antes de que terminara de caer contra él.

No fue nada.

Eso sería lo lógico de escribir.

No fue nada, salvo que su mano quedó en mi cintura, mi mano se apoyó en su pecho y durante un segundo completo el mundo se redujo a dos respiraciones, un espacio mínimo y la conciencia feroz de que olía a café, lluvia y algo cálido que no supe identificar sin parecer una demente.

—¿Estás bien? —preguntó en voz más baja.

—Sí —respondí yo, aunque no estaba segura de a qué parte de mí se refería.

No se apartó de inmediato. Yo tampoco.

Fue un error compartido, lo cual siempre resulta más difícil de negar.

—Caroline —dijo, y esta vez mi nombre no sonó divertido, sino cuidadoso.

—No digas mi nombre así —le advertí yo.

—¿Así cómo?

—Como si supieras algo que yo no he autorizado.

Una sonrisa mínima le rozó la boca.

—No sabía que necesitaba permiso.

—Para casi todo lo interesante, sí.

El ascensor volvió a moverse justo entonces, con un chirrido que me salvó de mí misma y de la posibilidad muy real de hacer algo estúpido en un espacio sin ventilación. Jason soltó mi cintura, yo retiré la mano de su pecho y ambos recuperamos una distancia que parecía correcta en centímetros y ridícula en consecuencias.

Llegamos a la planta baja con un golpe suave. Las puertas se abrieron y el portero del edificio, el señor Whitman, nos miró como si acabáramos de regresar de una expedición polar.

—¿Todo bien? —preguntó el señor Whitman.

—Perfectamente —respondí yo, saliendo demasiado rápido.

—Ha sido una experiencia enriquecedora —añadió.

—El ascensor no debería usarse hasta revisarlo —advirtió el señor Whitman.

—Brillante idea —contesté yo—. Quizá podrían poner un cartel que diga: *No entrar salvo que desee replantearse sus decisiones vitales.*

Caminó a mi lado hacia la calle. La cafetería seguía estando allí, a menos de un minuto, pero algo había cambiado entre el rellano y el portal. Ya no íbamos a tomar un café para hablar de su texto. O sí. Pero también no. Esa era la clase de matiz que hace que una mujer adulta considere fingir una llamada urgente del dentista.

—Podemos dejarlo para otro día —propuso, observándome.

—¿El café?

—La disección de mi alma literaria.

—No seas dramático. Eso es privilegio de los editados.

—Entonces seguimos.

—Seguimos —confirmé yo, porque una parte de mí todavía tenía sentido profesional y la otra parte, la imbécil, quería saber cómo pedía el café.

La cafetería estaba llena de gente con portátiles, bebés dormidos y caras de creer que pagar cuatro libras por un croissant era una experiencia cultural. Nos sentamos junto a la ventana. Jason pidió un americano, lo cual me pareció sobrio hasta la sospecha, y yo un cappuccino, porque hay días en los que una necesita espuma para sostener la personalidad.

Durante media hora hablamos de su novela. De verdad. Hablamos de estructura, de personajes que se protegían demasiado, de diálogos que decían menos de lo que escondían y de esa tendencia tan masculina a confundir silencio con misterio cuando a veces solo es cobardía con buena iluminación.

Me escuchó. No interrumpió. No defendió cada frase como si yo hubiera atacado a un hijo.

—Eres buena —reconoció al final, removiendo su café.

—Lo sé.

—Podrías fingir un poco de modestia.

—Podría, pero sería otro servicio y tampoco trabajo gratis.

Se rio y miró por la ventana. La luz gris de la mañana le marcaba el perfil, y yo tuve que hacer un esfuerzo muy serio para recordar que mi trabajo consistía en señalar fallos narrativos, no en catalogar mandíbulas.

—Me gusta cómo miras los textos —me soltó.

—¿Con decepción preventiva?

—Con respeto, aunque seas implacable.

No supe responder con una broma a tiempo, y eso fue profundamente alarmante. Cuando el humor no llega, una empieza a quedar demasiado expuesta.

—Los textos son más honestos que las personas —dije al fin.

Él volvió la vista hacia mí.

—¿Eso lo crees de verdad?

—Algunos días.

—¿Y hoy?

Hoy había leído una escena suya en un ascensor, había sentido su mano en mi cintura y había aceptado un café que ya no podía llamar del todo profesional sin insultar a la gramática emocional.

—Hoy todavía estoy decidiendo —respondí.

No hubo beso. No hubo confesión. No hubo nada que pudiera anotarse con claridad en una escaleta salvo un cambio sutil, una especie de grieta pequeña en mi magnífico sistema de defensa.

Pero cuando volvimos al edificio y nos despedimos en el portal, me miró un segundo más de lo necesario y yo no aparté la vista enseguida.

Eso fue todo. Y, por alguna razón profundamente molesta, fue bastante.

Conclusión del día: he sobrevivido a un ascensor averiado, he descubierto que Jason Clark escribe mejor de lo que me conviene y

he confirmado que mi cuerpo, que hasta ahora parecía tener una opinión moderadamente sensata sobre la vida, ha decidido independizarse de mi cerebro.

4

Ruido, café y declaración informal de guerra fría

Jueves, 6 de marzo

Estado emocional: *oficialmente irritada, aunque ciertas fuentes internas sugieren confusión.*

Cafés ingeridos: *cuatro, uno de ellos por resentimiento.*

Veces que he releído mentalmente la escena del ascensor: *ninguna que vaya a admitir.*

Veces que he oído a Jason reír al otro lado de la pared: *demasiadas.*

Nivel de amenaza de Jason Clark: *alto, especialmente en horario nocturno.*

Hay algo profundamente indignante en descubrir que un hombre puede gustarte más después de encerrarte con él en un ascensor averiado. Una esperaría que una experiencia así sirviera para rebajar cualquier tensión, porque no hay nada especialmente seductor en un espacio mal ventilado, un interfono defectuoso y la posibilidad de morir entre plantas mientras el portero busca al técnico con la urgencia de una tortuga con artrosis.

Sin embargo, mi cerebro, que últimamente parece dirigido por un comité de becarios sin supervisión, no ha decidido recordar el pitido del botón de emergencia, ni el olor metálico del ascensor, ni la vergüenza de haberme agarrado al pecho de Jason como una viuda de drama del siglo pasado. No. Mi cerebro ha elegido recordar su mano en mi cintura, su forma de decir mi nombre y el hecho irritante de que escuchara mis críticas sobre su texto sin ponerse a la defensiva.

Eso último, en particular, me parece una estrategia sucia.

Los hombres no deberían escuchar bien. Descompensa todo el sistema.

Pasé la mañana intentando trabajar, pero el manuscrito de Cornualles se resistía con la tenacidad de una gaviota urbana. La protagonista llevaba seis páginas preguntándose si debía volver a abrir su corazón al alcalde, y yo, en un alarde de profesionalidad que quizá debería preocupar a mi empresa, escribí en el margen: *Nadie abre un corazón como quien abre una tienda de velas. Revisar metáfora.*

A las once llamó mi madre.

Contesté porque ignorarla solo habría pospuesto lo inevitable y aumentado el dramatismo de su siguiente mensaje.

—Caroline, cariño —saludó mi madre con esa voz que siempre anuncia que no va a preguntar nada sencillo—. ¿Estás comiendo bien?

—Buenos días a ti también, mamá —respondí yo, quitándome las gafas.

—Te pregunto porque ayer soñé que estabas muy delgada y vivías en una casa con humedades.

Miré la mancha del baño desde mi escritorio, visible si inclinaba la cabeza.

—Qué sueño tan imaginativo.

—Las madres notamos cosas.

—Las madres también leen demasiado en los sueños.

—Tu tía Margaret dice que los sueños avisan.

—La tía Margaret también dice que los gatos ven fantasmas y que el microondas le cambia el carácter a la sopa.

—No seas sarcástica, Caroline. ¿Hay novedades?

En mi familia, *novedades* significa una de tres cosas: trabajo, salud u hombres. Y como mi madre considera que mi trabajo es algo

con libros y ordenadores, mi salud la mide por el tono de mi voz, y mi vida sentimental es para ella una serie de televisión cancelada demasiado pronto, sabía perfectamente hacia dónde se dirigía aquello.

—Ninguna novedad —mentí.

—¿Ningún hombre?

—Mamá, no empieces.

—Solo pregunto.

—Preguntas como un inspector de aduanas.

—Es que ya tienes treinta y dos.

—Gracias. Se me había olvidado desde ayer.

—No lo digo por presionarte.

—Es verdad, solo lo dices con un talento natural para que parezca presión sin tener que rellenar formularios.

Mi madre suspiró.

—Solo quiero que no te cierres.

La frase me hizo pensar en Jason, lo cual me pareció una traición de bajo nivel por parte de mi subconsciente.

—Estoy muy abierta —aseguré.

—¿A qué?

—A terminar esta llamada sin hablar de mi útero.

—Está bien, está bien. Pero si aparece alguien agradable, no lo espantes con esas frases tuyas.

—Mis frases son un mecanismo de selección natural.

—Pues a ver si seleccionan algo antes de que yo necesite andador.

Colgué diez minutos después, no sin prometer que comía verduras, dormía razonablemente y no vivía en una cueva, aunque las tres afirmaciones admitían debate.

A las siete de la tarde, cuando por fin había conseguido entrar en ritmo de trabajo y estaba a punto de resolver un problema estructural del manuscrito, empezó el ruido.

Al principio fue un golpe aislado.

Después otro.

Luego una música baja, una carcajada masculina y el sonido inequívoco de muebles arrastrándose al otro lado de la pared.

La pared de Jason.

Respiré hondo hasta cuatro veces.

La doctora Hargreaves dice que conviene no reaccionar desde la irritación inmediata, sino conceder al otro el beneficio de la duda. Evidentemente, no vive junto a un escritor que mueve muebles justo cuando una editora intenta salvar una novela costera del colapso.

Aguanté doce minutos.

Doce minutos heroicos, durante los cuales corregí una frase, abrí y cerré el correo tres veces, y desarrollé una fantasía muy elaborada en la que el edificio introducía una normativa interna contra hombres atractivos con mesas ruidosas.

Al minuto trece, salí al rellano y llamé a su puerta.

Abrió casi de inmediato. Llevaba una camiseta negra, el pelo revuelto y una expresión de concentración interrumpida que, por desgracia, le quedaba mejor que a mí la estabilidad emocional.

—Caroline —dijo, sorprendido—. Qué visita tan vecinal.

—Jason —respondí yo—. Qué concierto tan inmobiliario.

Él frunció ligeramente el ceño.

—¿ Te molesta el ruido?

—No, he venido a felicitarte por tu interpretación de: *Hombre arrastrando mesa en re menor.*

Él miró hacia el interior de su piso.

—Lo siento. Estoy intentando colocar el escritorio.

—¿Desde las siete de la tarde o desde una crisis de identidad?

—El escritorio pesa.

—También pesa la culpa y procuro no arrastrarla contra paredes compartidas.

Apareció detrás de él la mujer rubia del otro día. Llevaba el pelo recogido, una camisa blanca y esa clase de naturalidad elegante que hace que una se mire mentalmente los calcetines aunque no se vean.

—¿Todo bien? —preguntó la mujer, mirándolo a él y luego a mí.

—Mi vecina ha venido a denunciar el escritorio —explicó.

—No denuncio el escritorio —aclaré yo—. Denuncio su vocación musical.

La mujer sonrió con una simpatía que me fastidió porque parecía auténtica.

—Soy Amelia —se presentó ella—. Hermana de Jason y víctima habitual de sus decisiones logísticas.

Su hermana.

Sentí alivio, lo cual fue molesto, y después sentí molestia por haber sentido alivio, lo cual fue agotador. Mi vida interior empieza a parecer una reunión de comité sin acta.

—Caroline Rouster —respondí yo, estrechándole la mano—. Vecina de enfrente y víctima auditiva reciente.

—He oído hablar de ti —dijo Amelia.

Lo miré.

—¿Ah, sí?

Él no pareció especialmente incómodo, lo cual me incomodó a mí por los dos.

—Mencioné lo de la tostada —explicó.

—Y lo del ascensor —añadió Amelia con una sonrisa demasiado informada.

—Qué bonito —murmuré yo—. Ya soy tradición oral familiar.

—En su defensa —intervino Amelia—, Mi hermano rara vez habla de sus vecinos, así que supuse que le habías causado impresión.

Él le lanzó una mirada de advertencia.

—Amelia...

—¿Qué? —replicó ella—. Estoy siendo amable.

—Estás siendo tú.

—Es exactamente lo mismo.

Me habría gustado odiarla, pero la verdad es que me cayó bien casi al instante, lo cual me dejó sin un recurso dramático muy útil.

—Prometemos reducir el ruido —aseguró Amelia—. En cuanto este hombre acepte que el escritorio no puede atravesar una pared por pura voluntad.

—Estoy considerando otras ubicaciones —señaló Jason.

—Estás considerando rendirte, como siempre —corrigió Amelia.

—La rendición también es una estrategia espacial —añadí yo.

Me miró con una media sonrisa.

—Veo que has venido a quejarte y te has quedado a organizar mi piso y mi vida.

—Es una consecuencia natural de verte hacerlo mal.

—¿Quieres entrar y opinar con más precisión? —añadió mientras su hermana nos observaba con curiosidad.

La invitación quedó en el aire como un objeto lanzado con aparente descuido pero intención dudosa. Amelia miró a su hermano, luego a mí, y tuvo la delicadeza de no sonreír demasiado, aunque se le notó el esfuerzo.

—No —respondí yo, quizá demasiado rápido—. Tengo trabajo.

—Claro —indicó —. El mundo mal puntuado no se corrige solo.

—Exacto.

—Aunque podrías entrar dos minutos y decirme dónde pondrías el escritorio.

—No soy interiorista.

—Pero eres editora. Sabes detectar estructuras fallidas.

Eso fue innecesariamente hábil.

Entré. Solo dos minutos. Quiero que conste.

El piso de Jason estaba todavía a medio montar, con cajas apiladas junto a la ventana, libros en el suelo, una lámpara sin pantalla y una mesa enorme colocada en mitad del salón como si hubiera sido abandonada allí tras una evacuación. Olía a madera, café y pintura reciente. Había una manta sobre el sofá, dos tazas en la encimera y una pila de libros junto a la pared que me hizo sentir una curiosidad indecente.

—El escritorio no puede ir ahí —dictaminé yo, señalando la pared compartida con mi dormitorio—. A menos que planees escribir escenas de madrugada mientras yo desarrollo un trastorno.

—Es mi mejor pared —objetó él.

—Y mi peor consecuencia.

Amelia soltó una risa.

—Me gusta —declaró ella—. Es precisa.

—No la animes —pidió él.

—Alguien tiene que hacerlo.

Caminé hacia la ventana y señalé el hueco junto a una estantería baja.

—Ahí. Luz natural, menos ruido, no bloqueas el paso y dejas de castigar a la comunidad.

Se colocó a mi lado, lo bastante cerca para que yo notara el calor de su hombro sin que hubiera contacto. Miró el espacio, luego a mí.

—Tienes razón.

—Eso también es una costumbre mía.

—Empiezo a notarlo.

Durante un segundo, la conversación pareció dejar fuera a Amelia, al escritorio, al ruido y a cualquier excusa racional que me hubiera llevado allí. Jason me miraba como en la cafetería, con esa atención detenida que no exigía nada pero tampoco se apartaba. Yo pensé en la escena del ascensor, en su mano en mi cintura y en lo mal que me venía que un hombre supiera escuchar, escribir y aceptar sugerencias sobre mobiliario.

Amelia carraspeó con una falta de inocencia evidente.

—Voy a bajar a comprar vino —anunció—. Porque esto, sea lo que sea, necesita alcohol o supervisión adulta, y yo solo puedo proporcionar una de las dos cosas.

—Amelia —advirtió.

—Hermanito —contestó ella con el mismo tono— No arrastres nada hasta que vuelva. Caroline, ha sido un placer.

—Igualmente —respondí yo, intentando no parecer una intrusa atrapada en una escena que no había autorizado.

Amelia salió del piso y la puerta se cerró detrás de ella.

El silencio que dejó fue mucho menos cómodo que el ruido que me había llevado allí.

—Tu hermana es sutil —comenté.

—No lo ha sido desde 1994.

—Debió de ser un año difícil.

—Para mis padres, sobre todo.

Se inclinó para agarrar un extremo del escritorio.

—¿Me ayudas? Prometo no convertirlo en una metáfora sobre trabajo en equipo.

—Más te vale.

Nos colocamos cada uno a un lado de la mesa. El escritorio pesaba una barbaridad, probablemente porque los escritores tienen

la manía de rodearse de muebles que sugieren profundidad. Lo movimos despacio hasta la ventana, entre instrucciones cruzadas, pequeños tropiezos y una cantidad absurda de contacto accidental que mi cerebro decidió registrar con precisión administrativa.

—A la izquierda —indiqué yo.

—¿Mi izquierda o tu izquierda? —preguntó él.

—La izquierda correcta.

—Eso aclara muchísimo.

—Empuja un poco.

—Estoy empujando —se quejó.

—Empuja con convicción.

—No sabía que los muebles respondieran a valores morales.

—Este claramente sí.

Conseguimos colocarlo al fin. Yo retrocedí para valorar el resultado, pero tropecé con una caja y me sujetó por el brazo antes de que cayera. Otra vez. Esto empieza a parecer una estrategia del universo o una deficiencia grave de mi equilibrio.

—Tienes una relación complicada con la gravedad —observó.

—Fue ella quien empezó.

—¿Estás bien?

—Sí. Mi dignidad ya viene de serie con amortiguación.

No me soltó enseguida. Su pulgar quedó apoyado en la parte interna de mi muñeca, justo donde el pulso tiene la mala educación de delatar a una. Jason bajó la vista un instante, como si hubiera notado el ritmo acelerado bajo sus dedos, y yo retiré la mano con una rapidez que no ayudó nada a mi defensa.

—Debería irme —dije.

—Porque tienes trabajo.

—Porque tienes una hermana que va a volver con vino y no quiero formar parte de ninguna interpretación familiar.

—Amelia interpreta aunque no haya reparto.

—Mejor aún para huir.

Me acompañó hasta la puerta. Al abrirla, el rellano pareció de pronto demasiado estrecho, como si nuestro edificio tuviera la capacidad de reducir espacios en función de mi nivel de incomodidad.

—Gracias por lo del escritorio —señaló.

—Haz buen uso de él. Escribe algo con corazón, si no te resulta demasiado traumático.

—Podría intentarlo.

—No fuerces. Los hombres que intentan sentir de golpe suelen escribir frases muy largas sobre el océano.

—Tú dices frases largas.

—Yo tengo autorización profesional.

Esbozó un sonrisa, pero esta vez había algo más suave en su expresión.

—Buenas noches, Caroline.

—Buenas noches, vecino.

Volví a mi piso con la irritante sensación de que había perdido una batalla que ni siquiera sabía que estaba librando. El ruido había cesado, el escritorio estaba bien colocado y había pasado de ser un vecino molesto a un vecino molesto que aceptaba mis indicaciones, tenía una hermana graciosa y era capaz de sujetarme por la muñeca sin convertirlo en una escena obvia.

Eso último, sinceramente, debería estar prohibido.

Conclusión del día: he ido a quejarme del ruido y he acabado reorganizando el salón de Jason Clark, conociendo a su hermana y confirmando que mi guerra fría vecinal tiene graves problemas de disciplina interna.

5

Interferencia externa, amigas indiscretas y diagnósticos no solicitados

Viernes, 7 de marzo

Estado emocional: *defensivo con tendencia a negación sofisticada.*

Cafés ingeridos: *tres y medio, uno de ellos innecesariamente largo por motivos de análisis emocional.*

Veces que he pensado en Jason Clark hoy: *estadísticamente irrelevantes (y por tanto incontables).*

Nivel de intervención de Sophie en mi vida: *alto, preocupantemente alto.*

Conclusión provisional: *necesito cambiar de edificio o de personalidad. Una de las dos.*

He cometido el error estratégico de contarle a Sophie lo del ascensor.

No todo, por supuesto. No soy una suicida He omitido detalles clave como la mano en la cintura, el segundo de silencio que no fue un segundo normal y el hecho absolutamente irrelevante —insisto, irrelevante— de que durante ese instante olvidé qué estaba haciendo, quién era y por qué el oxígeno parecía opcional.

He contado lo justo.

El contexto. La avería. El texto. El café.

Nada más.

Naturalmente, para Sophie eso ha sido suficiente para construir una teoría completa, desarrollar un plan de intervención y asignarme un diagnóstico provisional.

—Estás completamente perdida —dictaminó Sophie al otro lado del teléfono mientras yo intentaba trabajar—.

—No estoy perdida —respondí, subrayando una frase del manuscrito con una agresividad que el texto no merecía—. Estoy evaluando una interacción social con implicaciones profesionales.

—Claro. Profesional. Como cuando salías con el instructor de pilates por alineación postural.

Suspiré. No me va a perdonar nunca que saliera con aquel idiota.

—Jason es mi vecino. Nada más.

—Y también es atractivo, escribe, te escucha y te hace reír.

—Eso no es un currículum, es una trampa.

—Por eso te estoy advirtiendo.

—No pienso caer en nada.

—Siento decirte que ya estás inclinada.

Me apoyé en la silla.

—No digas gilipolleces.

—Caroline, te conozco. Cuando te gusta alguien empiezas a justificar cosas que normalmente no tolerarías.

—¿Como qué?

—Como que un hombre te invite a café y tú aceptes sin hacer una lista de inconvenientes previa.

—Hice una lista mental.

—Eso no cuenta.

—Sí cuenta.

—¿Cuántos puntos tenía?

—Tres.

—¿Cuáles?

—Café, trabajo y creo que… hidratación.

Sophie se quedó en silencio un segundo.

—Estás fatal, amiga.

—Estoy perfectamente —anuncié.

—¿Tiene novia?

Ah. La pregunta.

—No —respondí yo, intentando que sonara indiferente y no como una persona que ha archivado información inútil con precisión quirúrgica.

—¿Seguro?

—Hay una chica rubia, pero es su hermana.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me lo dijo.

—¿Y le creíste?

—Sí.

—Eso es grave.

—¿Por qué?

—Porque estás empezando a confiar en él.

—No confío en él. Confío en la genética y en que me la presentó.

Me levanté y fui a la cocina, más por movimiento que por necesidad.

—No está pasando nada, Sophie —añadí para tranquilizarla.

—Claro que está pasando algo. Ese tío te gusta.

—No me gusta.

—Te gusta un poco.

—No me gusta un poco.

—Te interesa, Carol, admítelo.

—Me irrita, eso sí puedo admitirlo al mil por mil.

—Eso es la fase uno universal —apuntó.

Me apoyé en la encimera y cerré los ojos un segundo.

—Es solo un vecino.

—Es un hombre. Y estás discutiendo conmigo sobre un hombre a las once de la mañana.

—Estoy defendiendo mi estabilidad.

—Estás perdiéndola, y no esperes que vuelva a ayudarte a encontrarla.

Colgué. No porque no tuviera razón. Sino porque la tenía demasiado pronto.

El resto de la mañana intenté trabajar, pero mi concentración se comportó como un gato doméstico: aparecía cuando quería y desaparecía en cuanto la necesitabas. A las doce y media llevaba media página corregida y tres pensamientos recurrentes que no tenían absolutamente nada que ver con Cornualles.

A la una decidí salir a comer.

No por hambre, más bien por dignidad, o por la falta de ella.

El restaurante de la esquina estaba medio vacío, lo cual me pareció una señal de que el universo todavía no había terminado de jugar conmigo. Pedí algo sencillo, abrí el portátil y me obligué a escribir comentarios coherentes durante veinte minutos seguidos.

Lo conseguí a medias, porque en el minuto veintiuno alguien dijo mi nombre.

—Caroline. —Levanté la vista.

Jason. Por supuesto.

Porque al parecer Londres tiene nueve millones de habitantes pero mi vida funciona con un reparto de tres personas y un técnico de ascensores.

—Jason —respondí, con una calma que no sentía—. Qué sorpresa tan… estadísticamente improbable.

—¿Puedo? —preguntó él, señalando la silla frente a mí.

Debería haber dicho que no, pero no lo hice.

—Es una mesa —respondí—. No tengo jurisdicción legal sobre ella.

Se sentó con una calma que resultaba, francamente, sospechosa, pidió un café como si no tuviera ninguna prisa —lo cual ya me pareció una declaración de intenciones en un mundo donde hasta pedir un cortado implica ansiedad existencial—, y me miró con una atención sostenida que no era invasiva, pero tampoco fácil de esquivar, y después simplemente esperó, como si aquello fuera perfectamente normal y yo no estuviera a dos segundos de cuestionarme todas mis decisiones vitales.

No hizo nada espectacular, no intentó invadir mi espacio ni lanzarse a una conversación forzada, no insistió ni recurrió a ningún truco de seducción de manual barato, y aun así su presencia tenía ese efecto incómodamente eficaz de alguien que parece saber exactamente lo que hace sin necesidad de demostrarlo, lo cual, seamos sinceras, debería estar regulado por ley.

—¿Trabajando o has venido a comer con el portátil como accesorio? —Dejó la chaqueta en el respaldo y acomodó en la silla.

—He venido a comer. El portátil es pura inseguridad estética.

—Tranquiliza saberlo —murmuró, haciendo un gesto al camarero antes de acomodarse—. ¿Y el manuscrito?

—Sigue respirando —dije, cerrando el ordenador con un clic algo más seco de lo necesario—. Yo, en cambio, estoy a punto de pedir asistencia médica.

—Optimista —apoyó los antebrazos sobre la mesa con una media sonrisa.

—Es un espejismo —repliqué, removiendo la ensalada sin demasiado entusiasmo—. De lejos parece una historia prometedora; de cerca… necesita intervención urgente.

—¿Es la de la mujer que hereda una librería? —preguntó, sin apartar la mirada.

—No te tenía por alguien que recuerda detalles —señalé, clavando el tenedor en una hoja de lechuga con cierta intención.

—Escucho cuando merece la pena.

—Eso, dicho así, suena ligeramente perturbador —añadí, llevándome un bocado a la boca.

—Acepto el diagnóstico —replicó, imperturbable.

—¿Y tú? —pregunté, señalándole con el tenedor antes de dejarlo sobre el plato—. ¿Sigues escribiendo alrededor de todo lo importante o ya has decidido meterte en problemas?

—Estoy intentando no esquivar lo incómodo —respondió, inclinándose ligeramente hacia delante y entrelazando los dedos.

—Bien —asentí despacio—. Si no molesta, no sirve.

—No sé si llamarlo *bien* —admitió, haciendo una mueca casi imperceptible—. Es bastante desagradable.

—Entonces vas por buen camino —concluí, cogiendo la copa con calma.

—Eres peligrosa.

—Ya sabes a qué me dedico —respondí, dejando la copa en su sitio con cuidado.

—Insisto, no veo la diferencia.

—La hay —añadí, inclinándome apenas hacia él—. Yo cobro por desmontar a la gente.

—Podría contratarte —soltó, dejando escapar una risa baja.

—No te conviene —negué con una media sonrisa—. Perderías la ilusión de control, y eso suele sentar peor que cualquier crítica.

—Sobre lo de ayer… —empezó, jugueteando con la servilleta entre los dedos.

—Ni se te ocurra —lo corté al instante, levantando una mano.

—¿Ni una referencia ligera? —insistió, inclinándose apenas.

—Ni en sueños. —Apoyé el codo en la mesa y dejando caer la sien sobre los nudillos.

—Podría no tener nada que ver con el ascensor —añadió, con una calma sospechosa.

—Podrías —concedí, mirándole de lado—, pero no te creo.

—Eres rápida anticipando.

—Se llama instinto de supervivencia —respondí, encogiéndome de hombros.

—¿Te funciona? —preguntó, sin apartar la mirada.

—Evita que haga cosas poco inteligentes —contesté, bajando un segundo la vista al plato antes de volver a alzarla.

—No siempre —añadió, sosteniéndome la mirada con demasiada calma.

—Estoy comiendo —repuse, dejando el tenedor sobre el plato con un cuidado excesivo—. No es el momento ideal para cuestionarme como persona.

—Lo tendré en cuenta. —Asintió despacio, sin perder esa serenidad irritante y levantándose despacio.

—¿Te vas?

—Te he prometido no interrumpir —respondió, cogiendo la chaqueta—. Voy a pedirme un café y dejo que termines tranquila.

—Milagro documentado —solté, apoyando el tenedor en el plato.

—No te acostumbres —añadió él, ya de pie—. Tiene fecha de caducidad.

—Como todo lo bueno.

Inclinó apenas la cabeza, como si fuera a decir algo más, pero lo dejó ahí y se dirigió hacia la barra.

Lo seguí con la mirada un segundo más de lo necesario.

Pidió un café para llevar con la misma serenidad con la que parecía hacer absolutamente todo, pagó sin mirar el reloj como si el

concepto de prisa le resultara ligeramente vulgar, y esperó su turno con una paciencia casi ofensiva, recogiendo el vaso cuando se lo entregaron con un gesto sencillo. Intenté volver al plato, retomar esa concentración fingida que tan bien me había funcionado antes, pero ya no era lo mismo; de repente, cortar la comida requería una atención desproporcionada, como si en lugar de una ensalada tuviera delante una prueba de coordinación avanzada.

Cuando alcé la vista otra vez, él ya estaba en la puerta, lo cual, teniendo en cuenta que no le había visto moverse, me pareció sospechoso en un nivel que preferí no analizar.

No se acercó. No intentó añadir ninguna última frase ingeniosa, lo cual, viniendo de él, resultaba casi inquietante. Se limitó a levantar ligeramente el mentón en un gesto de despedida contenido, acompañado de esa media sonrisa suya que parecía decir varias cosas a la vez y, al mismo tiempo, no comprometerse con ninguna en concreto.

Le sostuve la mirada desde la mesa y asentí sin pensar demasiado en ello, lo justo para no parecer completamente desubicada, aunque con la ligera sospecha de que ya iba un poco tarde para eso.

Y luego se fue.

Terminé la comida con una calma impostada que no engañaba a nadie —sobre todo a mí—, me levanté, pagué intentando no darle más importancia de la necesaria a algo que, objetivamente, no había tenido ninguna, y salí de allí con esa sensación incómoda y difícil de clasificar: no había pasado nada en particular, y sin embargo todo parecía haberse desplazado unos milímetros en una dirección que no terminaba de gustarme… ni de disgustarme del todo.

Conclusión del día: Sophie es una amenaza para mi estabilidad, Jason Clark es una variable que no sé cómo manejar y yo estoy empezando a sospechar que mi control sobre esta situación es más teórico que real.

6

Proximidad indebida, decisiones cuestionables y el problema de la piel

Sábado, 8 de marzo

Estado emocional: *peligrosamente reactivo.*

Cafés ingeridos: *dos, porque el tercero habría sido una declaración de guerra contra mi sistema nervioso.*

Veces que he decidido evitar a Jason: *varias.*

Veces que lo he conseguido: *ninguna.*

Conclusión provisional: *la proximidad es una trampa mal diseñada.*

Hoy no tenía planes. Lo cual, en teoría, debería ser una ventaja. En la práctica, significa que tengo demasiado tiempo para pensar, reorganizar armarios innecesariamente y desarrollar conversaciones hipotéticas que nunca ocurren, pero que dejan un rastro perfectamente real.

A las diez estaba doblando ropa.

A las diez y veinte estaba reorganizando libros por colores, lo cual es una actividad que desprecio intelectualmente pero que, en momentos de debilidad, adopto con la convicción de una persona que cree estar tomando el control de su vida.

A las diez y cuarenta escuché su puerta.

No reaccioné.

Bueno… no reaccioné oficialmente. Porque en la práctica coloqué un libro, luego otro, luego otro más que no necesitaba recolocación alguna, y terminé alineando toda la estantería como si viniera una inspección internacional de lomos rectos.

Me quedé quieta, con la mano apoyada en un libro que llevaba ahí exactamente donde debía desde hacía semanas, escuchando. Pasos. Tranquilos. Nada sospechosos. Luego silencio. Ese silencio incómodo que no es silencio, es básicamente alguien existiendo al otro lado de la pared con demasiada intensidad.

Respiré hondo, en plan persona equilibrada que no está esperando nada, y volví al salón con toda la dignidad que permite una situación completamente ridícula. Me senté, abrí un libro, pasé dos páginas sin leer absolutamente nada y luego cogí el portátil como si tuviera una vida productiva que atender.

No escribí nada.

Porque claramente no soy esa persona.

A las doce y diez llamaron a mi puerta.

No abrí inmediatamente. No porque estuviera esperando, sino porque abrir inmediatamente es de desesperados y yo tengo estándares. Así que conté hasta tres mientras me levantaba, me alisaba la camiseta como si hubiera alguien importante al otro lado —spoiler: lo había— y abrí.

Jason.

Sin abrigo. Como si el frío fuera una sugerencia. Con una cara… distinta. Menos: *hola, soy encantador sin querer* y más: *he venido a hacer algo ligeramente cuestionable y lo sé.*

Se pasó la mano por el pelo, breve, y se apoyó en el marco como si esto fuera casual y no una decisión perfectamente meditada.

—Hola —dijo, con ese tono suyo de normalidad sospechosa.

—Hola —respondí, apoyándome yo también en la puerta y cruzándome de brazos—. Dime que has arreglado lo del escritorio y has venido a disculparte como una persona civilizada, porque estoy preparada para perdonarte con elegancia.

Soltó una especie de media risa por la nariz y negó despacio, como quien ya sabe que esto no va a salir bien.

—No —admitió—. He venido a pedirte un favor.

Genial.

Los favores. Esa maravillosa categoría de decisiones que empiezan mal y terminan peor.

—Depende —dije, mirándolo de arriba abajo con todo el juicio que me permitía la situación.

—Necesito una segunda opinión —añadió, sacando el móvil pero sin desbloquearlo, como si aún estuviera valorando su propia inteligencia.

—Ya tienes una primera —señalé hacia su piso con la barbilla.

—Necesito otra.

—Parece que no te fías ni de ti mismo —respondí, ladeando la cabeza.

Sonrió, pero de lado, en plan "me has pillado pero no voy a admitirlo del todo".

—Suena a que eres la única editora a menos de diez metros —replicó, encogiéndose de hombros como si eso fuera una defensa sólida.

—Eso no es un argumento, es una circunstancia geográfica —le devolví, sin poder evitar que se me escapara una media sonrisa.

—Lo sé —dijo, levantando las manos un segundo en rendición—. Estoy trabajando con lo que tengo.

Y se quedó ahí. Quieto. Mirándome. Sin presionar, sin hablar… que es, por supuesto, la técnica más molesta y efectiva del mundo.

Yo desvié la mirada un segundo hacia el pasillo, como si en algún punto fuera a aparecer una alternativa mejor, y luego volví a él.

—¿Es largo? —pregunté, apoyando el hombro en el marco.

—No —respondió rápido, demasiado rápido.

—¿Es emocionalmente problemático?

Dudó. Un segundo. El peor segundo posible.

—Probablemente.

—Fantástico —murmuré—. ¿Voy a arrepentirme?

Levantó ligeramente las cejas, con una honestidad casi ofensiva.

—Casi seguro.

Lo miré unos segundos, evaluando si merecía la pena tomar una decisión claramente equivocada. Él no apartó la mirada. Ni un milímetro. Cómodo. Tranquilo. Como si ya supiera la respuesta.

Qué irritante.

—Cinco minutos —cedí al final, apartándome de la puerta y haciéndole un gesto para que pasara—. Y si mi vida se arruina, voy a mencionarte por nombre y apellidos.

Jason entró con una pequeña sonrisa, de esas que dicen: *esto ha ido mejor de lo esperado.*

—Cinco minutos —repitió—. Intentaré que tu caída en desgracia sea breve.

—Qué detalle —murmuré, cerrando la puerta detrás de él—. Justo lo que toda mujer busca en un vecino.

Entré en su piso otra vez.

Error número dos del día.

El salón estaba sospechosamente en orden, con el escritorio en su sitio y la luz entrando perfecta por la ventana, como si alguien hubiera decidido, durante un rato muy concreto, comportarse como una persona equilibrada… y luego lo hubiera estropeado quedándose demasiado cerca.

—Aquí —apuntó, señalando el papel mientras se apoyaba con tranquilidad en el borde del escritorio—. He intentado no sabotearlo del todo.

—Aprecio el esfuerzo —respondí, cogiendo la hoja y acercándome a la luz—, aunque no prometo ser amable si no lo merece.

Leí con atención, notando enseguida el cambio: más directo, más abierto, sin ese filtro suyo que lo protegía, y precisamente por eso

mucho más expuesto.

Le devolví el papel con una media sonrisa ladeada.

—Esto ya no está escondido. Es prácticamente una confesión con buena redacción.

Se encogió ligeramente de hombros, sin apartar la mirada.

—Lo intenté. Pero mi concepto de discreción tiene lagunas.

—Lagunas no, ausencia total —repliqué, dejando el papel en el escritorio—. Aquí ya no hay ironía que te cubra, y eso mejora el texto… pero complica bastante todo lo demás.

—¿Está mal? —preguntó, acercándose lo suficiente para que ya no fuera casual.

—Al contrario. Está mejor, y ese es exactamente el problema.

Ladeó la cabeza interesado.

—Explícame eso.

—Es más honesto —dije, sosteniéndole la mirada—, y cuando alguien escribe así deja de tener escapatoria.

Él sonrió apenas.

—No estoy seguro de querer escapatoria.

—Eso suena bien hasta que deja de serlo —respondí con calma —. Suele pasar en el peor momento.

Dio otro paso, eliminando cualquier duda.

—¿Tú sí la quieres?

Me tomé un segundo antes de contestar.

—Siempre.

—No lo parece.

—Lo es —respondí, señalándolo levemente—. Otra cosa es que tú no lo detectes.

—O que tú no lo hagas muy bien —devolvió, sin moverse.

Solté aire por la nariz, sin dejar de mirarlo.

—No juegues a esto —murmuré—. Sabes perfectamente lo que estás haciendo.

—Ilumíname.

—Lo de parecer inocente mientras te acercas lo justo para que deje de serlo.

—Curiosa teoría.

—Bastante precisa.

Su mano se movió entonces con una lentitud demasiado consciente y rozó mi brazo. Fue un contacto mínimo, casi irrelevante en teoría, pero mi cuerpo decidió interpretarlo de otra manera.

—Esto es mala idea —comenté, sin apartarme.

—Lo sé —respondió, sin retirar la mano.

—Entonces podrías parar.

—Podría —admitió, dejando que su mano subiera apenas unos centímetros—, pero no parece que tú tengas mucha prisa por apartarte.

—Estoy evaluando —repliqué, manteniendo el tono firme—. Es un proceso complejo.

Jason dejó escapar una pequeña risa.

—Muy profesional.

—Muchísimo.

Se acercó un poco más, y esa cercanía ya no tenía ninguna excusa razonable.

—Se nota.

Mi respiración cambió sin permiso.

—Esto es un error.

—Probablemente.

—No deberíamos.

—No.

El silencio que siguió fue demasiado claro, demasiado fácil de cruzar.

Y entonces alguien cerró una puerta en el pasillo, un golpe seco que devolvió todo a su sitio.

Me aparté primero, o eso decidí creer.

Él también dio un paso atrás, pasándose una mano por el pelo con una exhalación contenida.

—Cinco minutos —dije, recuperando distancia.

—Cinco minutos —repitió él.

Salí de su piso, cerré mi puerta y me apoyé contra ella, respirando despacio mientras intentaba reorganizar lo ocurrido.

Jason Clark ya no era el problema. El problema era que yo ya no tenía tan claro que quisiera evitarlo.

Conclusión del día: la proximidad no es inocente, el autocontrol tiene fugas importantes y mi sistema emocional ha decidido ignorar todas las advertencias razonables.

7

Cena forzada, conversaciones peligrosas y el problema de la normalidad

Domingo, 9 de marzo

Estado emocional: *aparentemente estable, con síntomas claros de autoengaño funcional.*

Cafés ingeridos: *dos, uno de ellos acompañado de decisiones cuestionables.*

Veces que he recordado el momento de ayer: *demasiadas para ser casualidad.*

Excusas que me he dado para justificarlo: *varias, ninguna convincente.*

Conclusión provisional: *lo que no ocurre también deja huella.*

He pasado la mañana entera intentando convencerme de que lo de ayer no fue nada. No en el sentido literal, porque evidentemente algo ocurrió; hubo una proximidad innecesaria, un silencio cargado y una secuencia de decisiones que, analizadas con la suficiente distancia, no resisten el escrutinio de una mujer que pretende llevar una vida razonable. Sin embargo, mi estrategia ha consistido en redefinir ese *algo* como un incidente aislado, una anomalía provocada por la cercanía física, la conversación previa y una evidente falta de supervisión emocional.

El problema de esta teoría es que resulta impecable en abstracto y completamente inútil en la práctica, porque el cuerpo no colabora. El cuerpo recuerda con una fidelidad ofensiva lo que la cabeza intenta archivar como irrelevante.

A las doce y media, mientras intentaba decidir qué iba a comer, pensé que la mejor manera de recuperar el control era actuar con

normalidad. No evitarlo, no buscarlo, no reinterpretar cada gesto como un signo de algo mayor. Simplemente comportarme como una persona adulta que convive en un edificio con otro adulto y que, por circunstancias logísticas, ha coincidido con él en un ascensor, una cafetería y un error puntual de juicio.

Este decreto habría sido excelente si el universo no hubiera decidido intervenir.

A la una y diez llamaron a mi puerta.

Abrí con la convicción de quien espera un repartidor, una vecina o, en el peor de los casos, a la señora Whitman con una queja formal sobre el uso excesivo del humor en zonas comunes.

Era Jason con Amelia, y una bolsa de comida.

—Caroline —me saludó desde el umbral, apoyando el hombro en la jamba con una tranquilidad que no terminaba de ser inocente—. ¿Interrumpimos algo importante?

—Mi intento de no hacer nada productivo —respondí—, que ya iba regular.

Amelia sonrió con suavidad, levantando una de las bolsas.

—Hemos pedido comida y se nos ha ido un poco de las manos —explicó—. Jason insiste en que eso no pasa nunca, pero yo prefiero confiar en los números.

—Yo prefiero confiar en mi hambre —añadió él, con una media sonrisa.

—Tu hambre no es un criterio objetivo —respondí, cruzándome de brazos, aunque sin demasiada fuerza.

—Depende del día —replicó, tranquilo.

Incliné ligeramente la cabeza, mirándolos.

—¿Y ese día incluye aparecer sin avisar en casa ajena con comida como argumento?

Levantó un poco la bolsa, como si eso bastara.

—Incluye no dejarte pasar el domingo sola.

Amelia asintió, observándome con más atención.

—Y también incluye que llevas cara de estar dándole demasiadas vueltas a algo —añadió—. Eso suele mejorar con comida.

Bajé la vista un instante. La camiseta vieja, el pelo recogido sin entusiasmo… no ayudaban a desmontar su punto.

—Estoy perfectamente —dije, volviendo a mirarlos.

—No he dicho que no lo estés —respondió Amelia con calma—. Solo que quizá no necesitas hacerlo todo sola.

No contesté de inmediato.

Y él no añadió nada; se limitó a esperar, con esa forma suya de no presionar pero tampoco retirarse.

—Solo un rato —dijo al final—. Comemos, hablamos de cualquier cosa menos de lo que te esté rondando y luego volvemos cada uno a lo suyo.

—Suena razonable —murmuré, apoyándome en la puerta—, lo cual ya es sospechoso.

—También suena a descanso —añadió Amelia—. Y eso no suele ser mala idea.

Solté una pequeña exhalación.

—No debería —dije, más por inercia que por otra cosa.

—Quizá sí —respondió ella—. Es domingo, no un examen.

Miré un segundo hacia dentro de mi piso, como si buscara una excusa mejor.

—No estaba reorganizando libros por colores —dije de pronto.

Él esbozó una sonrisa leve.

—Claro.

Suspiré, rindiéndome sin dramatismo.

—Media hora —cedí, apartándome finalmente de la puerta—. Y luego me voy.

—Acepto las condiciones —reconoció.

Entré en su piso por tercera vez en menos de cuarenta y ocho horas y, mientras cerraba la puerta con el pie, no pude evitar pensar que, si alguien me lo hubiera contado una semana antes, lo habría tomado como una señal bastante clara de que mi criterio necesitaba revisión.

La comida era bastante más abundante de lo que Amelia había insinuado, lo que confirmaba que o Jason calculaba mal o Amelia sabía exactamente lo que hacía cuando hablaba de *demasiado*. Nos sentamos en el suelo, alrededor de la mesa baja, con las cajas abiertas y platos improvisados, y todo adquirió una naturalidad inesperada, casi cómoda.

—¿Siempre coméis así? —dejé caer, acomodándome mientras abría una de las cajas y echaba un vistazo dentro.

Amelia se encogió ligeramente de hombros, apoyando los codos en las rodillas.

—Solo cuando nos apetece simplificar la vida —comentó con una sonrisa suave—. Y suele funcionar.

Él , sin levantar mucho la vista, se sirvió con calma.

—También ayuda tener hambre —apuntó, como si fuera un dato relevante.

—Eso mejora casi cualquier plan —añadió Amelia, mirándolo de reojo antes de volver a mí.

La conversación empezó ligera, sin esfuerzo, como si nadie quisiera tensar nada. Hablamos del barrio, de lo caro que era todo en Londres y de esos supermercados que convierten cualquier compra en una pequeña experiencia innecesariamente sofisticada.

—¿Y tú sueles pasar así los domingos? —quiso saber Amelia, inclinando un poco la cabeza mientras me observaba con curiosidad tranquila.

Me tomé un segundo antes de contestar, jugando con el borde de la caja.

—Intento no hacer gran cosa —admití—, aunque no siempre lo consigo.

—Tiene mérito —valoró ella, girando el vaso entre las manos—. A mucha gente le cuesta parar.

—Parar no es lo complicado —matice, alzando la vista—. Lo difícil es no pensar en todo lo que podrías estar haciendo.

Dejó el tenedor apoyado en el borde de la caja y me miró con más atención.

—¿Y te funciona ese enfoque? —preguntó, apoyando los antebrazos sobre las piernas.

—A ratos —reconocí, esbozando una sonrisa leve—. No es exactamente un sistema sólido.

Amelia alternó la mirada entre los dos, con un interés que no parecía querer esconder.

—¿Qué? —le solté al notarlo, arqueando ligeramente una ceja.

Ella negó con suavidad, divertida.

—Nada, es curioso veros hablar —comentó, llevándose un bocado a la boca sin apartar del todo la mirada.

—No tiene mucho misterio —resté importancia, sirviéndome un poco más.

—No me refiero al contenido —aclaró, apoyando el codo en la mesa baja—. Es más bien cómo os entendéis.

Soltó el tenedor con cuidado, soltando aire por la nariz.

—Amelia…

—Estoy siendo discreta —se defendió ella, alzando una mano en señal de paz—. Dentro de mis posibilidades.

Me recliné ligeramente hacia atrás, apoyando la palma en el suelo.

—Mientras se quede en observación y no pase a informe detallado, puedo convivir con ello.

—Lo tendré en cuenta —concedió Amelia con una pequeña inclinación de cabeza.

Jason giró entonces hacia mí una mirada distinta, menos ligera.

—Si prefieres irte, no pasa nada —añadió con calma, sin insistir, como si dejara la puerta abierta de verdad.

Me quedé un instante en silencio antes de responder, sosteniéndole la mirada.

—Prefiero quedarme.

Amelia bajó la vista con una sonrisa discreta, como si no quisiera interrumpir nada, y retomó la comida.

La conversación siguió, y sin forzarla empezó a cambiar de tono, volviéndose algo más personal.

Apoyó los codos en las rodillas y entrelazó las manos.

—¿Por qué elegiste edición? —planteó, observándome con interés real.

—Porque me gusta entender por qué algo no funciona —expliqué, girando el vaso entre los dedos—. Y porque alguien tiene que señalarlo cuando hace falta.

—No parece una tarea fácil —apuntó él.

—No siempre lo es —admití—, pero cuando sirve para mejorar algo, compensa.

Asintió despacio, pensativo.

—¿Y cuando no mejora nada?

—Entonces se hace más cuesta arriba —reconocí—, pero forma parte del proceso.

Se quedó un momento en silencio antes de retomar.

—¿Y tú? —le devolví, inclinándome un poco hacia delante—. ¿Por qué escribir sobre algo en lo que no pareces confiar demasiado?

Amelia levantó la vista al instante, claramente interesada.

No respondió de inmediato; dejó que la pregunta reposara un segundo.

—Porque es más fácil escribirlo que vivirlo —dijo al final, sin adornos.

La frase se quedó flotando entre nosotros.

—Suena a una forma de rodearlo —observé, sin apartar la mirada.

Ladeó ligeramente la cabeza.

—O a una forma de acercarme sin arriesgar demasiado.

—No son cosas tan distintas.

—No —concedió, sosteniéndome la mirada.

Durante un momento, todo se volvió más claro de lo previsto.

Amelia se incorporó entonces, recogiendo los vasos.

—Voy a por más agua —anunció, con naturalidad.

Se alejó hacia la cocina sin mirar atrás.

—No hace falta que analices todo —comentó él, apoyando una mano en la mesa.

Negué ligeramente.

—No lo estoy haciendo.

Él esbozó una sonrisa leve, casi paciente.

—Un poco sí.

Me incliné hacia delante, apoyando el antebrazo en la mesa baja.

—Es difícil desconectarlo del todo.

—No te estoy pidiendo eso —aclaró, bajando ligeramente la voz —. Solo que no lo controles tanto.

—¿Y qué se supone que debería hacer? —pregunté, manteniéndole la mirada.

Jason dudó un instante antes de contestar.

—Quedarte.

Fruncí ligeramente el ceño, sin apartarme.

—No estoy segura de que eso cuente como plan.

—A veces es suficiente —añadió con una media sonrisa.

Lo sostuve un segundo más de la cuenta.

—No es lo que mejor se me da.

—Ya —concedió, sin dejar de mirarme.

Amelia regresó en ese momento, dejando los vasos sobre la mesa y rompiendo la tensión con una facilidad admirable.

Terminamos de comer, recogimos entre los tres y, cuando me levanté para irme, me di cuenta de que lo que más me incomodaba no era nada concreto.

Era lo normal que había sido todo.

Y lo normal, en este caso, era lo más peligroso.

Conclusión del día: he comido con Jason y su hermana, me he sentido cómoda en un contexto que no debería serlo y empiezo a sospechar que el problema no es la intensidad, sino la facilidad.

8

Celos absurdos, interpretaciones erróneas y el peligro de imaginar demasiado

Lunes, 10 de marzo

Estado emocional: *injustificadamente irritado.*

Cafés ingeridos: *cuatro, uno claramente innecesario y otro claramente emocional.*

Veces que he pensado en lo de ayer: *suficientes para que deje de ser anecdótico.*

Nivel de objetividad actual: *cuestionable.*

Conclusión provisional: *la imaginación es un arma peligrosa en manos equivocadas.*

Hoy he descubierto algo que no me gusta en absoluto: soy capaz de enfadarme por cosas que no tienen ningún derecho a afectarme.

El problema no es el enfado en sí, que podría justificarse si existiera un motivo real, sino la construcción previa que lo sostiene, una cadena de suposiciones, interpretaciones y pequeñas decisiones mentales que, juntas, fabrican una realidad alternativa lo bastante convincente como para generar una emoción completamente legítima… basada en algo completamente falso.

Todo empezó de forma inocente. Bajé a comprar café. Nada más.

No había intención oculta, ni estrategia, ni necesidad de confirmar nada. Simplemente se me había acabado el café y, como cualquier persona razonable, decidí adquirir más.

El supermercado estaba lleno, lo cual ya me irritó ligeramente porque complicaba una tarea sencilla. Recorrí los pasillos con eficiencia, evitando distracciones, seleccionando productos con la

concentración de quien no quiere pensar en nada más que en lo que tiene delante.

Pero casualidad de nuevo, Jason estaba también allí. En la sección de frutas, inclinado ligeramente hacia una mujer con la que hablaba con una naturalidad que no dejaba espacio a dudas. No era Amelia. Era otra. Morena, alta, con esa elegancia relajada que parece espontánea pero que casi siempre es el resultado de años sabiendo exactamente qué ponerse y cómo moverse.

No estaban teniendo una conversación cualquiera. Se estaban riendo. Y no era una risa neutra, de cortesía o de circunstancia; era cercana, fácil, de esas que aparecen cuando no hay esfuerzo.

Me detuve sin darme cuenta, apenas un segundo más de lo necesario, el tiempo justo para que mi cabeza empezara a reaccionar antes de que yo pudiera intervenir. No había nada objetivamente sospechoso en la escena: dos personas hablando, riendo, en un supermercado. Nada más.

Y, aun así, la reacción fue inmediata.

Una irritación seca, inesperada, completamente injustificada.

Me obligué a girarme antes de quedarme más tiempo del que podía defender, avancé hacia otra sección sin mirar atrás y cogí un paquete de café sin detenerme siquiera a comprobar la marca, como si cualquier gesto automático pudiera disimular algo que, en realidad, solo yo estaba notando.

Y, durante los siguientes minutos, desarrollé una teoría completa que incluía una posible relación previa, una continuidad emocional no resuelta y la posibilidad de que él fuera exactamente el tipo de hombre que mantiene conversaciones con mujeres atractivas en supermercados con una facilidad alarmante.

Todo eso en menos de tres minutos.

Brillante.

Cuando llegué a la caja, me di cuenta de que había cogido café descafeinado. Lo cual, en mi estado actual, podría considerarse un

atentado contra la seguridad pública.

Volví al pasillo con la intención bastante optimista de fingir que no había visto nada, pero allí seguían, y no solo seguían, sino que estaban más cerca, como si en esos pocos segundos el mundo hubiera decidido avanzar sin consultarme. Él tenía una mano apoyada en el carro con esa despreocupación suya que siempre parece natural, y ella se inclinaba ligeramente hacia él mientras hablaban, en una cercanía cómoda, de esas que no se improvisan.

Pasé por su lado sin mirarlos, ajustando la bolsa en la mano como si ese gesto bastara para justificar la prisa.

No fue una cuestión de orgullo, sino de pura autopreservación.

—Caroline —me llamó.

Me detuve igual, soltando el aire antes de girarme, tomándome ese segundo necesario para recomponer la expresión.

Me volví despacio.

Ambos me miraban.

—Hola —saludó, incorporándose ligeramente y retirando la mano del carro.

—Hola —respondí, sosteniéndole la mirada mientras ladeaba la cabeza.

—No te había visto —añadió, señalando vagamente el pasillo.

Alcé una ceja, apoyando el peso en una pierna.

—Suele pasar cuando uno está ocupado.

Frunció levemente el ceño, atento al matiz.

—Ella es…

—No hace falta —interrumpí con suavidad, alzando apenas la mano.

La mujer avanzó un paso, con una sonrisa educada.

—Hola, soy…

—Encantada —me adelanté, inclinando la cabeza con una cortesía impecable—. Podemos ahorrarnos el protocolo.

Jason me observó con más detenimiento, claramente confundido.

—¿Todo bien? —preguntó, bajando ligeramente la voz.

Ajusté la bolsa en mi brazo, como si necesitara ocupar las manos.

—Todo en orden.

—No lo parece —apuntó, sin moverse.

Solté una exhalación breve, desviando un momento la mirada hacia las estanterías.

—Es un supermercado, no una evaluación.

La mujer se recolocó el bolso con un gesto elegante y dio un paso atrás.

—Os dejo —dijo, con una amabilidad limpia.

—No es necesario —intentó él, girándose.

—Sí —respondió ella con calma, mirándome un segundo más de lo necesario antes de marcharse—. Mejor así.

Y se fue.

El silencio que quedó después fue distinto, más directo.Se inclinó ligeramente hacia el carro, mirándome de frente.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, sin rodeos.

Me encogí de hombros, mirando la bolsa.

—Nada.

—No ha parecido *nada* —replicó, con una calma menos neutra.

Levanté la bolsa un poco, como si fuera una explicación suficiente.

—He venido a por café.

Se pasó una mano por la nuca, dejando escapar una exhalación contenida.

—Y el plan incluía convertir este pasillo en un territorio hostil.

—No lo he convertido nada —respondí, cruzándome de brazos.

—Ha habido intención —matizó, observándome con atención.

—Ha habido interpretación —repliqué, sosteniéndole la mirada.

Se quedó en silencio un momento antes de aclarar:

—Era mi agente.

Parpadeé, procesándolo, y asentí despacio.

—Claro.

Entrecerró los ojos, acercándose un paso.

—Ese *claro* tiene matices.

—Tiene contexto —respondí, con una leve sonrisa que no terminaba de suavizar nada.

—Explícalo.

—Ahora encaja.

—¿Qué encaja?

—La escena.

—No hay motivo para molestarse —añadió finalmente, con un tono más firme.

Lo miré sin ceder.

—No estoy molesta.

—Lo parece.

—Puede parecerlo, pero no es verdad.

Dejó escapar una risa breve, negando con la cabeza.

—Entonces cambia el tono.

Abrí la boca para responder, pero la cerré enseguida, desviando la mirada. Porque no tenía una respuesta que no sonara peor.

Bajé la vista hacia la bolsa, moviéndola ligeramente.

—He cogido el café equivocado —murmuré.

Se inclinó un poco para ver la etiqueta.

—Descafeinado, eso sí es un problema —comentó, con una sonrisa leve.

—Una catástrofe —confirmé.

Se incorporó y señaló con la barbilla hacia el pasillo.

—Vamos.

Levanté la vista.

—Puedo hacerlo sola —dije, sin moverme.

Se apartó apenas, dejándome espacio, pero sin marcharse.

—Te acompaño.

No fue una petición. Tampoco una imposición.

Suspiré y eché a andar, pasando a su lado. Se colocó a mi ritmo, manteniendo la distancia justa.

Recorrimos los pasillos en silencio, con una normalidad que no terminaba de encajar con lo que acababa de pasar. Dejé el paquete en su sitio, cogí otro y fui hacia caja.

Pagamos y salimos. Y durante todo ese proceso fui consciente de algo que no me gustó en absoluto.

No estaba enfadada con él. Estaba enfadada conmigo por haber reaccionado así. Por haber ido más allá de lo que había. Por sentir algo que no tenía ningún derecho a existir… y que, aun así, ya estaba ahí.

Y sobre todo, por haber hecho el ridículo delante de su agente.

Conclusión del día: he confundido una escena normal con una situación emocional, he demostrado que mi objetividad tiene grietas importantes y empiezo a sospechar que el problema no es lo que Jason hace, sino lo que yo interpreto.

9

Discusión civilizada, orgullo mal gestionado y el arte de no decir lo que importa

Martes, 11 de marzo

Estado emocional: *irritado con apariencia de control.*

Cafés ingeridos: *tres, uno de ellos innecesariamente amargo.*

Veces que he reconstruido mentalmente la escena del supermercado: *suficientes para considerarlo un patrón.*

Nivel de orgullo actual: *alto, mal utilizado.*

Conclusión provisional: *discutir es más fácil que admitir.*

Me he despertado con una claridad incómoda: no me gusta cómo reaccioné ayer.

No porque haya sido especialmente grave, ni porque haya ocurrido nada que no pueda explicarse con una interpretación rápida y una mala gestión del tono, sino porque, al analizarlo con un mínimo de honestidad, resulta evidente que mi comportamiento no respondía a la situación objetiva, sino a algo previo que no he querido reconocer.

Jason no hizo nada impropio.

Hablaba con su agente.

Reía.

Se comportaba como una persona adulta con una vida que no gira en torno a mi presencia en el supermercado.

Y, sin embargo, mi reacción fue inmediata, defensiva y, sobre todo, innecesaria.

Eso es lo que me molesta.

No el momento en sí.

Sino lo que revela.

A media mañana intenté compensarlo trabajando más de lo habitual, que es una forma muy eficiente de fingir estabilidad emocional mientras una evita mirar directamente el problema, algo así como volverse extremadamente productiva justo cuando menos preparada estás para gestionar lo importante; funcionó durante un rato, lo suficiente como para convencerme de que tenía el control, hasta que escuché su puerta al otro lado del rellano y todo ese esfuerzo se desmoronó con una rapidez bastante humillante.

No salí ni me acerqué, tampoco hice nada que pudiera interpretarse como un intento de coincidir, pero bajé el volumen del ordenador y me quedé completamente quieta, prestando atención a unos pasos que no tenían por qué significar nada y que, aun así, mi cabeza decidió tratar como si fueran una pista relevante de algo que no pensaba resolver.

A las seis de la tarde, cuando ya había decidido —con una serenidad sospechosamente artificial— que lo más sensato era mantener cierta distancia durante unos días, llamaron a mi puerta y no necesité mirar por la mirilla porque hay cosas que se reconocen sin confirmación, igual que ciertos errores.

Abrí.

Él estaba allí, más serio de lo habitual, sin ese amago de ironía que suele suavizarle las aristas, y ese detalle fue suficiente para que ajustara la postura antes de decir nada, apoyándome en el marco y cruzando los brazos con una calma cuidadosamente construida.

—Si vienes a devolverme algo, te aviso de que no recuerdo haberte prestado nada —solté, inclinando ligeramente la cabeza mientras lo observaba con una media sonrisa que pretendía parecer natural y se quedaba a medio camino.

—Quería hablar contigo —respondió, sin recoger el tono, manteniéndose en el rellano con una quietud deliberada.

Asentí despacio, como si valorara la propuesta en lugar de medir cuánto margen tenía para esquivarla.

—Parece bastante oficial —añadí, apoyando mejor el hombro contra el marco—, no sé si debería preocuparme o limitarme a fingir interés con elegancia.

—Solo tienes que escuchar —replicó, sin moverse, con esa calma que empieza a irritar cuando una no está precisamente tranquila.

Hice un gesto ligero hacia el interior.

—Puedes pasar, si eso mejora la experiencia —ofrecí, encogiéndome de hombros con una despreocupación ensayada.

No lo hizo, y el hecho de que se quedara en el rellano convirtió la conversación en algo más serio de lo que cualquiera de los dos habría elegido.

—Versión pasillo, entonces —murmuré, recolocándome contra el marco mientras exhalaba por la nariz.

Él metió las manos en los bolsillos y sostuvo mi mirada un segundo más de lo habitual antes de empezar.

—Ayer no fue cómodo.

—No —admití, asintiendo una vez sin discutirlo.

—Y no fue necesario.

—Tampoco —añadí, dejando caer las palabras con un encogimiento leve de hombros.

El silencio que siguió no fue largo, pero sí lo bastante denso como para que ninguno de los dos pudiera ignorarlo.

—Entonces me gustaría entenderlo —continuó, sin alterar el tono.

Bajé la mirada un instante, más para ordenar la respuesta que por incomodidad, y volví a él con un gesto leve.

—No hay mucho que entender —respondí, restándole importancia con una ligereza calculada.

Él negó muy ligeramente y dio un paso hacia delante, lo justo para acortar la distancia sin invadirla.

—No estoy de acuerdo.

—Eso entra dentro de lo esperable —comenté, ladeando la cabeza mientras lo observaba—, tiendes a profundizar en cosas que podrían quedarse perfectamente en la superficie.

—No suelo tener conversaciones incómodas en supermercados con gente que no me importa —replicó, manteniendo la calma.

Solté una risa corta por la nariz, negando con la cabeza.

—Me tranquiliza saber que seleccionas tus conflictos —dije, cruzando mejor los brazos con una ironía suave.

—No es un conflicto, es una reacción.

Le sostuve la mirada.

—¿Tuya o mía? —pregunté, inclinando ligeramente la cabeza.

—Tuya.

Apreté un poco más los brazos antes de responder.

—No tienes derecho a pedirme explicaciones —solté, manteniendo el tono controlado.

—No te estoy pidiendo explicaciones —matizó—, estoy intentando entender qué pasó.

Incliné la cabeza, dejando aparecer una media sonrisa que era más defensa que otra cosa.

—No pasó nada —respondí, con ligereza medida.

Él no se movió.

—Interrumpiste una conversación, fuiste brusca con alguien que no conocías y evitaste mirarme —enumeró, levantando ligeramente una mano.

Lo observé un segundo, sin prisa.

—Eso es una interpretación —repuse, apoyándome más contra el marco.

—Es bastante objetiva.

—Es bastante tuya —corregí, sin apartar la mirada.

—Caroline…

—No reaccioné de forma especial —lo interrumpí, marcando el ritmo sin subir el tono.

Él sostuvo mi mirada, completamente inmóvil.

—Reaccionaste —dijo finalmente—, y bastante.

Exhalé despacio, desviando la vista un instante antes de volver a él.

—No veo el problema —añadí, con un leve gesto de impaciencia.

—El problema es que parece que te importó algo que no debería importarte.

Ahí estaba, directo, sin rodeos.

Me incorporé ligeramente, separándome del marco.

—No me importó —repliqué, sosteniendo la mirada con más firmeza.

—No te creo.

Solté una risa breve, sin humor.

—Eso es asunto tuyo —dije, encogiéndome de hombros con fingida indiferencia.

—No —respondió, dando medio paso más cerca—, es asunto de los dos si vamos a seguir coincidiendo todos los días.

La elección de palabras no pasó desapercibida.

—No hay ningún *los dos* —solté, reajustando la postura demasiado rápido.

Él ladeó la cabeza, observándome.

—Entonces explícame por qué actuaste como si lo hubiera.

No respondí de inmediato, apoyando una mano en el marco mientras desviaba la mirada un segundo, comprando tiempo.

—Fue un mal momento —dije al fin, volviendo a él—, nada más.

—No parecía solo eso.

—A veces las cosas no parecen lo que son —respondí, encogiéndome ligeramente de hombros.

—Y otras veces son exactamente lo que parecen.

Le sostuve la mirada.

—No voy a tener esta conversación —dije, marcando cada palabra con cuidado.

—Ya la estás teniendo.

—No voy a continuarla —añadí, enderezándome ligeramente.

Él dudó apenas un segundo antes de rematar:

—¿Porque no quieres o porque no puedes?

Eso me tensó, y se notó en cómo ajusté los brazos antes de responder.

—Porque no tiene sentido —repuse, controlando el tono.

—Para mí sí.

—Para mí no.

—Caroline.

—Jason —respondí, sosteniendo la mirada con un punto de desafío.

El silencio se instaló entre los dos con un peso distinto, más consciente.

Exhalé despacio, dejando caer ligeramente los hombros.

—No me debes nada —dije finalmente—, ni explicaciones ni conversaciones incómodas; lo de ayer fue puntual.

Él bajó la mirada un segundo, como si estuviera recalculando algo.

—No lo creo.

—No necesitas creerlo —respondí, con un gesto leve de mano.

Asintió muy despacio.

—Pero tengo que convivir con ello.

—Y lo harás.

—¿Así? —repitió, deteniéndose un instante más de lo necesario antes de girarse, como si aún esperara que cambiara la respuesta.

—Así —respondí, encogiéndome de hombros mientras me apoyaba mejor en el marco, sosteniendo la postura como si eso pudiera convertirla en certeza.

Se quedó un segundo más, evaluando si había algo que añadir, pero finalmente asintió sin suavizar la situación con ninguna broma —lo cual, viniendo de él, resultaba casi más significativo que cualquier frase— y se dio la vuelta para dirigirse a su puerta; la abrió, entró sin mirar atrás esta vez y la cerró tras de sí con un gesto limpio, dejándome en el rellano con una incomodidad difícil de ignorar y la sensación bastante clara de que, aunque acababa de evitar la conversación, no había conseguido cerrarla en absoluto.

Conclusión del día: he elegido el orgullo en lugar de la claridad, he evitado una conversación que probablemente era necesaria y empiezo a sospechar que lo que estamos evitando no es una discusión, sino algo bastante más complicado.

10

Silencios largos, miradas incómodas y el momento en que deja de ser casual

Miércoles, 12 de marzo

Estado emocional: *contenido con signos de fatiga emocional.*

Cafés ingeridos: *dos, curiosamente suficientes.*

Veces que he pensado en hablar con él: *varias.*

Veces que lo he hecho: *ninguna.*

Nivel de tensión actual: *bajo en apariencia, alto en realidad.*

Conclusión provisional: *el silencio también construye.*

Hoy no hemos hablado, no porque no haya habido oportunidades ni porque el día haya decidido facilitarnos la evasión, sino porque, por primera vez desde que se mudó, ambos hemos tomado exactamente la misma decisión sin necesidad de verbalizarla: mantenernos cuidadosamente al margen de algo que, a estas alturas, ya no parece del todo inocente.

Por la mañana escuché su puerta y, tras concederme un margen de tiempo lo bastante digno como para no parecer que estaba calculando movimientos —aunque lo estaba—, salí al rellano con una naturalidad ensayada que no engañaría a nadie con un mínimo de intuición; no coincidimos, lo cual, teniendo en cuenta el tamaño del espacio, solo puede explicarse por una sincronización silenciosa que preferí no analizar demasiado.

El resto del día lo pasé trabajando desde casa con una concentración sospechosamente eficiente, interrumpida únicamente por una reunión en la editorial que me obligó a salir un par de horas y me permitió fingir, durante ese tiempo, que mi vida no giraba en torno a evitar a alguien que, en teoría, no debería importarme.

A las ocho decidí salir a tirar la basura, una decisión que no respondía a una necesidad urgente pero que resultaba lo bastante defendible como para no tener que admitir que lo que realmente necesitaba era moverme, cambiar de aire y comprobar si ese equilibrio artificial seguía en pie.

Abrí la puerta y allí estaba él.

Apoyado contra la pared con una taza en la mano, en esa postura relajada que en otras personas pasaría desapercibida pero que en él resulta sospechosamente efectiva, porque Jason Clark no solo es alto —de esa altura que te obliga a levantar la mirada un poco más de lo que sería cómodo—, sino que además tiene el tipo de físico que no parece trabajado pero claramente lo está, el pelo castaño con ese desorden intencionado que irrita porque funciona, una barba de tres días que debería ser descuido y sin embargo parece decisión, y una mirada inteligente, demasiado consciente, de alguien que sabe perfectamente lo que está viendo y no tiene ninguna prisa por apartar los ojos.

Joder.

Es un tío que define a la perfección la palabra irresistible, y el problema no es reconocerlo, el problema es que mi cuerpo parece haber llegado a la misma conclusión sin pedirme opinión.

—Hola —dijo, incorporándose apenas, como si llevara ahí más tiempo del que sería razonable admitir.

—Hola —respondí, cerrando la puerta con un gesto controlado mientras levantaba ligeramente la bolsa—, empiezo a pensar que esto ya no es coincidencia sino una forma bastante sofisticada de sincronización vecinal.

—Podría ser costumbre —replicó, observándome con una calma que no terminaba de ser neutral.

El silencio que siguió no fue largo, pero tampoco fue ligero, porque ninguno de los dos parecía especialmente interesado en rellenarlo con algo irrelevante.

—¿Todo bien? —preguntó, ladeando ligeramente la cabeza mientras me estudiaba con más atención de la necesaria.

—Sí, reunión en la editorial, café malo, decisiones discutibles y yo fingiendo que todo tiene sentido —respondí, recolocando la bolsa en la mano mientras sostenía su mirada—, lo habitual; ¿y tú?

—Día tranquilo —dijo, acercando la taza a los labios sin dejar de mirarme del todo.

Y ahí se quedó. Sin añadir nada. Sin suavizarlo.

Lo cual, sorprendentemente, era peor que cualquier comentario incómodo.

—Hace frío —añadí, porque en algún punto mi cerebro decidió rendirse y tirar de lo obvio.

—Es Londres —respondió, con una media exhalación que no llegaba a ser una risa.

—Eso no lo convierte en algo soportable, solo en algo inevitable —murmuré, encogiéndome ligeramente de hombros.

—Supongo que ayuda a no hacerse ilusiones.

—Siempre es bueno ajustar expectativas —añadí, más para mí que para él.

El silencio volvió, pero esta vez no era casual, era deliberado, como si ambos supiéramos exactamente lo que estábamos evitando.

Tomé aire, cambiando el peso de un pie a otro.

—Esto es bastante ridículo —dije, con una media sonrisa que no terminaba de sostenerse.

—Un poco —admitió, dejando la taza en el suelo antes de separarse de la pared y dar un paso hacia mí, lo justo para que el espacio entre nosotros dejara de ser cómodo.

—Podríamos hablar como adultos —añadí, apoyando la cadera con una seguridad que no era del todo real.

—Podríamos —repitió, observándome un segundo más de lo necesario.

Y aun así, ninguno habló inmediatamente.

Lo cual ya era una respuesta.

—Hay una tensión bastante evidente aquí —dijo al fin, con una calma directa que descartaba cualquier escapatoria elegante.

No respondí porque no había forma de hacerlo sin confirmar algo.

—Y no es nueva —añadió, acercándose apenas un poco más—, lleva ahí desde hace tiempo.

Exhalé despacio, cruzando los brazos como si eso fuera una defensa efectiva.

—Eso es una forma bastante eficiente de complicar una conversación que podría haberse quedado en algo perfectamente banal —respondí, inclinando ligeramente la cabeza.

—No la estoy complicando, estoy dejando de fingir que no está pasando —replicó.

Le sostuve la mirada.

—Podemos ignorarlo —dije, aunque ya no sonaba convincente ni para mí.

—Podemos, pero no parece que esté funcionando especialmente bien —respondió, sin moverse.

—Eso no significa que la alternativa sea mejor.

—Somos adultos, somos libres y ninguno de los dos es precisamente ingenuo —añadió, bajando ligeramente la voz—, lo cual hace que ignorarlo sea bastante poco creíble.

Tragué saliva.

Porque tenía razón.

Y eso era lo peor.

—Esto es una mala idea —dije, intentando recuperar algo de control.

—Probablemente —admitió.

—Y lo sabes.

—Sí.

—Entonces no deberías estar diciendo estas cosas.

—Y tú no deberías estar tan cerca —respondió, dejando caer la mirada un instante hacia el espacio entre nosotros antes de volver a mis ojos.

El silencio se volvió más lento, más pesado, como si el tiempo se hubiera detenido justo donde no debía.

Su mirada bajó a mi boca y volvió a subir. Y ese gesto, mínimo, fue suficiente. Porque en ese momento dejé de pensar.

No hubo aviso, ni transición, solo una proximidad que dejó de ser distancia y una mano que encontró la mía con una seguridad que descolocaba, tirando apenas de mí mientras su boca se posaba sobre la mía con una naturalidad que resultó inquietantemente fácil de aceptar.

Y respondí sin pensarlo.

Porque mi cuerpo reaccionó antes que cualquier lógica, inclinándose hacia él, encajando ese beso como si fuera algo pendiente.

De golpe, una sacudida intensa me recorrió entera y se concentró en un punto muy concreto, cálido, punzante, absolutamente claro, que hizo que todo lo demás dejara de importar durante un segundo y que convirtió ese instante en algo peligrosamente fácil de continuar.

Me separé de golpe, soltando su mano mientras daba un paso atrás con más brusquedad de la necesaria, llevándome una mano al pelo como si eso fuera a ayudarme a recomponer algo que claramente ya no estaba intacto.

—No, esto no es buena idea —solté, con la respiración ligeramente desordenada, negando una vez mientras retrocedía hacia mi puerta.

Él no se movió.

—No deberíamos haber hecho eso —añadí, sintiendo todavía ese pulso incómodo demasiado presente.

No esperé respuesta. Me giré, abrí la puerta y entré con más rapidez de la necesaria, cerrándola tras de mí sin conseguir amortiguar nada.

Conclusión del día: he besado a mi vecino —lo cual, en términos de toma de decisiones, entra claramente en la categoría de "esto parecía mejor idea en mi cabeza"—, he confirmado que mi autocontrol no es tanto una cualidad como una sugerencia bastante flexible y empiezo a sospechar, con una claridad poco tranquilizadora, que lo que hemos estado evitando no era una conversación incómoda ni un malentendido puntual, sino algo bastante más complicado, bastante menos gestionable y, teniendo en cuenta lo insultantemente fácil que ha sido cruzar la primera línea, probablemente imposible de ignorar sin hacer el ridículo en el proceso.

11

Conversaciones reales, verdades incómodas y el peligro de escuchar de verdad

Jueves, 13 de marzo

Estado emocional: *inusualmente receptivo, lo cual ya es sospechoso.*

Cafés ingeridos: *dos, sorprendentemente suficientes.*

Veces que he pensado en evitar la conversación de ayer: *varias.*

Veces que lo he conseguido: *ninguna.*

Nivel de claridad actual: *incómodamente alto.*

Conclusión provisional: *hablar con alguien que escucha es más peligroso que discutir con alguien que no.*

Después de lo de anoche —del beso en el rellano que claramente no formaba parte de ningún plan razonable y que, aun así, ocurrió con una facilidad inquietante—, lo lógico habría sido mantener distancia.

No una distancia dramática ni hostil, sino esa pausa elegante que los adultos funcionales introducen cuando perciben que una situación empieza a complicarse más de lo recomendable: un par de días sin coincidencias, sin conversaciones innecesarias y, sobre todo, sin oportunidades de decir algo que luego obligue a un análisis retrospectivo poco favorecedor.

Esa era la teoría.

La práctica, como suele ocurrir, decidió ignorarla.

A las diez de la mañana salí a trabajar desde una cafetería con la intención —ligeramente optimista— de recuperar cierto control sobre mi rutina y, si era posible, sobre mi cabeza; trabajar fuera de casa

siempre me ha ayudado a mantener una estructura clara, probablemente porque hay testigos y una no puede permitirse quedarse mirando la pantalla durante demasiado tiempo sin que alguien asuma que está atravesando una crisis personal o, peor aún, que está pensando demasiado.

Elegí una mesa junto a la ventana, abrí el portátil y me obligué a concentrarme en un informe que llevaba días evitando, con ese nivel de disciplina que solo aparece cuando una está huyendo activamente de otra cosa; durante una hora funcionó, revisé textos, corregí párrafos y escribí comentarios con una precisión casi sospechosa, como si la coherencia profesional pudiera compensar ciertas decisiones personales tomadas en un rellano la noche anterior.

A las once y cuarto alguien dejó un café en la mesa frente a mí.

No levanté la vista de inmediato, porque hay momentos en los que retrasar lo inevitable unos segundos parece una estrategia válida, pero el gesto era demasiado específico como para ignorarlo.

Alcé la mirada.

Jason.

De pie frente a la mesa, con esa calma suya que ya empieza a resultar sospechosa y que, después de lo de anoche, resulta directamente problemática.

Lo observé un segundo, luego al café, y volví a él con una leve inclinación de cabeza.

—Interesante —dije, apoyando los dedos sobre el teclado sin llegar a escribir—. Así que, además de pasarte la tarde de ayer en el rellano esperando a ver si salía, ahora también has contratado a alguien para seguirme cuando no estoy en casa o esto es una coincidencia con un timing extraordinariamente inquietante.

Él dejó el café con un gesto tranquilo, como si la acusación no le alterara lo más mínimo, y apoyó la mano en el respaldo de la silla antes de mirarme con calma.

—El presupuesto no da para espionaje —respondió, acomodando la taza con precisión—, pero admito que verte desaparecer con tanta eficacia despierta ciertas inquietudes logísticas.

—Sospechosamente silba a vigilancia encubierta con vocabulario elegante —repliqué, cerrando el portátil con lentitud mientras lo observaba con más atención—. Todavía no tengo claro si debería preocuparme o sentirme halagada.

—Puedes alternar —añadió, inclinando apenas la cabeza—. Mantiene el equilibrio.

Bajé la mirada al café.

Luego a él.

—No lo he pedido —señalé.

—Precisamente por eso —respondió, sin apartar los ojos—. Si lo hubieras pedido, sería cortesía; así tiene margen de negociación.

—¿Negociación? —repetí, alzando una ceja—. ¿Estamos en ese punto ya?

—Después de besar a alguien en un rellano y verla desaparecer como si hubiera activado un protocolo de evacuación… —dijo, tomando asiento sin prisa— diría que sí.

Eso me arrancó una exhalación breve, más cercana a una risa que a otra cosa.

—No desaparecí —matizé, girando ligeramente la taza entre los dedos—. Reorganicé prioridades.

—Tu forma de reorganizar prioridades implica cerrar una puerta bastante rápido —añadió, apoyando los antebrazos en la mesa sin invadir, pero sin dejar espacio a la evasión.

Lo miré.

—¿Y la tuya? Porque presentarte aquí con café tampoco es exactamente neutral.

—Es un intento de no actuar como si no hubiera pasado nada —respondió, sosteniendo mi mirada.

Asentí despacio.

—Eso sería poco creíble.

Y fue un error.

Porque en cuanto dejé de mirarlo directamente, mi cabeza decidió hacer exactamente lo contrario de lo que llevaba toda la mañana intentando, y volvió sin permiso a la noche anterior, al rellano, a la forma en que había cerrado la distancia sin prisa y a lo fácil que había sido no apartarme, como si mi cuerpo hubiera tomado una decisión independiente que ahora se negaba a revisar.

Di un sorbo al café, más por tener algo que hacer que por otra cosa, y noté cómo ese recuerdo no se quedaba en la memoria, sino que descendía un poco más, instalándose con una claridad incómoda en un lugar que no tenía nada que ver con la lógica ni con la gestión de riesgos, recordándome —de forma bastante poco oportuna— que el problema nunca había sido el beso en sí, sino lo natural que había resultado continuarlo.

Levanté la vista demasiado rápido.

Y me encontré con que él me estaba mirando.

No de forma invasiva.

Pero sí lo bastante atento como para que resultara evidente que algo había cambiado.

—No quiero repetir lo de ayer —dijo finalmente, trazando una línea invisible sobre la mesa con la yema del dedo.

Incliné ligeramente la cabeza.

—¿El beso o la parte en la que huyo como si hubiera cometido un delito menor? —pregunté, dejando que la ironía suavizara el golpe.

—La segunda parte —respondió, con una media sonrisa breve—. La primera no parece el problema.

Eso me obligó a bajar la mirada un segundo antes de volver a él.

—Yo tampoco quiero repetir eso —admití.

—Pero tampoco quiero fingir que no pasó.

—Eso sería poco eficiente —respondí, apoyando el codo en la mesa mientras giraba la taza.

Asintió lentamente, observándome con una atención distinta.

—No necesito una definición inmediata —añadió—, pero sí necesito saber que no vas a tratarlo como si fuera un error cada vez que nos acerquemos demasiado.

Me quedé en silencio un segundo.

—Ayer no reaccioné a "esto" —dije al fin—. Reaccioné a lo fácil que fue.

Él inclinó ligeramente la cabeza.

—Eso encaja más con lo que vi —comentó.

—No te acostumbres —respondí—. No pienso convertir esto en una nueva versión de mí misma.

—Sería una pérdida —replicó, sin apartar la mirada.

Suspiré, apoyando la espalda en la silla.

—No me gusta no tener el control —admití, más directa de lo que pretendía.

Posó la taza sobre la mesa sin hacer ruido, observándome un segundo más de lo habitual antes de hablar.

—Tiene que ser agotador —comentó, inclinando apenas la cabeza, no como quien juzga, sino como quien intenta encajar una pieza.

—Lo es —admití, dejando escapar una leve exhalación—. Mucho más de lo que suena cuando lo dices en voz alta.

Él asintió despacio, apoyando los antebrazos en la mesa y entrelazando los dedos.

—¿Y compensa? —preguntó, sin prisa.

Me tomé un segundo.

—A veces —respondí, encogiéndome ligeramente de hombros mientras miraba hacia la ventana—. Otras veces es simplemente…

más fácil de gestionar que el caos.

Dejó escapar una pequeña exhalación, como si esa respuesta confirmara algo.

—Fácil no es lo mismo que mejor —añadió, girando ligeramente la taza antes de volver a mirarme.

Volví a sostenerle la mirada.

—No —admití—. Pero es más predecible.

—Y te gustan las cosas predecibles —dijo, no como pregunta.

—Me gustan las cosas que no me obligan a improvisar —corregí.

Jason esbozó una sonrisa mínima.

—Entonces anoche fue un desastre logístico.

Eso me hizo soltar una risa breve.

—Anoche fue… bastante poco eficiente.

—Curiosamente —añadió, inclinándose apenas hacia delante— no tengo la sensación de que quisieras que lo fuera.

El silencio que siguió ya no era neutro.

Y eso lo cambiaba todo.

—No quiero complicarlo —dije.

—Yo tampoco.

—Entonces tenemos un problema.

—Tenemos una variable —corrigió.

—Es lo mismo con mejor marketing.

—No siempre.

—En este caso, sí.

Se inclinó ligeramente hacia delante.

—No voy a presionarte —dijo—, pero tampoco voy a fingir que no me interesa.

La frase fue clara.

Demasiado clara.

—Necesito tiempo —respondí.

Asintió sin dudar.

—Eso encaja —añadió.

Dudé un segundo.

—Y necesito que no lo conviertas en algo que no sé manejar.

Él sostuvo mi mirada.

—No voy a empujarlo hacia ningún sitio —respondió—, pero tampoco voy a ignorarlo si vuelve a pasar.

Se recostó ligeramente, relajando la postura.

—Porque va a pasar —añadió, con una seguridad tranquila que descolocaba más que cualquier presión.

Y, sorprendentemente, eso no me asustó tanto como debería, lo cual habría sido un dato irrelevante en cualquier otro contexto si no fuera porque, en ese mismo instante, noté cómo la presión me subía de forma bastante poco discreta, desde la planta de los pies hacia arriba, recorriéndome con una claridad incómoda hasta instalarse justo donde menos margen de negociación tenía, recordándome —con una eficacia casi irritante— que mi entrepierna parecía tener una opinión bastante más decidida que mi cabeza sobre todo lo que estaba pasando.

Conclusión del día: he mantenido una conversación sorprendentemente adulta con el hombre al que besé anoche en el rellano, no he salido corriendo —lo cual ya es un avance significativo —, he dicho más de lo que suelo permitirme y empiezo a sospechar que lo realmente peligroso no es la tensión en sí, sino lo fácil que resulta bajar la guardia cuando él no intenta empujarla… lo cual, teniendo en cuenta mis antecedentes, es exactamente el tipo de situación que debería evitar y, por razones que no termino de entender, no parece que tenga demasiada intención de hacerlo.

12

Vulnerabilidad inesperada, historias que pesan y el riesgo de entender demasiado

Viernes, 14 de marzo

Estado emocional: *inestable con tendencia a empatía excesiva.*

Cafés ingeridos: *dos, uno de ellos innecesariamente largo.*

Veces que he pensado en lo que dijo ayer: *suficientes para que deje de ser una conversación aislada.*

Nivel de cercanía actual: *superior al recomendable.*

Conclusión provisional: *entender a alguien cambia las reglas.*

No sé exactamente en qué momento una conversación deja de ser casual y empieza a tener peso, pero sospecho que no ocurre de golpe ni con una señal clara que una pueda señalar con el dedo y decir "aquí ha cambiado todo", sino que se desliza poco a poco, con esa discreción tan poco considerada que tienen las cosas importantes, hasta que un día te das cuenta de que ya estás dentro sin haber firmado nada.

Y, como suele ocurrir, ya es tarde para fingir que no.

Hoy, por ejemplo, no tenía ninguna intención de verlo.

Ayer nos besamos en el rellano, una decisión tan poco planificada como sorprendentemente fácil, y esta mañana hemos tenido una conversación bastante más adulta de lo que cualquiera esperaría después de ese tipo de escena, lo cual, en teoría, debería haber sido suficiente para justificar un pequeño periodo de distancia prudente.

En teoría.

A las seis de la tarde llamaron a mi puerta.

Otra vez.

Me quedé un segundo mirando hacia el pasillo, como si existiera la posibilidad real de que fuera otra persona, aunque la lógica —y cierta repetición reciente— apuntaba claramente en una dirección.

Abrí.

Jason.

Sin café. Sin excusas. Sin nada que suavizara su presencia.

Solo él.

Y eso, curiosamente, era más complicado.

—Hola —dijo, apoyando una mano en el marco de la puerta con una naturalidad que no terminaba de ser inocente.

—Hola —respondí, cruzándome ligeramente de brazos mientras lo observaba—. Empiezo a pensar que deberías plantearte un sistema de reservas para esto.

—¿Para llamar a tu puerta o para aparecer en momentos poco convenientes? —replicó, inclinando apenas la cabeza.

—Para lo que sea que estás haciendo —añadí, apartándome lo justo para dejarle pasar—, porque empieza a parecer una estrategia.

Entró, echando un vistazo alrededor con esa curiosidad contenida que ya le había visto antes.

—¿Te interrumpo? —preguntó, girándose hacia mí.

—Siempre existe esa posibilidad —respondí, cerrando la puerta con calma—, pero últimamente parece que no te frena demasiado.

Él dejó escapar una leve exhalación, más cerca de una sonrisa que de una disculpa.

—Puedo volver en otro momento.

—No hace falta —dije, apoyándome en la mesa—. Ya hemos superado la fase de formalidades esta mañana en la cafetería, sería raro retroceder ahora.

Asintió ligeramente, como si esa referencia también le colocara en el mismo punto.

—No había visto tu piso —comentó, deteniéndose frente a la estantería.

—No es especialmente interesante.

—Eso es discutible —respondió, inclinándose un poco—. Organización por colores.

—Eso no define nada —repliqué.

—Define bastante —matizó, girándose hacia mí—. Al menos define un intento de control.

—Define que no me gusta el caos innecesario —corregí, apoyando el peso en una cadera.

—Eso es básicamente lo mismo con mejor marketing.

—Lo cual, por cierto, es exactamente lo que has hecho tú viniendo aquí sin café —añadí, señalándolo con un gesto leve—. Has eliminado la distracción.

Esbozó una sonrisa breve.

—He aprendido rápido.

—Eso es lo que me preocupa.

Se hizo un pequeño silencio.

—Una vez me preguntaste por qué escribo sobre amor si desconfío de él —dijo al fin, apoyando una mano en la mesa con un gesto tranquilo, como si retomara algo que no había terminado del todo.

Asentí despacio, cruzándome ligeramente de brazos mientras lo miraba con más atención.

—Y te quedaste en una versión bastante elegante —añadí, inclinando apenas la cabeza—. Muy publicable, poco peligrosa.

Dejó escapar una pequeña exhalación, más cercana a una sonrisa contenida que a otra cosa, y desvió la mirada un segundo antes de volver a mí.

—Era la versión fácil —admitió—. La que no requiere demasiadas explicaciones.

—Y la que no compromete demasiado —rematé, apoyándome en la mesa.

—Exacto.

Se hizo una pausa breve, pero no incómoda.

—Pero no es toda la historia —añadió después, bajando ligeramente la voz.

Lo observé en silencio, sin interrumpir, dejándole espacio para continuar.

—No es solo desconfianza —dijo—. Es saber lo que pasa cuando das algo por hecho y luego resulta que no estaba ahí de la misma manera.

Incliné ligeramente la cabeza.

—Pienso que es menos teórico que antes.

—Lo es —respondió, con una calma más honesta—. Bastante menos.

Asentí despacio.

—Eso explica mejor cómo escribes —comenté, sin apartar la mirada.

—¿Y cómo me acerco? —Arqueó apenas una ceja.

—También —respondí.

Dio un paso hacia mí.

—Caroline —dijo, bajando ligeramente la voz—. No estoy buscando repetir errores.

—Yo tampoco.

—Pero tampoco quiero evitar algo solo porque no encaje en un plan perfecto.

Le sostuve la mirada.

—Eso no es una garantía.

—No. Es un riesgo.

—No me gustan los riesgos mal calculados.

—A mí tampoco.

Se detuvo muy cerca. Sin tocar.

—Esto —añadió— no es cálculo.

Y, como la noche anterior en el rellano, no fue el pensamiento lo primero que reaccionó, sino algo mucho más inmediato y bastante menos razonable: una presión que se instaló donde menos margen de negociación tenía y recordándome que mi cuerpo no estaba especialmente interesado en mis normas.

—Eso es precisamente lo que me preocupa —respondí, manteniendo el tono estable.

—Me lo imaginaba.

Lo observé un segundo más. Y entonces decidí que, si esto iba a complicarse, al menos iba a hacerlo con cierta estructura.

—Vale —dije, cruzándome ligeramente de brazos—. Vamos a aclarar algo antes de que esto siga avanzando en pasillos y rellanos como si fuera una mala costumbre.

Él arqueó una ceja, atento.

—¿Has venido a buscar una continuación más extensa del beso? —pregunté, sin rodeos, pero sin perder el tono ligero.

—He venido porque no quiero que se quede en algo aislado.

Eso encajaba.

—Entonces vamos a hacerlo mejor —añadí—. Porque si esto va a seguir en la línea de encuentros improvisados en zonas comunes del edificio, empieza a perder bastante atractivo.

—¿Propuesta? —Inclinó ligeramente la cabeza.

Me tomé un segundo.

—Pídeme una cita —dije al fin—. Una de verdad. Con tiempo, contexto y sin vecinos potencialmente escuchando detrás de una puerta.

—Parece bastante razonable. —Sonrió, esta vez con algo más de claridad.

—Quiero que ambos sepamos lo que estamos haciendo —corregí.

—Es optimista —añadió.

—Lo es.

Se acercó apenas un poco más.

—Mañana es sábado —dijo—. Podemos tener esa cita formal.

Sentí cómo algo se reajustaba dentro de mí.

—¿Y luego? —pregunté y él dejó escapar una leve exhalación.

—Luego vemos qué pasa.

Simple. Claro. Arriesgadamente oscuro.

Y en ese espacio mínimo, en ese equilibrio inestable que ya no tenía nada de casual, entendí algo que no me gustó en absoluto:

La contrariedad ya no era lo que podía pasar, era que empezaba a querer saberlo.

Conclusión del día: he pasado de evitar a mi vecino a programar una cita formal con él en menos de veinticuatro horas, lo cual no entra exactamente dentro de mis protocolos habituales, y empiezo a sospechar que lo realmente peligroso no es la falta de control… sino lo fácil que resulta justificar perderlo cuando la alternativa empieza a parecer mucho más interesante.

13

Rutinas compartidas, coincidencias sospechosas y la trampa de lo cotidiano

Sábado15 de marzo

Estado emocional: *peligrosamente cómodo.*

Nivel de control: *optimista.*

Expectativas para la tarde: *razonables (error nº1).*

Probabilidad de tomar malas decisiones: *en aumento sostenido.*

He descubierto que hay algo mucho más insidioso que la tensión: la costumbre.

La tensión, al menos, tiene la decencia de avisar. Se manifiesta en silencios incómodos, en miradas que duran más de lo razonable, en esa sensación constante de estar al borde de decir algo que no debería decirse. Es evidente, reconocible, incluso gestionable si una mantiene cierta disciplina.

La costumbre, en cambio, se instala sin pedir permiso.

No hace ruido. No exige atención. Simplemente empieza a encajar.

Y cuando te das cuenta, ya forma parte de tu rutina.

Hoy, por ejemplo, tenía una cita.

Una cita de verdad. Con plan. Con hora. Con una intención que, si me preguntaban ayer, habría considerado prematura.

A las seis en punto llamaron a mi puerta.

Abrí.

Chaqueta oscura, camisa clara, ese aire relajado que parece casual pero claramente no lo es, y una mirada que se detuvo un segundo más de lo necesario antes de subir a mis ojos.

—Puntual —observé, apoyándome en el marco mientras lo evaluaba sin prisa.

—He entendido que contigo no conviene improvisar demasiado —respondió, con una media sonrisa.

—Me da que has estado tomando notas.

—Digamos que soy un buen observador.

—Eso también es preocupante.

Dio un paso atrás para dejarme salir.

—¿Lista?

—Eso depende del plan.

—Confía un poco.

—Depende de cómo acabe la noche.

—Entonces vamos bien —respondió.

Y eso, curiosamente, me hizo sonreír.

***

El musical fue *Moulin Rouge*.

—Es un poco obvio —comenté cuando me lo dijo, ajustándome el abrigo mientras avanzábamos entre la gente.

—Puede —respondió—, pero funciona.

—Eso no siempre es suficiente.

—En narrativa sí.

—Esto no es narrativa.

Giró ligeramente la cabeza hacia mí.

—Eso está por ver.

Durante la función, el problema fue su proximidad constante. El calor de su brazo rozando el mío. La forma en que se inclinaba hacia mí para comentar algo irrelevante que no necesitaba comentario, solo una excusa.

—Esto es demasiado intenso para una primera cita —murmuré en un momento, sin apartar la vista del escenario.

—No parece que sea la primera —respondió, en voz baja, demasiado cerca.

Eso me hizo girar ligeramente la cabeza.

—Eso no es técnicamente correcto.

—Tampoco lo de besarnos la otra noche lo era.

—No lo menciones como si fuera un precedente —dije.

—Es un dato relevante.

—Es un error cronológico.

—No me lo pareció.

No respondí.

Porque no tenía una respuesta que me dejara en buen lugar.

Cuando salimos del teatro, el aire de Londres tenía ese brillo de sábado por la noche que parece diseñado para recordar que estar soltera no es un estado, sino un plan perfectamente válido: taxis pasando, grupos riendo demasiado alto, luces que invitan a no volver a casa todavía.

Él se colocó a mi lado con una naturalidad sospechosa.

—¿Tienes hambre? —preguntó, metiendo las manos en los bolsillos mientras me miraba de reojo.

—Un poco —respondí, ajustándome el abrigo—. Lo suficiente como para no tomar decisiones impulsivas, pero lo bastante como para aceptar sugerencias.

Él esbozó una media sonrisa.

—Mejor —dijo—, porque he reservado en Clos Maggiore.

Me giré hacia él.

—Eso no es una sugerencia —comenté.

—No —admitió—. Es una estrategia.

Y, por alguna razón, no me pareció una mala.

Cuando llegamos, entendí exactamente a qué se refería con *estrategia*. La entrada discreta no preparaba para el interior: velas, mesas pequeñas y ese tipo de iluminación que convierte cualquier conversación en algo ligeramente más íntimo de lo previsto.

Me quité el abrigo despacio, mirando alrededor.

—Esto está claramente diseñado para que la gente tome malas decisiones —comenté.

Apartó la silla para que me sentara, sin perder esa calma suya.

—Confío en que aguantaremos hasta el postre —respondió.

Durante la cena, la conversación dejó de tener ese punto de vigilancia inicial y empezó a fluir con una facilidad que, en cualquier otro contexto, habría sido agradable; aquí, en cambio, resultaba ligeramente sospechosa.

El camarero nos sirvió primero, con esa precisión silenciosa que hace que todo parezca más cuidado de lo que en realidad es. Yo pedí un risotto de setas —decisión prudente, sin margen de error— y Jason se decantó por un solomillo poco hecho, lo cual, en retrospectiva, encajaba bastante con su forma de tomar decisiones: directo, sin demasiadas vueltas y con una confianza irritantemente bien colocada.

—Buena elección —comentó, inclinándose apenas hacia delante mientras señalaba mi plato con la barbilla, como si estuviera evaluando algo más que la comida.

Cogí la servilleta con calma, desplegándola sobre el regazo antes de mirarlo con una caída de pestañas que, siendo honesta, tenía más intención de la que debería.

—Eso está por demostrarse —respondí, tomando el tenedor—. Todavía no ha pasado el control de calidad.

Esbozó una media sonrisa mientras cortaba el solomillo, sin apartar del todo la mirada.

—Confío en tu criterio.

—Eso es una apuesta arriesgada —repliqué, probando el risotto y sosteniendo su mirada un segundo más de lo necesario antes de asentir apenas—. Pero, en este caso, acertada.

—Lo tendré en cuenta —dijo, como si esa pequeña validación tuviera más peso del que parecía.

Al principio, la conversación se movió en terreno seguro: trabajo, rutinas, clientes absurdos que exigen soluciones imposibles con una tranquilidad admirable. Pero no tardó en desplazarse, casi sin avisar, hacia algo menos superficial.

—¿Siempre has vivido en Londres? —pregunté, apoyando el codo en la mesa mientras giraba ligeramente la copa entre los dedos.

Él negó despacio, limpiando el cuchillo con un gesto automático antes de responder.

—No. Crecí en Bath —dijo, levantando la vista hacia mí—. Todo bastante más tranquilo. Menos… construido.

Seguí su mirada un instante, recorriendo el restaurante con calma antes de volver a él.

—Eso explica que no te impresione —añadí, apoyando la barbilla en la mano—. Este sitio parece diseñado para que la gente crea que está teniendo conversaciones importantes.

Jason dejó escapar una pequeña exhalación, casi una risa.

—No es mala estrategia —respondió—. El entorno ayuda a que la gente baje la guardia.

—O a que crea que debería hacerlo —corregí, inclinándome apenas hacia delante—. No es lo mismo.

Eso le hizo mirarme con más atención.

—¿Y tú en qué punto estás? —preguntó—. ¿Bajando la guardia o analizando el decorado?

Sonreí ligeramente, sin apartar la mirada.

—Estoy evaluando el margen de error.

Apoyó los antebrazos en la mesa, acercándose lo justo para que el gesto no pareciera casual.

—¿Y el veredicto?

Deslicé el dedo por el borde de la copa, pensándolo un segundo más de lo necesario.

—Todavía no lo tengo claro —respondí—. Pero empiezo a sospechar que el problema no es el entorno.

—¿Y cuál es?

Le sostuve la mirada.

—La facilidad.

Hubo una pausa breve, pero cargada.

Él no respondió de inmediato; se limitó a observarme, como si estuviera encajando algo.

—No tiene por qué ser negativo —dijo al fin, con un tono más bajo.

Negué ligeramente, inclinando la cabeza.

—No he dicho que lo sea —respondí—. Solo que no es fiable. —Arqueó apenas una ceja.

—Suena a alguien que prefiere lo complicado.

—Prefiero lo que puedo anticipar —corregí, apoyándome en el respaldo—. No es exactamente lo mismo.

—No siempre es mejor —replicó, sin perder la calma.

—Pero es más seguro.

Él giró la copa entre los dedos, observando el movimiento del líquido como si le diera tiempo para pensar.

—A veces lo seguro es solo una forma elegante de evitar lo que no controlas.

Lo miré.

—Y a veces lo que no controlas es precisamente lo que te mete en problemas.

—O lo que hace que algo merezca la pena.

Sostuvimos la mirada un segundo más.

—Eso es una apuesta —dije.

—Eso es experiencia —respondió él, con una media sonrisa que no llegaba a ser ligera.

Y ahí fue cuando lo noté. No la tensión. Eso habría sido más fácil de gestionar.

Sino esa sensación más sutil, más traicionera, de estar empezando a encajar en algo sin haber decidido entrar.

Y eso, por alguna razón, me inquietó mucho más de lo que debería.

Cuando terminamos el segundo plato, la conversación no había perdido ritmo, pero sí había cambiado de textura; ya no era ese intercambio ligero que uno puede abandonar sin consecuencias, sino algo más asentado, más difícil de cortar sin que se note.

El camarero apareció con la cuenta con la misma discreción con la que había servido todo lo demás, dejándola en el centro de la mesa como si no tuviera ninguna implicación más allá de lo práctico, aunque ambos sabíamos que ese momento —ridículamente cotidiano— siempre arrastra una pequeña negociación implícita.

Jason la cogió antes de que yo pudiera siquiera estirar la mano.

—Ni lo intentes —dijo, hojeándola con un gesto rápido mientras sacaba la tarjeta—. Hoy invito yo.

Me incliné ligeramente hacia delante, apoyando los codos en la mesa mientras lo observaba con una media sonrisa que no era del todo inocente.

—Eso es una afirmación bastante contundente para alguien que todavía está bajo evaluación —comenté, recogiendo la servilleta con calma.

—Forma parte de la estrategia —respondió, sin levantar la vista —. Invertir bien desde el principio.

—Eso implica que esperas retorno.

Alzó la mirada entonces, sosteniéndola un segundo más de lo necesario antes de contestar.

—Implica que me interesa que la noche continúe.

No aparté los ojos.

—Eso ya lo habías dejado bastante claro —añadí, incorporándome con un gesto lento—. La duda es si yo voy a estar de acuerdo.

Él dejó la tarjeta sobre la bandeja y se levantó, colocándose la chaqueta con esa tranquilidad que empezaba a ser peligrosamente eficaz.

—Podríamos ir a tomar algo —propuso, acercándose lo justo para que la frase no sonara casual—.El Soho está a cinco minutos y creo que aún no hemos llegado a la parte en la que decides si merezco una segunda cita.

Cogí el bolso, tomándome un segundo antes de responder.

—Eso asume que esta cuenta como primera —dije, pasando a su lado camino de la salida.

—Asume que ya vamos por la mitad de la segunda —replicó, abriéndome la puerta.

No respondí.

Pero tampoco me fui en dirección contraria.

Soho a esa hora tenía ese equilibrio exacto entre caos y promesa, con la música escapando de los locales, grupos entrando y saliendo y esa sensación constante de que la noche aún no había decidido en qué iba a convertirse.

El sitio que eligió no era especialmente grande, pero sí lo bastante oscuro y lo bastante lleno como para que la cercanía no necesitara justificarse.

—Aquí —dijo, apoyando la mano en la parte baja de mi espalda para guiarme entre la gente, un gesto breve, casi funcional… pero no del todo.

Lo dejé hacer.

Y eso, en sí mismo, ya era una decisión.

Nos hicimos hueco en la barra y pedimos dos copas sin demasiada ceremonia. Apenas presté atención a lo que elegía; estaba más pendiente de cómo se inclinaba hacia mí para hacerse oír entre la música, de la forma en que esa proximidad empezaba a sentirse… natural.

Demasiado.

—¿Siempre eliges sitios así? —pregunté, apoyando la copa en la barra mientras recorría el local con la mirada.

Se apoyó a mi lado, lo bastante cerca como para que no hubiera espacio entre nosotros cuando alguien pasó detrás.

—Solo cuando merece la pena alargar la noche —respondió, mirándome de reojo.

Giré ligeramente la cabeza hacia él.

—Eso implica que tenías previsto que la cena no fuera suficiente.

—Implica que no tenía intención de que terminara pronto.

Deslicé el pulgar por el borde del vaso, pensándolo un segundo.

Sostuve su mirada un instante más de lo necesario, notando cómo esa conversación aparentemente ligera empezaba a apoyarse en algo más sólido.

—¿Y si el resultado no es el que esperas? —pregunté, inclinando ligeramente la cabeza.

Jason no respondió de inmediato; simplemente me observó, como si estuviera calibrando la pregunta más allá de lo evidente.

—Entonces habrá merecido la pena intentarlo —dijo al fin.

La música subió un punto y alguien detrás de nosotros nos empujó ligeramente al intentar pasar, obligándonos a reducir aún más la distancia. Su mano volvió a mi cintura para estabilizarme, pero esta vez se quedó ahí, firme, sin prisas por retirarse.

Yo tampoco hice nada para apartarla.

—Deberías avisar cuando haces eso —murmuré, sin apartar la mirada.

—¿El qué?

—Tomar decisiones por los dos.

Inclinó apenas la cabeza, acercándose lo justo para que no tuviera que alzar la voz.

—No parecía que te molestara.

Deslicé la mano por su hombro, más despacio de lo necesario, sintiendo bajo los dedos la tensión contenida que no tenía nada de casual.

—No he dicho que lo hiciera.

Hubo un segundo de pausa.

Uno de esos en los que todo queda suspendido.

—Entonces estamos bien —respondió.

No era una pregunta.

Y eso lo hizo más peligroso y provocador.

Nos movimos hacia la pista casi sin decidirlo, empujados por la gente, por el ritmo… o por algo bastante menos justificable.

Su mano se asentó en mi espalda con más firmeza.

La mía se quedó en su hombro.Demasiado cerca para fingir casualidad. La distancia dejó de existir sin necesidad de negociarla.

Apoyé ligeramente la frente cerca de la suya, lo suficiente como para notar su respiración.

—Eres consciente de que esto complica bastante las cosas —dije, con un tono más bajo de lo habitual.

—Nunca te han gustado las cosas demasiado simples.

Eso me hizo soltar una pequeña exhalación que no llegó a ser una risa.

—No me gusta no tener margen de maniobra.

—Lo tienes.

—No demasiado.

—El suficiente.

Lo miré, y ese fue el momento.

No hubo gesto exagerado ni decisión evidente. Solo ese punto exacto en el que dejar de sostener la distancia deja de ser una opción.

Me besó otra vez.

Sin prisa y sin necesidad de comprobar si iba a apartarme.

Respondí con una facilidad que, en cualquier otro momento, habría analizado hasta el agotamiento, notando cómo todo lo que normalmente me mantiene en control se desplazaba lo justo para dejar espacio a algo mucho más inmediato.

Su mano en mi espalda. La mía subiendo apenas por su cuello. La música perdiendo importancia.

Y, durante un segundo —solo uno—, nada de lo que normalmente me importa tuvo peso suficiente como para detenerme.

Lo cual, en retrospectiva, no era precisamente tranquilizador. Pero en ese momento… tampoco era suficiente para parar.

El camino de vuelta fue más silencioso de lo que esperaba, pero no incómodo; había algo en esa calma compartida, en la forma en que caminábamos uno al lado del otro sin necesidad de llenar cada espacio con palabras, que habría sido agradable… si no fuera porque yo ya estaba pensando demasiado.

Porque había una línea.

Siempre la hay.

Y esta vez la estaba viendo venir con demasiada claridad como para fingir que no existía.

Cuando llegamos al edificio, me detuve antes de entrar, apoyando una mano en la puerta como si ese gesto me diera un segundo extra para decidir cómo decirlo sin sonar más tajante de lo necesario.

Se quedó frente a mí, sin invadir, pero sin retroceder tampoco.

—Hasta aquí —dije al fin, con un tono más firme de lo que me sentía.

Él inclinó ligeramente la cabeza, observándome con atención real.

—¿Hasta aquí de *lo dejamos por hoy* o hasta aquí de verdad? —indagó, metiendo las manos en los bolsillos con una calma que no ayudaba.

Solté aire despacio, desviando la mirada un instante antes de volver a él.

—Hasta aquí de verdad —respondí—. Quiero ir más despacio.

Él asintió sin dramatizarlo.

—Me parece bien.

Parpadeé.

—¿Así, sin negociación?

—No parece que estés planteándolo como algo negociable —respondió, con un leve encogimiento de hombros.

Eso me hizo fruncir ligeramente el ceño.

—Podrías haber puesto algo de resistencia —murmuré.

—¿Te facilitaría las cosas?

Me quedé un segundo en silencio.

—Probablemente —admití—. Haría esto más… reconocible.

Dio medio paso más cerca, lo justo para no romper el equilibrio.

—Prefiero que quieras quedarte —añadió— a que te sientas empujada a hacerlo.

Apoyé el peso en una cadera, cruzándome de brazos más por reflejo que por necesidad.

—Vale —dije—. Entonces voy a ser bastante clara, porque esto… —hice un gesto entre los dos— está empezando a encajar demasiado bien. Y eso nunca ha sido una buena señal en mi caso.

—¿Nunca? — Ladeó ligeramente la cabeza.

Solté una pequeña risa.

—Hubo un experimento previo —admití—. Con resultados poco recomendables.

—Empiezo a interesarme.

—Se llamaba Taylor —continué, metiendo las llaves en la puerta del portal—. Profesor de pilates. De esos que te corrigen la postura como si te estuvieran arreglando la vida entera.

Alzó una ceja, claramente divertido.

—Eso ya es una promesa peligrosa.

—Y yo la compré entera —repliqué—. Clases privadas *porque tenía potencial*, cafés después *para hablar del progreso* y, sin darme cuenta, estaba reorganizando mis horarios en función de cuándo él tenía disponibilidad.

Jason no sonrió esta vez.

—¿Y te diste cuenta tarde?

—Lo suficiente —respondí—. No fue inmediato. Fue gradual. Sin fricción. Como si todo tuviera sentido. Y cuando lo vi con perspectiva, no había construido nada real. Había rellenado huecos con expectativas bastante bien maquilladas.

Asintió despacio.

—¿Y él?

Solté una exhalación breve.

—Él estaba perfectamente bien —respondí—. Yo era la única que estaba en una historia que no existía del todo.

Se hizo un silencio breve en el rellano.

—Así que sí —añadí, encogiéndome ligeramente de hombros—. Tengo cierta tendencia a cortar antes de que algo empiece a parecer demasiado… fácil de sostener.

Me observó con calma.

—No parece exactamente el mismo escenario.

—No lo parecía entonces tampoco —respondí.

Eso quedó entre los dos.

Claro.

Sin adornos.

—Entonces vamos despacio —dijo él al fin—. Sin prisa. Sin repetir errores ajenos —añadió.

No pude evitar sonreír ligeramente.

—Ni propios —corregí.

—Ni propios.

Asentí. Y subimos en silencio por las escaleras, yo delante, él siguiéndome.

—Buenas noches, Jason.

—Buenas noches, Caroline.

Me giré antes de que pudiera cambiar de idea, abrí la puerta de mi apartamento y entré.

La estaba cagando. No por querer ir despacio. Sino porque esta vez no estaba reaccionando desde el impulso… sino desde el miedo a repetir algo que ya conocía.

Y eso, en el fondo, tampoco era una decisión especialmente fiable.

Conclusión del día: he decidido parar antes de cruzar una línea que, siendo honesta, quería cruzar, he confirmado que sigo tomando decisiones basadas en experiencias pasadas que no necesariamente aplican al presente y empiezo a sospechar que el verdadero riesgo no es que esto salga mal… sino que podría salir bien y no tenga del todo claro cómo manejarlo.

14

Listas absurdas, negación elegante y la evidencia que no quiero aceptar

Domingo.

16 de marzo

Estado emocional: *negación estructurada con base argumental débil.*

Cafés ingeridos: *dos, claramente insuficientes para el nivel de autoengaño requerido.*

Veces que he repetido "no significa nada": *varias, ninguna convincente.*

Número de besos con Jason Clark: *dos. Evitables en teoría, no tanto en la práctica.*

Veces que mi cuerpo ha decidido participar activamente sin consultar: *suficientes como para cuestionar mi autoridad interna.*

Nivel de objetividad actual: *comprometido.*

Conclusión provisional: *cuando necesitas una lista para explicarte algo… ya es demasiado tarde.*

He decidido hacer una lista.

No porque la necesite —o al menos eso es lo que me digo mientras abro la libreta y alineo el bolígrafo con un nivel de precisión ligeramente preocupante—, sino porque es mi manera habitual de recuperar cierta sensación de control cuando las cosas empiezan a moverse en direcciones que no he aprobado formalmente.

Las listas funcionan.

Ordenan. Simplifican.

Y, sobre todo, tienen la ventaja de no incluir factores incómodos como decisiones tomadas en un bar de Soho, besos que no estaban en el plan inicial o reacciones físicas que, francamente, no han pasado por ningún tipo de filtro racional.

Estoy sentada en la mesa del salón, con el portátil abierto, una taza de café que ya se ha enfriado y la puerta entreabierta porque llevo ventilando más tiempo del estrictamente necesario. Oficialmente, es por renovar el aire. Extraoficialmente, es porque necesito sentir que tengo una vía de escape que no implique replantearme toda mi estabilidad emocional.

Lo cual, en este punto, parece una medida preventiva razonable.

Respiro hondo, bajo la mirada a la hoja y empiezo.

Cosas que NO significan que me guste Jason Clark

Que hayamos coincidido varias veces en pocos días.
No es un patrón. Es una coincidencia repetida en un entorno compartido. Vivimos en el mismo edificio. Esto es estadística, no destino.

Que la conversación fluya sin esfuerzo.

Esto no indica compatibilidad. Indica que ambos sabemos mantener una conversación sin necesidad de fingir interés. Es una habilidad básica, no una señal.

Que no me incomode el silencio cuando estamos juntos.

Esto no es cercanía. Es ausencia de incomodidad. No son lo mismo.

Que recuerde detalles que dice.

Esto es memoria. Tengo buena memoria. No es selectiva. No es emocional. Es funcional.

Que haya empezado a anticipar cuándo voy a verlo.

Esto es logística. Compartimos espacios. Es eficiencia.

Que me haya molestado verlo con otra mujer.

Esto fue una reacción puntual. Mal interpretada. Ya está resuelta.

Que me resulte… sencillo estar con él.

Esto es circunstancial. No es exclusivo. No implica nada.

Que piense en él cuando no está.

Esto es repetición. El cerebro refuerza lo reciente.

Que nos hayamos besado. Dos veces.

Esto fue una consecuencia del contexto. No define nada. No implica continuidad.

Que mi cuerpo haya tenido una opinión bastante firme al respecto.

Esto es fisiológico. No es vinculante. No participa en la toma de decisiones.

Que ayer no quisiera que terminara la noche, fue un momento puntual de falta de criterio.

Que hoy esté pensando en todo esto, es análisis.

Que esté escribiendo esta lista, esto es…

—Eso no es análisis.

La voz llegó desde la puerta con la suficiente naturalidad como para que, durante una décima de segundo, considerara seriamente la posibilidad de haberla imaginado.

Levanté la vista.

Estaba apoyado en el marco de la puerta, con una mano metida en el bolsillo y la otra sujetando apenas el borde como si no tuviera ninguna intención inmediata de marcharse. No parecía sorprendido. Tampoco especialmente preocupado por encontrarme allí sentada rodeada de papeles, cafés a medio terminar y una libreta abierta con aspecto de manifiesto psicológico improvisado.

—He llamado —añadió señalando ligeramente hacia el pasillo con la cabeza—. Dos veces. Luego he visto la puerta abierta y… —hizo un gesto vago hacia la habitación— esto.

Cerré la libreta despacio, dejando el bolígrafo encima como si aquel gesto pudiera clausurar también el tema.

—Estaba ventilando —respondí mientras me recostaba un poco en la silla—. Claramente con resultados cuestionables.

Dio un par de pasos, lo justo para acercarse a la mesa sin invadir completamente el espacio, y su mirada se detuvo en la libreta con un interés que ni siquiera intentó disimular.

—No estabas ventilando —dijo mientras apoyaba una mano en el respaldo de la silla frente a mí—. Estabas construyendo un argumento.

Incliné ligeramente la cabeza.

—Estaba organizando un pensamiento.

—Claro —replicó con una calma ofensivamente británica—. Y por eso necesitas una lista con subtítulos.

Antes de que pudiera reaccionar, deslizó la libreta hacia él.

—Jason, yo…

—Un segundo —dijo sin levantar todavía la vista de la página—. Si esto es lo que parece, probablemente me interese bastante.

Crucé los brazos mientras lo observaba leer desde el otro lado de la mesa. No intenté quitársela. Porque eso habría implicado admitir que me importaba. Y a esas alturas de la historia ya habíamos establecido que mi mecanismo principal de supervivencia consistía precisamente en fingir que ciertas cosas no me afectaban más de la cuenta.

Pasó la página despacio y el silencio empezó a alargarse lo suficiente como para resultarme incómodo.

Cuando terminó, cerró la libreta con cuidado y la dejó sobre la mesa con una delicadeza extraña, como si estuviera devolviendo algo que no estaba seguro de haber tenido derecho a tocar.

—Genial —dijo al fin, apoyando la mano en el respaldo de la silla —. ¿Esto te está ayudando o solo te permite decirte algo que no te

estás creyendo?

Sostuve su mirada sin moverme.

—Me ayuda a ordenar las cosas.

—No —replicó, negando suavemente—. Te ayuda a encajarlas donde te resulta más cómodo.

—Eso es una interpretación bastante libre para alguien que acaba de leer una página fuera de contexto.

Soltó una exhalación breve, esta vez sin rastro de humor.

—No necesito más contexto —apuntó—. Has dejado bastante claro lo que estás haciendo.

Apoyé las manos en la mesa, inclinándome ligeramente hacia delante.

—Estoy intentando no meterme en algo que ya sé cómo termina.

—No —corrigió, mirándome fijo—. Estás dando por hecho cómo voy a actuar sin conocerme lo suficiente como para llegar a esa terminación.

—No estoy hablando de ti —confesé, aunque incluso a mí me sonó poco convincente.

Arqueó ligeramente las cejas.

—Estás hablando de alguien que te va a hacer daño, que te va a dejar enganchada y que luego va a desaparecer como si nada —enumeró, señalando la libreta con un gesto seco—. Eso no es un concepto abstracto, Caroline.

Me incorporé despacio, cruzándome de brazos.

—Es una posibilidad bastante realista.

—No —dijo, dando un paso hacia mí—. Es una proyección.

—Vale —solté, dejando caer los brazos—. ¿Quieres que sea clara?

—Preferiblemente.

Lo miré un segundo más de lo necesario.

—No quiero que me rompan el corazón —dije al fin, sin adornos —. No quiero pasar semanas hecha polvo, llorando a moco tendido, comiendo mal y replanteándome cada conversación mientras intento recomponerme. Y, sobre todo —añadí, señalando vagamente hacia el pasillo—, no quiero hacer todo eso con mi verdugo viviendo puerta con puerta.

Se tensó apenas, lo suficiente para que el gesto no pasara desapercibido.

—¿Tu verdugo? —repitió, con un tono más bajo—. ¿De verdad es ahí donde estamos?

No aparté la mirada.

—Es un escenario posible.

Negó despacio, pasándose una mano por la nuca antes de volver a mirarme, esta vez con algo más firme en la expresión.

—No me conoces lo suficiente como para decidir que soy ese tipo de persona —indicó—. Ni de lejos.

—Tampoco te conozco lo suficiente como para descartar que lo seas.

Eso fue un golpe limpio y él lo sostuvo un segundo, sin responder de inmediato.

—No es lo mismo —añadió al fin, más seco—. Una cosa es ser prudente y otra asumir directamente que voy a comportarme como un… —hizo un gesto vago con la mano— capullo integral.

No pude evitar una pequeña exhalación.

—No he dicho eso.

—No hace falta que lo digas —respondió—. Está implícito en todo esto.

Señaló la libreta. El silencio que siguió ya no tenía nada de agradable.

—No estoy intentando juzgarte —bajé un poco el tono—. Estoy intentando no repetir algo que ya sé cómo me afecta.

—Entonces dilo así —manifestó—. Pero no me metas en el mismo saco sin haberme dado la oportunidad de demostrar lo contrario.

Eso me dejó sin respuesta inmediata porque tenía razón. Y eso no ayudaba.

Respiré hondo.

—No me gusta el riesgo —dije al fin.

—Lo entiendo, pero estás actuando como si ya hubieras perdido.

Le sostuve la mirada.

—Esto no es buena idea.

Él no se movió.

—Me lo has dicho muchas veces, y empiezo a sospechar que es un mantra para ti. Y sí, yo también estoy empezando a pensar que ya no lo parece.

—Entonces no deberíamos seguir.

—Puede ser.

Asentí.

—Bien, Jason.

—Bien —repitió seco.

Bajé la mirada un segundo, apoyando la palma sobre la mesa como si necesitara ese gesto físico para ordenar algo que no terminaba de encajar.

—No quiero que esto dependa de lo que tú hagas o dejes de hacer —dije al fin, más despacio—. Quiero poder decidir yo en qué punto estoy sin tener que esperar a que algo salga mal para confirmarlo.

No respondió inmediatamente. Se limitó a observarme, con esa calma suya que ya no parecía tan neutral como al principio.

—Entonces decide —señaló finalmente—. Pero decide en base a lo que está pasando ahora, no a lo que crees que va a pasar dentro

de tres semanas. No voy a intentar convencerte —añadió, apartándose un paso como si, de repente, quisiera devolverme espacio de verdad—. Ni voy a discutir cada argumento de esa lista. Si necesitas parar, paramos.

Eso… no ayudaba. O, más bien, ayudaba de una forma que no me convenía.

—No es tan simple —murmuré.

—Nada lo es —admitió—. Pero tampoco es tan complicado como lo estás haciendo.

Solté una pequeña risa, sin humor.

—Eso es fácil de decir cuando no eres tú quien tiene que recomponerse después.

No respondió. Solo asintió, despacio.

Y ese gesto —sin defensa, sin réplica— fue, curiosamente, más *desarmante* que cualquier argumento.

—Voy a… —empecé, señalando vagamente hacia la puerta, sin terminar la frase.

—Sí —respondió él, como si ya supiera—. Yo también debería irme.

No añadimos nada más.

Se dirigió hacia la puerta con esa tranquilidad que parecía tener siempre, pero esta vez había algo distinto en su forma de moverse: menos ligero, más consciente.

Se detuvo un segundo antes de salir, apoyando la mano en el marco.

—Caroline —expuso, girándose apenas—. No soy la persona que has decidido que soy.

—Lo sé —respondí, aunque no estaba segura de cuánto sabía realmente.

Jason asintió, como si esa respuesta fuera suficiente… o, al menos, lo máximo que iba a obtener.

Y me quedé allí unos segundos, sin moverme, con la libreta todavía abierta sobre la mesa y todas mis razones perfectamente ordenadas, como si eso fuera a darles más peso del que realmente tenían.

La lista seguía siendo lógica. Coherente, e incluso defendible. Y, aun así… incompleta.

Caminé despacio hasta la puerta y la cerré del todo, apoyando la frente un instante contra la madera como si necesitara confirmar que esa barrera seguía ahí.

Física. Controlable. A diferencia de todo lo demás.

La imagen volvió sin pedir permiso.

El beso. Luego el segundo. La forma en que no me aparté. La forma en que, durante unos segundos, no quise hacerlo.

Solté el aire lentamente.

—Genial —murmuré para mí misma—. Absolutamente impecable toma de decisiones.

Me aparté de la puerta, recogí la libreta y la dejé sobre la mesa con un gesto menos cuidadoso de lo habitual. Porque, en el fondo, el problema ya no era lo que había escrito. Era lo que había dejado fuera. Y eso no se solucionaba con otra lista.

Conclusión del día: he intentado justificar una retirada estratégica basándome en experiencias pasadas que, siendo honestos, no encajan del todo con lo que está pasando ahora, he conseguido enfadar ligeramente a un hombre que, hasta hace diez minutos, no tenía motivos claros para estarlo y empiezo a sospechar que el verdadero riesgo no es que esto termine mal… sino que, si no lo dejo avanzar, voy a quedarme con la incómoda sensación de haberlo cortado antes de saber qué era realmente.

15

Subtexto evidente, celos poco elegantes y el problema de imaginar cosas que no quieres imaginar

Lunes, 17 de marzo

Estado actual: *funcional por fuera, cuestionable por dentro.*

Cafés ingeridos: *tres. Ninguno suficiente.*

Horas dedicadas a convencerme de que ayer tomé la decisión correcta: *demasiadas.*

Veces que he pensado en Jason Clark desde que me desperté: *ofensivamente altas.*

Nivel de dignidad actual: *fluctuante.*

Conclusión provisional: *los celos son particularmente humillantes cuando todavía no tienes ningún derecho oficial a sentirlos.*

Posteriormente de todo lo acontecido, lo lógico habría sido mantener distancia.

No una retirada dramática ni una de esas decisiones teatrales que solo funcionan en películas francesas donde todo el mundo fuma demasiado, parece tolerar muy bien el sufrimiento y desayuna cigarrillos con café negro mientras contempla la lluvia desde un balcón diminuto. Me refiero a una distancia adulta. Discreta. Un pequeño reajuste estratégico para recuperar perspectiva y recordar que besar a un hombre dos veces no implica necesariamente convertirlo en el eje central de tus pensamientos durante las siguientes cuarenta y ocho horas.

El problema es que mi cerebro entiende perfectamente la teoría. Es mi sistema nervioso el que, últimamente, parece haberse sindicalizado en mi contra.

A las siete y media bajé a la tienda pakistaní de la esquina porque me había quedado sin leche, sin café y, probablemente, sin capacidad para tomar decisiones coherentes antes del martes. La tienda estaba medio vacía, con una radio sonando demasiado baja detrás del mostrador y el señor Qureshi viendo una telenovela turca en el móvil con la concentración solemne de un hombre que, claramente, había dejado de confiar en la humanidad, pero seguía creyendo en el drama televisivo.

Cogí una cesta, avancé hacia la nevera y estaba debatiendo conmigo misma si comprar galletas era una necesidad básica o una rendición moral cuando lo vi junto a la sección de vinos.

Por supuesto, Jason Clark apareciendo estratégicamente en todos mis espacios vitales.

Él levantó la vista casi al mismo tiempo que yo y algo en su expresión cambió apenas un segundo. No fue sorpresa exactamente. Más bien esa calma satisfecha de alguien que acababa de confirmar una teoría.

Me acerqué despacio, fingiendo una serenidad que no sentía en absoluto, y señalé la botella que llevaba en la mano.

—Vino —comenté mientras dejaba la cesta en el suelo para sacar leche de la nevera—. Eso suele indicar intenciones cuestionables o una cena cara. A veces ambas.

Bajó la mirada hacia la botella antes de volver a mí con una tranquilidad irritantemente atractiva.

—Normalmente sí.

Cerré la nevera intentando parecer una persona mentalmente estable.

Fracaso relativo.

—¿Tienes una cita? —quise saber con el tono cuidadosamente neutro de alguien que no debería haber formulado esa pregunta.

Él se apoyó ligeramente contra la estantería, observándome con demasiada atención.

—¿Sería un problema?

Abrí otra vez la nevera solo para tener algo que hacer con las manos.

—No —contesté demasiado rápido mientras recolocaba un cartón de leche que ni siquiera pensaba comprar—. Solo me sorprende la velocidad.

Frunció apenas el ceño, aunque había diversión contenida en la mirada.

—¿La velocidad?

Cerré la puerta de la nevera con más energía de la necesaria y me giré hacia él.

—Bueno, ayer prácticamente decidimos que esto era una mala idea y hoy estás comprando vino para otra mujer. Hay cierta eficiencia operativa ahí.

Él sostuvo mi mirada un instante largo. Luego otro. Y entonces negó despacio, como si acabara de resolver un misterio particularmente entretenido.

—No es para otra mujer.

—Ah.

Perfecto.

Magnífico.

Silencio breve. Incómodo exclusivamente para mí. Recoloqué la leche dentro de la cesta intentando aparentar normalidad.

—Bueno, eso reduce bastante el dramatismo de la escena.

Su boca se curvó apenas.

—La idea era cocinar para ti —explicó al fin mientras apoyaba una mano sobre la estantería detrás de él—. Y después abrir el vino.

Levanté la vista inmediatamente.

—¿Perdón?

—Iba a ser una sorpresa —continuó con absoluta calma—, aunque sospecho que el factor sorpresa ha sufrido daños irreparables.

Parpadeé varias veces, porque mi cerebro acababa de pasar *de Jason Clark ha pasado página en tiempo récord* a *Jason Clark planeaba cocinarme una cena*, y ninguna de las dos situaciones me parecía especialmente compatible con la estabilidad mental.

—¿Por qué harías eso? —acabé soltando antes de poder frenarme.

—¿Cocinar?

—No. Lo otro —aclaré haciendo un gesto vago entre los dos—. Seguir insistiendo.

Algo cambió ligeramente en su expresión.

—Porque me gustas, Caroline —admitió como si fuera la cosa más sencilla del mundo—. Y porque no suelo abandonar algo solo porque se complique un poco.

Lo miré fijamente.

—Eso también podría definirse como perseverancia mal enfocada.

—O como no salir corriendo después de una conversación incómoda.

Apoyé una mano sobre el asa de la cesta intentando ignorar el pequeño vuelco ligeramente agradable que acababa de darme el estómago.

—No fue una conversación incómoda, Jason. Básicamente te describí como un posible destructor de vidas humanas con acceso permanente al rellano.

Eso le arrancó una risa breve.

—Sí, bueno, sigo algo ofendido por lo de *verdugo*.

—Era una metáfora.

—Una sospechosamente específica.

No pude evitar sonreír un poco. Lo suficiente para empeorar mi situación. Él observó esa sonrisa como si acabara de ganar algo.

—Mira —retomó con más calma mientras apoyaba ambas manos en el carrito metálico abandonado junto a la estantería—, entiendo lo de Taylor. Entiendo que no quieras repetir algo que te dejó hecha polvo. Pero también creo que estás decidiendo cómo voy a actuar antes de darme espacio para demostrar lo contrario.

Bajé la mirada un segundo, porque esa parte era bastante más difícil de discutir.

—No estoy acostumbrada a que alguien siga aquí después de conversaciones como la de ayer.

Inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Y eso qué dice de tus relaciones anteriores?

Solté aire lentamente.

—Que probablemente necesito estándares más altos y menos hombres obsesionados con corregirme la postura lumbar.

Eso sí le hizo reír de verdad.

—Entonces —continuó levantando ligeramente la botella de vino —, ¿puedo recuperar mi plan original o vas a seguir imaginando que llevo una doble vida increíblemente eficiente?

Lo miré. Luego miré la botella. Y después cometí el gravísimo desliz de imaginarlo cocinando para mí.

Error.

Grave.

Porque mi cuerpo reaccionó inmediatamente a esa imagen con el mismo entusiasmo poco profesional que llevaba días demostrando cada vez que él se acercaba demasiado.

Aparté la mirada hacia las estanterías de *snacks* como si allí estuviera la salvación y solo había Pringles.

—No sé si esto es buena idea —murmuré.

Él acortó apenas la distancia entre nosotros, lo justo para bajar la voz sin invadir realmente mi espacio.

—Empiezo a sospechar que esa frase pierde bastante fuerza cuando la dices mirándome así.

Eso fue ofensivamente preciso y tremendamente injusto, porque tenía razón.

Respiré hondo intentando recomponer una dignidad que últimamente parecía atravesar problemas estructurales importantes.

—Vale —cedí finalmente alzando la vista hacia él—. Acepto la cena.

Parpadeó una vez, apenas, antes de apoyar una mano sobre el carrito y ladear ligeramente la cabeza con una satisfacción completamente insufrible.

—Vaya velocidad para cambiar de idea conmigo. Ayer era un posible verdugo y hoy cenas en mi casa.

Una sonrisa se me escapó antes de poder evitarla.

—No exageres. Simplemente has perdido el factor sorpresa.

—Ah, claro. Ahora es una decisión perfectamente racional.

—Más controlada, al menos —repliqué recolocando la cesta entre las manos—. Ya sé que no escondes a una rubia escandinava esperándote entre quesos y embutidos.

Soltó una pequeña risa.

—Curiosamente específica.

—Tengo imaginación. Es uno de mis pocos defectos.

—Yo había detectado bastantes más.

Le lancé una mirada de advertencia que no le impresionó absolutamente nada.

—Te concedo la segunda cita porque ya no tengo margen para dramatizar el descubrimiento —continué mientras avanzábamos hacia la caja—. Eso es todo.

Él asintió despacio, como si estuviera evaluando cuánto podía desmontar esa lógica antes de que yo huyera.

—Bueno, aún puedo sorprenderte.

—Eso no me tranquiliza.

—No pretendía tranquilizarte.

Eso me hizo mirarlo un segundo más de la cuenta.

Mal asunto.

Jason levantó ligeramente la botella.

—Entonces, a las ocho en mi casa.

—Sería imposible llegar tarde.

La sonrisa que apareció entonces en su cara fue distinta.

—No hablaba de tiempo real —aclaró—. Hay gente que llega tarde a las cosas importantes incluso estando ya dentro de la habitación.

Me quedé mirándolo unos segundos.

—He captado perfectamente tu lenguaje de escritor pretencioso, gracias.

Dejó escapar una risa baja mientras negaba con la cabeza.

—Y aun así sigues escuchándolo.

—Eso probablemente dice algo preocupante sobre mí.

—O algo bastante bueno.

Aquello me descolocó lo justo para no encontrar una réplica inmediata. Y él aprovechó mi silencio para avanzar hacia la caja.

—Voy a pagar antes de que cambies de opinión otra vez —anunció por encima del hombro.

Lo observé sacar la cartera mientras intentaba ignorar el hecho de que mi estado de ánimo acababa de mejorar de manera completamente ridícula solo porque un hombre había decidido cocinarme pasta y abrir una botella de vino.

Lo cual, sinceramente, rebajaba bastante mis estándares feministas.

El señor Qureshi terminó finalmente su discusión telefónica en urdu y empezó a pasar los productos por el escáner con resignación existencial.

Cogió la bolsa, abrió la puerta de la tienda y justo antes de salir volvió ligeramente la cabeza hacia mí.

—Ah, por cierto…

Lo miré. Él sonrió con una calma inocente.

—Tengo que cancelar la cita con la chica de la aplicación.

Parpadeé.

—¿Qué?

Abrió la puerta del todo mientras la sonrisa le crecía apenas en la boca.

—¿Ves? —murmuró—. Aún puedo sorprenderte, Rouster.

Y salió antes de que pudiera decidir si quería estrangularlo o besarlo otra vez.

Lo peor fue descubrir que ambas opciones seguían pareciéndome razonables.

***

A las ocho menos dos minutos estaba delante de su puerta intentando decidir si llamar exactamente a la hora acordada me hacía parecer puntual o desesperadamente disponible.

Probablemente ambas cosas.

Había tardado demasiado en elegir qué ponerme para una cena que, técnicamente, no era especialmente formal y que, sin embargo, mi cerebro llevaba tratando como un evento diplomático desde hacía hora y media.

Al final había optado por vaqueros, un jersey fino color crema y el tipo de maquillaje que pretende transmitir naturalidad mientras

requiere cuarenta minutos y una crisis moderada frente al espejo.

Llamé. Escuché pasos al otro lado. Y entonces abrió la puerta.

Ah.

Vale.

Eso era… injusto.

Llevaba un pantalón de pijama de cuadros grises, descalzo y una camiseta negra de tirantes que parecía diseñada específicamente para arruinarme la estabilidad mental. Ajustada lo suficiente como para marcarle los hombros, los brazos y esa línea absurda entre cuello y clavícula que algunos hombres poseen sin haber hecho absolutamente nada para merecerla.

Además estaba despeinado. No despeinado *he intentado parecer atractivo.* Despeinado de verdad.

Mucho peor.

Jason apoyó una mano en el marco de la puerta al notar que lo estaba mirando demasiado tiempo.

—Hola, Rouster.

Parpadeé inmediatamente.

—Pensaba que ibas a ir más formal vestido —comenté mientras entraba intentando recomponer una dignidad que claramente atravesaba dificultades técnicas.

Cerró la puerta detrás de mí con una tranquilidad ofensiva.

—Te debía una cena en ropa informal —replicó acompañándome hacia la cocina—. Solidaridad histórica después del día que comiste conmigo y con mi hermana vestida como si fueras a sobrevivir un apagón nacional.

Solté una risa.

—¿Esto es solidaridad estética?

—No. Esto es mera comodidad. La solidaridad ha sido accidental.

Lo seguí intentando no mirar demasiado la espalda que marcaba la camiseta.

Fracaso relativo.

La cocina olía a tomate, ajo y algo más cálido que hizo que el piso entero pareciera menos peligroso de lo que probablemente era.

Había dejado música sonando baja desde un altavoz sobre la encimera y había varias cosas a medio preparar: una fuente enorme de lasaña, parmesano rallado, vino abierto y pan recién calentado.

—Vale —comenté dejando el bolso sobre una silla—. Esto parece maliciosamente competente.

Él cogió una cuchara de madera y removió la salsa antes de mirarme por encima del hombro.

—Necesito que entiendas que llevo toda la tarde esperando reconocimiento culinario.

—De momento sigo evaluando riesgos.

—¿Y el veredicto provisional?

Me acerqué a la encimera inclinándome ligeramente para mirar la lasaña.

—Diría que sobrevivo a la cena.

Me tendió una cuchara.

—Prueba la salsa.

Cogí la cuchara intentando ignorar el hecho de que sus dedos rozaron los míos apenas un segundo y que, aun así, mi cuerpo reaccionó como si acabara de recibir una descarga eléctrica de bajo voltaje.

Probé la salsa, y tuve que admitir algo inmediatamente irritante.

—Está muy buena.

Sonrió despacio, demasiado satisfecho consigo mismo.

—Sabía que acabarías enamorándote de mí por algo relacionado con carbohidratos.

—No confundas admiración básica con sentimientos profundos.

—Claro. Igual que el vino no indicaba nada.

Le lancé una mirada y él sonrió más.

—¿Puedo ayudarte con algo? —propuse acercándome a la encimera para cortar pan antes de que siguiera disfrutando demasiado de sí mismo.

—Puedes rallar más parmesano.

—Qué romántico.

—Intento mantener viva la tensión.

Cogí el rallador mientras él servía la lasaña y, durante unos minutos, todo se volvió extrañamente natural. Nos movíamos alrededor de la cocina sin chocarnos, apartándonos justo a tiempo, rozándonos apenas de vez en cuando de esa manera aparentemente accidental que ya empezaba a sospechar que no tenía nada de accidental.

—Te estás acostumbrando demasiado rápido a estar aquí —observó, mientras colocaba los platos.

—Qué territorial.

—Tan solo observador.

Iba a responder algo brillante cuando él giró demasiado rápido con la cuchara de madera en la mano y una gotarrón de salsa aterrizó directamente sobre mi jersey.

Miré la mancha roja. Luego lo miré a él y cerró los ojos un segundo.

—Vale. Eso ha sido culpa mía.

—Menos mal que has aclarado el misterio.

Desertó la cuchara inmediatamente.

—Espera.

Cogió una servilleta y se acercó antes de que pudiera protestar demasiado. Intentó limpiar la salsa con cuidado, pero aquello solo

empeoró la situación porque ahora estaba muy cerca, inclinado sobre mí, con una mano sujetando la tela del jersey y esa maldita camiseta negra tensándose sobre los hombros cada vez que se movía.

—Creo que la estoy extendiendo —murmuró.

—Tu optimismo doméstico es conmovedor.

—Te dejo una camiseta —decidió al cabo de un segundo.

—No hace falta. Tardo treinta segundos en cruzar el rellano y cambiarme.

—Son treinta segundos valiosos.

Eso me desarmó un poco más de lo razonable.

—Jason…

—No quiero perder pasar tiempo contigo por una cucharada de tomate.

Ah. Perfecto.

Ahora también decía cosas así mientras parecía una fantasía ilegalmente atractiva de catálogo de ropa interior masculina.

Respiré hondo.

—Vale —acepté al fin antes de perder definitivamente capacidad cognitiva—. Déjame la camiseta.

Desapareció un momento por el pasillo y volvió con una camiseta gris oscura doblada entre las manos.

—Baño a la derecha.

La cogí intentando no pensar demasiado en el hecho de que iba a ponerme ropa suya.

Otra mala decisión.

Entré en el baño, cerré la puerta y me quité el jersey lentamente, mirándome un segundo en el espejo. Tenía las mejillas ligeramente rojas.

Fantástico.

Me puse la camiseta. Y el verdadero problema llegó ahí. Porque olía a él.

No de forma exagerada, no a colonia intensa ni a nada artificial. Olía a madera suave, a jabón neutro y a esa calidez masculina específica que convierte una simple camiseta en algo arriesgadamente íntimo. Cerré los ojos un segundo inhalando sin querer demasiado profundo.

Injusticia.

Mi cuerpo reaccionó inmediatamente, notando cómo el calor me subía desde el estómago hasta mucho más abajo con una rapidez francamente humillante.

Llevaba puesta una camiseta de Jason Clark oliendo a Jason Clark mientras Jason Clark cocinaba lasaña al otro lado de la puerta.

Sinceramente, nadie me había preparado para este nivel de eventualidad doméstica.

Cuando salí del baño, él estaba sacando la fuente de lasaña del horno con la concentración solemne de un hombre que claramente necesitaba reconocimiento inmediato por sus habilidades culinarias.

El olor llenaba toda la cocina a tomate, queso fundido y albahaca. Lo cual me pareció una falta de respeto bastante seria por parte de una simple lasaña.

Levantó la vista al oírme acercarme y, durante un segundo, se quedó mirándome con una expresión que me hizo lamentar instantáneamente haber aceptado la camiseta.

—Vale —comentó dejando la fuente sobre la encimera—. Esto me está complicando bastante la objetividad.

Bajé la mirada hacia la camiseta.

—Es una camiseta gris.

—Es *mi* camiseta gris.

—No sabía que tenían propiedades mágicas.

—No las tiene —replicó mientras cogía dos platos—. El problema eres tú dentro.

Eso me provocó un calor inmediato en la cara.

Porque claramente no llevaba suficientes días reaccionando fisiológicamente como una adolescente mal gestionada.

Él abrió la botella de vino que había comprado en la tienda, mientras yo me sentaba en la isla de la cocina.

—Por cierto —comentó sirviendo las copas—, el señor Qureshi quiere que sepas que llevas días comprado las galletas equivocadas.

Parpadeé.

—¿Perdón?

—Me lo dijo ayer. Al parecer las de mantequilla son mejores que las digestivas y te estás perdiendo una experiencia importante.

No pude evitar reírme.

—Llevo viviendo aquí dos años y ese hombre nunca me ha dirigido más de tres palabras seguidas.

Dejó una copa delante de mí.

—Creo que le intimidas un poco.

—¿El señor Qureshi me tiene miedo?

—No miedo exactamente. Más bien… respeto preventivo.

Solté una risa mientras cogía la copa.

—Eso no significa nada.

—Claro que no —contestó mientras servía la lasaña—. Igual que tus celos de antes tampoco.

Le lancé una mirada y él sonrió sin el menor arrepentimiento.

—No estaba celosa.

—Por supuesto.

—Simplemente me sorprendió tu rapidez logística.

—Qué elegante forma de decir *me molestó imaginarte cenando con otra.*

Cogí el tenedor.

—Estás muy cómodo provocándome, para alguien que todavía está siendo evaluado.

Se apoyó ligeramente en la encimera frente a mí, copa en mano.

—Es que empiezas a parecer un comité especialmente lento.

Probé la lasaña. Y tuve que cerrar los ojos un segundo, porque cuando volví a abrirlos, me estaba mirando esperando una reacción como un hombre que acababa de apostarse la dignidad en una bandeja de pasta.

—Madre de Dios —murmuré.

—Gracias. Era exactamente la respuesta que esperaba.

—Esto está increíble.

—Vuelvo a sorprenderte en un mismo día.

—Qué insoportable eres.

—Y aun así sigues aquí.

Bebí vino para ganar tiempo.

La conversación siguió moviéndose entre bromas y pequeñas historias absurdas; él contándome cómo incendió una sartén a los dieciséis intentando impresionar a una chica que terminó saliendo con su mejor amigo igualmente, yo explicándole que una vez fingí haber leído un libro entero en una reunión editorial y acabé defendiendo durante veinte minutos una subtrama que no existía porque había confundido dos novelas distintas.

Se rio tanto con eso que tuvo que dejar la copa sobre la encimera. Y me gustó demasiado hacerlo reír.

Demasiado.

En algún momento entre el segundo vaso de vino y el último trozo de lasaña, se quedó mirándome por encima de la copa con

una expresión más tranquila. Menos juguetona.

—No quiero que pienses que estoy haciendo todo esto solo por echarte un polvo —admitió de repente.

Casi me atraganto con el líquido.

—Jason, joder…

—¿Qué? —replicó encogiéndose ligeramente de hombros—. Creo que ya hemos superado la fase de fingir que no existe tensión sexual.

Lo miré inmutablemente, porque tenía razón.

—Solo digo —continuó apoyando los antebrazos en la isla de la cocina— que entiendo que quieras ir despacio. Y que quieras observar primero si realmente te merece la pena todo esto.

Bajé la mirada hacia la copa intentando reorganizarme un poco.

—Poco a poco vas ganando puntos —admití al fin.

—Interesante. ¿Hay tabla oficial de puntuación o funciona como Eurovision, donde las reglas cambian según tu estado de ánimo?

Solté una risa.

—No hay tabla.

—Qué poco profesional por tu parte.

—Es un sistema complejo.

—¿Y esta cena cuántos puntos me da exactamente? — Inclinó ligeramente la cabeza.

—Todavía estoy evaluándolo.

—¿Los suficientes para canjearlos por un tercer beso? —Mi cuerpo reaccionó bruscamente solo con escuchar la pregunta.

Maldición.

Me levanté despacio de la silla antes de responder, recogiendo mi copa vacía para evitar mirarlo demasiado tiempo seguido.

—No —contesté intentando sonar bastante más firme de lo que me sentía—. Lo que vas a conseguir es que me vaya a mi casa.

—Eso es crueldad. —Apoyó una mano en su pecho con dramatismo ofensivo.

—Es autocontrol.

—Es tortura psicológica con camiseta robada incluida.

No pude evitar sonreír mientras dejaba la copa en el fregadero.

—Tal vez mañana —añadí casi sin querer.

Se quedó quieto un segundo y luego sonrió despacio y, sinceramente, debería existir algún tipo de regulación internacional contra hombres que sonríen así en cocinas con luz cálida.

—Eres increíblemente peligrosa cuando das esperanzas —murmuró.

Cogí mi jersey manchado de tomate de la silla.

—Y tú enormemente ansioso para alguien que presume de escritor profundo e interesante.

Se acercó apenas un paso. Lo suficiente para que volviera a costarme respirar con normalidad.

—No soy ansioso —aclaró en voz baja—. Solo muy motivado.

Eso fue innecesario, pero muy eficaz.

Me obligué a retroceder antes de hacer algo estúpido, como besarlo otra vez en mitad de la cocina y olvidarme completamente de todas las conversaciones racionales que había tenido conmigo misma durante los últimos días.

—Buenas noches, Jason.

Él suspiró teatralmente.

—Mira cómo me abandonas después de alimentarte con mi mejor receta.

—Sobrevivirás.

—Eso todavía está por ver.

Negué con la cabeza intentando ocultar la sonrisa mientras abría la puerta. Y en aquel momento ocurrió algo muy molesto. Al cruzar el rellano sentí ese pequeño tirón cálido y absurdo en el pecho que se parece muchísimo a la felicidad y muchísimo más de lo que me gustaría a algo parecido al amor.

Entré en mi piso y cerré la puerta, levantando los ojos hacia el trecho.

—Maldito Jason Clark —murmuré—. Y su estúpida lasaña encantadora.

Conclusión del día: he aceptado una segunda cita con una facilidad preocupante, he llevado puesta la camiseta de Jason Clark durante aproximadamente una hora sin sufrir un colapso nervioso visible y empiezo a sospechar que el verdadero problema ya no es evitar que esto ocurra… sino que cada vez me cuesta más recordar por qué quería evitarlo en primer lugar.

16

Casi besos, croissants sospechosos y el límite que aún no cruzamos

Martes, 18 de marzo

Estado actual: *agotada, alterada y ligeramente traicionada por mi propio subconsciente.*

Horas de sueño reales: *discutibles.*

Horas dedicadas a soñar cosas indecentes con Jason Clark: *demasiadas para mirarlo hoy con dignidad.*

Nivel de estabilidad mental: *comprometido desde aproximadamente las tres de la mañana.*

Conclusión provisional: *mi cerebro ya no distingue entre tensión sexual y sabotaje psicológico nocturno.*

Dormí fatal. No *mal* en un sentido elegante y literario, de esos que permiten a la protagonista contemplar la lluvia desde la ventana mientras reflexiona sobre la fragilidad humana sosteniendo una taza de té con aspecto interesante. No. Dormí como duerme una persona cuyo subconsciente ha decidido producir escenas pornográficas de alto presupuesto utilizando exclusivamente al vecino de al lado.

La culpa era de Jason Clark. De la cena. De la lasaña. De la maldita camiseta gris que todavía olía a él incluso después de haberla dejado doblada sobre una silla como si fuera material radiactivo.

Y, sobre todo, de esa voz grave diciendo *son minutos valiosos que no quiero perder contigo,* mientras me miraba como si aquello no fuera una frase, sino una estrategia militar cuidadosamente diseñada para arruinarme la semana.

Hacia las cuatro de la mañana tuve un sueño particularmente injurioso en el que me besaba contra la encimera de su cocina mientras yo seguía llevando puesta su camiseta y, a partir de ahí, ocurrían varias cosas que no pienso analizar porque bastante tengo ya con haberme despertado jadeando como una mujer victoriana a punto de desmayarse por culpa de un tobillo masculino.

Solo diré que hubo orgasmos. Y no precisamente discretos. El tipo de orgasmos que hacen que una se despierte sobresaltada, con el corazón desbocado y una necesidad urgente de replantearse ciertas decisiones vitales.

Me quedé tumbada mirando el techo, todavía medio dormida, pensando durante unos segundos que, sinceramente, el sueño había estado bastante bien construido narrativamente.

Eso dice muchísimo de mi deterioro mental actual.

A las ocho y media seguía despierta, despeinada y apoyada sobre la encimera de mi cocina con una taza de café en la mano, intentando decidir si el agotamiento podía justificar legalmente mandar a alguien a la mierda sin motivo aparente, cuando llamaron a la puerta.

Me quedé quieta. Porque abrirle a nadie después de haber tenido sueños absolutamente obscenos con Jason Clark parecía una actividad de riesgo.

Volvieron a llamar. Suspiré, dejé la taza en la encimera y me acerqué arrastrando ligeramente los pies, todavía envuelta en *leggings* viejos, una sudadera enorme y la poca dignidad que me quedaba.

Abrí. Y allí estaba él con una bolsa de papel en una mano, dos vasos de Starbucks en la otra y el aspecto exacto de un hombre que jamás ha sufrido una pesadilla sexualmente degradante en toda su vida.

Llevaba un abrigo oscuro abierto sobre un jersey gris, el pelo todavía algo húmedo por la lluvia fina de Londres y esa expresión tranquila de quien cree que simplemente está trayendo el desayuno,

no desencadenando una crisis nerviosa antes de las nueve de la mañana.

—Buenos días, Rouster —saludó entrando apenas un poco en mi campo de visión mientras levantaba los vasos—. He venido en son de paz y con cantidades indecentes de azúcar.

Me apoyé en el marco de la puerta cruzándome de brazos, intentando recuperar cierta compostura antes de hablar.

—He dormido fatal por tu culpa.

Pestañeó una vez, claramente sorprendido, y después la comisura de su boca empezó a curvarse lentamente.

—Vaya —murmuró mientras inclinaba apenas la cabeza—. Eso ha sido muchísimo más directo de lo que esperaba a estas horas.

—No te emociones —repliqué apartándome para dejarlo entrar—. Mi subconsciente ha decidido convertirte en un problema estructural y sinceramente me parece una falta absoluta de consideración.

Pasó junto a mí con una calma ofensiva, dejando los cafés sobre la mesa de la cocina mientras observaba alrededor como alguien que ya empieza a sentirse demasiado cómodo en un piso ajeno.

—No sé si debería preocuparme o sentirme halagado —comentó quitándose el abrigo despacio y dejándolo sobre una silla.

Cerré la puerta detrás de él y solté aire lentamente antes de girarme.

—Preocúpate.

—Ahora me interesa muchísimo más esta conversación —respondió mientras me tendía uno de los vasos.

Cogí el café intentando ignorar lo bien que olía. Caramelo, leche caliente y ese toque dulce que normalmente niego en público para mantener cierta apariencia de sofisticación adulta.

Me observó dar el primer sorbo con demasiada atención.

—Vale —dijo apoyando una cadera en la encimera—. Esa cara significa que he acertado otra vez.

—Eso no te da derecho a sentirte satisfecho contigo mismo.

—Demasiado tarde para eso.

Di otro sorbo antes de señalarlo con el vaso.

—He tenido sueños rarísimos contigo.

ÉL dejó escapar una risa baja y lenta, claramente entretenido.

—La palabra *rarísimos* abre muchas posibilidades interesantes.

—No para ti.

—Especialmente para mí —corrigió mientras abría la bolsa de papel y sacaba dos croissants todavía calientes—. Ahora necesito contexto.

—No necesitas absolutamente nada.

—Mi curiosidad discrepa bastante.

Me acerqué a la mesa para coger uno de los croissants, intentando evitar mirarlo demasiado tiempo seguido. Error relativo, porque Jason Clark tenía la irritante capacidad de ocupar una cocina normal como si estuviera rodando una campaña de colonia masculina.

—No pienso darte detalles —murmuré arrancando un trozo de hojaldre.

El señorito Clark apoyó ambos antebrazos en la encimera y me estudió con esa calma suya que últimamente empezaba a afectarme de formas bastante poco saludables.

—Entonces asumiré lo mejor.

Solté una risa incrédula.

—Asumirás exactamente lo que te convenga.

—Sí —admitió sin el menor remordimiento mientras daba un sorbo a su café—. Esa era la idea.

De nuevo esa facilidad absurda que tenía para entrar en mi espacio, instalarse en él y conseguir que todo pareciera cotidiano en

menos de cinco minutos. Deslizó el otro croissant hacia mí y arqueó apenas una ceja.

—Pareces enfadada conmigo por algo que, técnicamente, ha hecho tu cerebro.

—Mi cerebro trabajaba con material muy concreto.

—Interesante defensa.

—No es una defensa. Es una acusación formal.

Soltó una risa más abierta esta vez, bajando la mirada un segundo antes de volver a observarme.

—Entonces necesitaré conocer los cargos exactos.

—No pienso contarte mis sueños sexuales.

Mierda.

Acababa de cometer un error de proporciones históricas. Él ya no parecía un hombre desayunando tranquilamente en mi cocina, parecía un depredador que acababa de detectar sangre en el agua.

—Bueno —murmuró dejando el vaso sobre la encimera con extrema calma—. Eso responde bastantes preguntas de golpe.

Cerré los ojos un segundo.

—Quiero volver atrás en esta conversación.

—Imposible. Yo ya estoy aquí —respondió señalándose la cabeza con un gesto tranquilo—. Y sinceramente, Rouster, la información ha sido demasiado interesante como para abandonarla ahora.

—Te odio.

—No, no me odias —replicó mientras daba otro sorbo a su café sin dejar de mirarme—. Estás horriblemente avergonzada. Que es distinto. Mucho más divertido también.

Le lancé una servilleta y él la atrapó al vuelo sin esfuerzo.

Me jodió que siguiera pareciéndome insufriblemente atractivo incluso cuando se comportaba como un hombre que acababa de

descubrir accidentalmente que protagoniza las fantasías sexuales de su vecina.

Dejó la servilleta doblada junto al plato y avanzó despacio alrededor de la mesa, sin apartar los ojos de mí ni un segundo.

—Ahora entiendo bastantes cosas —comentó mientras se detenía demasiado cerca para mi estabilidad mental—. Como por qué anoche parecías a punto de besarme otra vez cada vez que te acercabas al fregadero.

—Eso no pasó.

—Vecinita, literalmente apoyaste la cadera contra la encimera y me miraste la boca durante diez segundos.

—Eso no demuestra nada.

—Demuestra una coordinación pésima entre tus intenciones y tu cuerpo.

Lo miré con indignación.

—Eres insoportable.

—Y aun así sueñas conmigo.

Ahí. Directo al orgullo.

Me llevé el vaso a los labios intentando ganar tiempo, pero él aprovechó ese segundo para inclinarse apenas hacia mí, lo suficiente para que volviera a notar ese olor suyo a café, lluvia y jabón limpio que ya empezaba a asociar con dificultades significativas.

—Necesito saber algo —dijo con una calma que resultaba todavía más peligrosa—. ¿Al menos el yo onírico estuvo a la altura?

Me atraganté ligeramente con el café, y él soltó una carcajada baja mientras me acercaba una servilleta con satisfacción.

—No puedo creer que acabes de preguntarme eso.

—Puedo, porque lo he hecho —replicó inclinándose un poco más sobre la mesa—. Y porque ahora tengo información muy parcial que mi cerebro va a completar de formas seguramente ofensivas.

Dejé el vaso sobre la encimera con demasiada fuerza.

—Jason…

Bajó la mirada hacia mi boca apenas un instante antes de volver a subirla a mis ojos.

—Anoche dijiste *tal vez mañana* —recordó apoyando una mano junto a mi taza—. Técnicamente sigo dentro del plazo.

—No puedes utilizar frases ambiguas dichas después de vino y lasaña como acuerdos legales.

—Qué pena. Ya había empezado a redactar el contrato.

Solté una risa pese a mí misma y ese fue probablemente el momento exacto en que perdí terreno.

Porque Jason sonrió al verla. No como alguien que gana una discusión. Como alguien que disfruta sinceramente viéndome bajar la guardia.

Se acercó un poco más, despacio, dejando tiempo de sobra para que me apartara si quería hacerlo. No lo hice.

Levantó una mano lentamente y apartó un mechón de pelo que se me había quedado enganchado en la sudadera. El gesto fue breve. Suave. Casi inocente.

Casi.

Porque en cuanto sus dedos rozaron mi piel sentí ese calor inmediato bajándome por el cuello, el pecho y mucho más abajo con una rapidez vergonzosa.

Mi respiración cambió y él lo notó.

Por supuesto que lo notó.

—Ah —murmuró observándome con una atención aventureramente tranquila—. Entonces el problema no era solo el sueño.

Tragué saliva intentando recuperar una mínima capacidad cognitiva.

—No hables como si acabaras de resolver un caso policial.

—Es que estoy bastante seguro de haberlo hecho.

—Eres insufrible cuando te sientes atractivo.

—Caroline, ahora mismo tú tampoco ayudas demasiado a mi humildad.

Ese fue el punto exacto cuando todo volvió a ralentizarse.

La cocina. La lluvia golpeando suave las ventanas. El olor a café y mantequilla caliente. Mi vecino mirándome como si ya supiera exactamente lo que iba a pasar.

Su mano seguía cerca de mi cara. La mía seguía sujetando el vaso solo por pura necesidad psicológica. Y la distancia entre nosotros empezaba a dejar de ser una distancia prudente.

—Si vuelves a besarme —mascullé intentando mantener algo parecido a autoridad mientras él se inclinaba apenas un poco más— voy a culparte oficialmente de mi ruina mental.

—Creo que ya me has culpado de cosas bastante peores esta mañana.

Su boca quedó a centímetros de la mía. Tan cerca que besarle ya no parecía una decisión compleja, sino simplemente dejar de fingir.

Y justo cuando estaba a punto de ocurrir, cuando mi cerebro ya había abandonado cualquier intento serio de oposición y mi cuerpo llevaba varios minutos votando claramente a favor del desastre… Mi móvil empezó a vibrar sobre la encimera con una agresividad completamente innecesaria.

Los dos miramos hacia el sonido.

Mamá. Por supuesto.

No hay tensión sexual que sobreviva intacta a una llamada materna a las nueve y doce de la mañana. Jason cerró los ojos un segundo y soltó una exhalación que fue mitad risa, mitad derrota.

—Tu madre tiene un sentido del *timing* extraordinario.

Me aparté apenas, demasiado rápido para resultar convincente, y cogí el móvil sin responder todavía.

—Es un don familiar. Aparece justo cuando mi vida amenaza con volverse interesante.

El teléfono dejó de vibrar y luego volvió a hacerlo de nuevo. él se enderezó despacio mientras cogía su café de la mesa con resignación teatral.

—Debería irme antes de que vuelva a llamar y tenga que presentarme oficialmente como el vecino de los croissants.

—No eres el vecino de los croissants.

—Todavía.

Lo acompañé hasta la puerta intentando actuar como si no acabáramos de quedarnos a medio centímetro de una decisión muy poco sensata.

Se detuvo en el umbral, apoyando una mano en el marco mientras me observaba

—Entonces —preguntó despacio—, ¿lo dejamos en *tal vez más tarde*?

—Lo dejamos en que necesitas trabajar seriamente tu paciencia.

—Mi paciencia está en perfecto estado.

—Tu cara discrepa.

—Mi cara tiene intereses propios. —Solté una risa y eso fue un error porque hizo que todo pareciera demasiado sencillo, demasiado cercano, demasiado fácil de repetir.

—Hasta luego.

—Hasta luego, vecino.

Se alejó hacia su piso cruzando el rellano con una tranquilidad indecorosa y yo cerré la puerta despacio, apoyándome después contra ella mientras intentaba ignorar el hecho de que seguía teniendo el pulso disparado.

Mi móvil volvió a vibrar.

Mamá.

Tercera llamada.

Contesté dejando caer la cabeza hacia atrás.

—Hola, mamá.

—¿Estabas ocupada?

Miré el croissant mordido sobre la mesa, los dos cafés, la servilleta arrugada y el espacio exacto donde Jason había estado a punto de besarme otra vez.

—No —mentí cerrando los ojos un segundo—. Nada importante.

Conclusión del día: Jason Clark ha descubierto accidentalmente que protagoniza mis fantasías sexuales, yo he confirmado que mi autocontrol atraviesa una crisis estructural importante y empezamos a acercarnos peligrosamente a un punto en el que dejar de besarnos requiere bastante más esfuerzo que hacerlo.

17

Madres invasivas, vecinos demasiado atractivos y el momento exacto en que tu vida deja de pertenecerte

Miércoles, 19 de marzo

Estado actual: humillada, expuesta y oficialmente saboteada por mi propia familia.

Cafés ingeridos: tres.

Veces que mi madre ha intentado casarme hoy: suficientes para preocupar a Naciones Unidas.

Nivel de dignidad restante: testimonial.

Conclusión provisional: nunca subestimes a una mujer que ha criado hijos, sobrevivido a un matrimonio largo y detectado una camiseta masculina en menos de cuatro minutos.

Hay algo profundamente humillante en descubrir que tu madre puede identificar tensión sexual en un radio de cinco kilómetros sin necesidad de pruebas concluyentes.

Les basta una mirada sospechosa, una voz ligeramente alterada o, aparentemente, una camiseta masculina olvidada sobre una silla.

Y sinceramente, creo que debería estudiarlo la ciencia.

Mi madre, además, juega en otra división. Pertenece a esa categoría específica de mujeres que podrían detectar un romance clandestino en mitad de una cumbre diplomática únicamente observando cómo alguien coloca una mano sobre una taza. Mi padre siempre dice que casarse con ella fue como adoptar un servicio secreto con rizador de pelo. Y, honestamente, no le falta razón.

Mis padres llevan treinta y dos años juntos y mantienen esa clase de matrimonio irritantemente sólido que hace que el resto de la

población se sienta ligeramente incompetente. Discuten por el volumen de la televisión, por cómo se corta una tortilla y por quién olvidó pagar Netflix en 2021, pero luego se quedan dormidos cogidos de la mano viendo concursos absurdos de reformas de jardines.

Mi madre llama a eso *amor estable*. Yo lo llamo propaganda.

El problema es que, desde que cumplí los treinta, ha decidido que mi soltería ya no es una etapa perfectamente válida sino una especie de proyecto familiar de rehabilitación.

Según ella, trabajo demasiado, desconfío demasiado y tengo tendencia a elegir hombres que parecen psicológicamente disponibles hasta que una los analiza durante más de diez minutos.

Lo peor es que tampoco puedo discutir mucho esa teoría porque el profesor de pilates existió. Y porque, objetivamente, tenía cara de ser una mala decisión incluso antes de abrir la boca.

Mi madre jamás dijo *te lo dije* cuando aquello terminó, pero desarrolló un silencio decepcionado tan sofisticado que habría merecido reconocimiento oficial.

Desde entonces, cada vez que menciona frases como *solo quiero que encuentres a alguien decente*, yo siento exactamente la misma presión que si estuviera negociando un tratado internacional.

Así que, sinceramente, descubrirla en mi salón mientras la camiseta gris de Jason seguía olvidada sobre una silla no era una visita familiar. Era una operación de alto riesgo.

Miércoles por la mañana. Lluvia. Dolor de cabeza leve. Y una sensación persistente de que el señor Clark estaba empezando a instalarse en mi rutina con una facilidad que debería preocuparme bastante más de lo que me preocupaba.

La camiseta gris seguía sobre la silla del dormitorio. Doblemente ofensiva porque no solo olía a él, sino que además mi cerebro había decidido asociarla ya con imágenes muy poco apropiadas para una mujer adulta intentando trabajar.

Intenté ignorarla. Fracaso absoluto.

Cada vez que pasaba por delante terminaba mirándola como si fuera una prueba material en una investigación criminal. Y, técnicamente, lo era.

A las once y cuarto sonó el timbre. Abrí distraída, todavía revisando mentalmente un correo particularmente agresivo de un autor que seguía creyendo que *reestructuración narrativa* significaba *ataque personal.*

Y ahí estaba mi madre. Sin aviso previo.

Por supuesto.

Porque las madres no visitan. Irrumpen.

—Sorpresa —anunció entrando directamente al piso con un paraguas mojado y una bolsa enorme colgada del brazo—. He venido a comprobar que sigues viva y alimentándote correctamente.

La miré cerrar el paraguas en mitad del salón como si aquello fuera razonable.

—Mamá, la gente normal avisa antes de aparecer así en casa de su hija.

—¿Para qué? Así pillo la verdad.

Eso debió alertarme, pero fui ingenua.

—¿Qué verdad exactamente?

Mi madre dejó la bolsa sobre la mesa y empezó a quitarse el abrigo mientras observaba alrededor con esos ojos suyos capaces de detectar drama potencial incluso en muebles neutros.

—No lo sé todavía —respondió—. Dame cinco minutos.

Cinco minutos es, literal, el tiempo exacto que tarda una madre en destruir la estabilidad mental de una hija.

Intenté distraerla con café, la bollería que había traído y preguntas sobre mi tía Gloria, pero mi madre pertenece a esa generación de mujeres que pueden mantener una conversación

aparentemente casual mientras investigan tu vida sentimental como agentes encubiertos.

Entró en mi dormitorio, vio la camiseta gris, y el universo decidió abandonarme definitivamente.

—Caroline —canturreó desde dentro con una calma peligrosísima —. ¿Desde cuándo usas camisetas de hombre?

Me quedé congelada en mitad de la cocina.

Mierda.

Mierda.

Mierda.

Entré en el dormitorio intentando parecer relajada y fracasando probablemente de forma histórica. Mi madre sostenía la camiseta entre dos dedos perfectamente manicurados, mientras me observaba por encima de las gafas con expresión triunfal.

—Es mía —mentí automáticamente.

Ella bajó la vista hacia la camiseta. Luego hacia mí y luego otra vez hacia la camiseta.

—Cariño —dijo despacio—. Tú mides metro sesenta y cuatro. Esto podría servirte de tienda de campaña.

—Ahora se llevan anchas.

—No tanto.

Intenté quitársela, pero mi madre la apartó fuera de mi alcance con reflejos sorprendentemente ágiles para una mujer que pasa media vida quejándose de la espalda.

—Mamá. Devuélvemela.

—Oh, Dios mío, es de un hombre atractivo.

Abrí mucho los ojos.

—¿Qué?

Y entonces la vi hacer algo todavía peor. Se llevó la camiseta a la nariz y la olió profundamente. Cerró los ojos como una catadora de

vinos evaluando notas aromáticas complejas.

—Sí —dictaminó con absoluta tranquilidad—. Hombre alto. Bastante guapo. Usa un jabón caro y tiene pinta de abrazar fuerte.

Me quedé mirándola horrorizada.

—¿Acabas de perfilar psicológicamente a alguien oliendo una camiseta?

—Treinta y dos años de matrimonio, hija. Una desarrolla habilidades.

Le arrebaté la camiseta y la abracé contra el pecho como si pudiera borrar físicamente la escena de los últimos veinte segundos.

Mi madre sonrió despacio.

—Así que por eso no me cuentas nada.

—No hay nada que contar.

—Claro. Y guardas camisetas masculinas impregnadas de colonia por motivos puramente administrativos.

—No está impregnada de colonia.

Error.Porque mi madre arqueó ambas cejas al mismo tiempo.

—Ah, o sea que conoces bien el olor. Interesante.

—Mamá, por favor.

Ella se sentó en la cama con la satisfacción serena de una mujer que acaba de resolver un caso policial especialmente entretenido.

—¿Quién es?

—Nadie.

—Entonces ese nadie debe de besar espectacularmente para provocar esta reacción.

Casi me atraganto con mi propia saliva.

—¡No puedes decir esas cosas!

—Claro que puedo. Soy tu madre. Llevo dándote vergüenza desde 1994.

Me dejé caer en la silla del escritorio mientras apretaba la camiseta contra las piernas, intentando recuperar algo parecido a dignidad.

—No estoy ocultándote nada.

—Caroline, cariño, pareces una protagonista de un crimen documental intentando explicar por qué hay ADN masculino en la escena.

Suspiré.

—Es mi vecino.

Mi madre abrió los ojos lentamente.

—Ah. Vecino.

La forma en que pronunció *vecino* sonó exactamente igual que si hubiera dicho *delincuente reincidente*.

—No pongas esa cara —solté.

—¿Qué cara?

—La cara con la que empiezas a imaginar invitaciones de boda antes de conocer el apellido del hombre.

—Cariño, si has guardado su camiseta y además la hueles cuando estás sola, el apellido ya es prácticamente un detalle administrativo.

—No la huelo cuando estoy sola.

Mi madre me observó un segundo en silencio.

—Entonces delante de gente, que sinceramente es bastante peor.

Le lancé una mirada asesina y ella ignoró completamente la amenaza.

—¿Y qué aspecto tiene?

—Normal.

—Eso significa atractivo.

—No significa nada.

—Caroline, llevas desde los dieciocho años describiendo como *normal* a hombres que parecen anuncios de colonia triste.

—Eso es demasiado específico.

—Y tremendamente exacto.

Suspiré otra vez.

—Vive en el piso de al lado.

Silencio raro. Mi madre parpadeó y esbozó una sonrisa esquizofrénica.

Oh, no.

No.

—¿Es el de al lado? —repitió levantándose de la cama.

—Mamá.

—¿Sí?

—No hagas lo que estás pensando.

—No sé de qué hablas.

Lo supe exactamente cuando salió del dormitorio caminando directa hacia la puerta.

—¡Mamá!

—Solo voy a saludar.

—¡No puedes ir a saludar a mi vecino como si fueras una embajadora diplomática!

—Claro que puedo. He traído bollos.

Eso, aparentemente, justificaba cualquier delito social.

Intenté detenerla en el rellano, pero mi madre ya estaba llamando a su puerta con una energía que debería requerir licencia.

Yo quería morir. Directamente. Sin escalas.

Apareció con una camiseta negra y vaqueros oscuros, todavía despeinado de estar trabajando en casa, y tardó aproximadamente

dos segundos en entender que la mujer sonriente frente a él solo podía ser mi madre.

Mi madre lo miró. Luego volvió a mirarlo y se llevó una mano al pecho.

—Ay, pero qué hombre más hermosísimo.

Soltó una carcajada tan auténtica que tuve ganas de empujarlo escaleras abajo. Yo seguía detrás de ella con la cara completamente roja.

—Lo siento muchísimo —murmuré cerrando los ojos un segundo —. Intenté impedir esto. Físicamente.

—No, por favor. Esto está siendo probablemente lo mejor de mi semana. — Él seguía riéndose y mi madre le tendió la mano con absoluta dignidad.

—Soy la señora Rouster. La madre de Caroline.

—Jason Clark. Encantado de conocerla. —Le estrechó la mano todavía sonriendo.

—Yo muchísimo más.

—Mamá.

Ella me ignoró olímpicamente.

—Así que tú eres el dueño de la camiseta.

Él giró la cabeza hacia mí con una lentitud criminal.

—Ah —dijo despacio, claramente disfrutando demasiado de aquello—. Ahora entiendo muchas cosas.

—Nadie entiende nada —repliqué inmediatamente.

Mi madre lo señaló como si acabara de encontrar la pieza central de un documental.

—Tiene una voz preciosa. Y muy buena espalda. Caroline jamás me trae hombres con buena espalda.

—Mamá, por favor deja de evaluar a mi vecino como si estuvieras comprando aguacates.

El muy maldito volvió a reirse.

—Tenía ganas de conocerla —comentó entonces mirándome de reojo—. Técnicamente interrumpió el tercer beso con su hija cuando llamó ayer.

Mi madre abrió muchísimo los ojos, y después sonrió con la expresión satisfecha de una mujer que acaba de ganar la lotería sentimental ajena.

—¡Lo sabía!

—Voy a tirarme por el hueco de la escalera —murmuré.

—No seas dramática —replicó mi madre antes de girarse otra vez hacia Jason—. ¿Tú comes?

—Perdón, ¿cómo?

—Que si comes. Porque vamos a comer los tres juntos. Quiero contexto.

—Mamá.

—Caroline, cariño, ya he visto la camiseta. A estas alturas ocultar información es absurdo.

Y, de alguna manera completamente incomprensible, una hora después estábamos los tres sentados en un pub del barrio mientras mi madre lo interrogaba con la precisión de una periodista de guerra.

La comida fue un desastre. Un desastre larguísimo.

Mi madre descubrió que cocinaba, escribía, llamaba a su hermana todas las semanas y sabía preparar *risotto*.

En ese momento, prácticamente decidió adoptarlo.

Yo apenas probé la comida porque pasé dos horas enteras intentando impedir que mi madre organizara nuestra boda utilizando servilletas y una botella de vino como apoyo visual.

El psicópata, parecía divertirse muchísimo. Y lo peor era que a mi madre también le gustaba a él.

Se reían juntos. Comentaban cosas. Se aliaban. En un momento determinado mi madre llegó a decir:

—Caroline necesita a alguien paciente porque tiene tendencia a huir de cualquier cosa que le importe demasiado.

Y él, en lugar de comportarse como una persona razonable y negar la conversación, respondió tranquilamente:

—Eso ya lo había notado.

Traidor. Absoluto traidor.

Esa noche mi madre insistió en quedarse a dormir *porque era tarde*, lo cual era mentira porque eran las diez y media, pero discutir con ella requiere una resistencia psicológica que yo ya no tenía.

Así que terminé compartiendo cama con mi propia madre mientras ella dormía feliz con un gorro de satén ridículo para no estropearse el peinado y yo miraba el techo preguntándome en qué momento exacto mi vida había degenerado hasta este nivel.

Jason Clark ya conocía oficialmente a mi madre. Mi madre lo consideraba prácticamente el yerno ideal. Y yo llevaba cuarenta minutos escuchando cómo roncaba suavemente a mi lado mientras cualquier posibilidad de besarlo desaparecía bajo la supervisión materna más intensa de la historia moderna.

Conclusión del día: mi madre ha conocido a Jason y le ha caído muy bien, ambos han formado una alianza que claramente amenaza mi estabilidad futura y empiezo a sospechar que el verdadero problema ya no es enamorarme de mi vecino… sino sobrevivir a mi familia mientras ocurre.

18

Madres entrometidas, besos inevitables y el problema de que Jason Clark ya parezca parte de mi vida

Jueves, 20 de marzo

Estado actual: avergonzada, desestabilizada y ligeramente traicionada por mi propia genética.

Cafés ingeridos: dos.

Mensajes enviados por mi madre desde las siete y media de la mañana: nueve.

Veces que ha mencionado a Jason como «ese chico tan educado»: demasiadas.

Nivel de negación actual: agotado.

Conclusión provisional: quizá el verdadero problema no es enamorarse. Quizá el verdadero problema es que todo el mundo se dé cuenta antes que tú.

Dormir con tu madre a los treinta y dos años mientras ella lleva un gorro de satén color champán para es una experiencia que destruye cualquier resto de sensualidad acumulada durante la semana.

Especialmente cuando esa misma madre se despierta a las siete y diez de la mañana, te da un golpecito en el hombro y murmura medio dormida:

—Tu vecino tiene voz de hombre que sabe cambiar bombillas sin mirar tutoriales.

Abrí un ojo lentamente.

—Mamá.

—¿Sí?

—Necesito que vuelvas a dormirte inmediatamente.

Ella suspiró desde la almohada con un dramatismo que habría resultado convincente si no la conociera desde hace treinta y dos años.

—Solo digo que hay algo muy estable en ese hombre.

—Nadie debería describir a otra persona como *estable* antes de desayunar.

—Pues a tu edad empieza a ser una cualidad importante —soltó con tono maternal que mezcla amor, preocupación y la sensación constante de que tu vida sentimental podría gestionarse muchísimo mejor bajo supervisión adulta.

Me tapé la cara con la almohada.

—No voy a hablar de Jason Clark a las siete de la mañana.

—Entonces hablaremos a las ocho.

Y, desgraciadamente, cumplió su amenaza.

A las ocho y cuarto ya estaba sentada en mi cocina con una taza de café entre las manos, observándome por encima del borde como una mujer que cree haber descubierto algo importante y está disfrutando muchísimo del proceso.

—Te mira muchísimo.

Levanté la vista del portátil.

—¿Perdón?

—Jason. Te mira muchísimo.

—Eso no significa nada.

—Cariño, tu padre me miraba así antes de pedirme salir y también antes de comprar una barbacoa gigantesca que no necesitábamos. En ambos casos acabó siendo serio.

Solté aire lentamente.

—No quiero tener esta conversación.

—Porque sabes que tengo razón.

—Porque quiero conservar algo de estabilidad mental.

Mi madre sonrió con una tranquilidad oscurísima.

—Pues quizá deberías dejar de besar hombres guapos en rellanos comunitarios.

Casi me atraganto con el café.

—¿Podemos dejar de decirlo tan alto?

—No hay nadie.

—DIOS, ESO ES PEOR.

Ella se rio sola durante aproximadamente treinta segundos mientras yo reconsideraba seriamente mudarme de continente.

En algún punto entre el segundo café y su tercer comentario sobre *las manos bonitas* de Jason, empecé a sospechar que mi madre veía algo que yo llevaba semanas intentando aplazar.

No porque no estuviera pasando. Sino porque, en cuanto lo aceptara del todo, dejaría de ser una situación divertida y se convertiría en algo capaz de hacerme daño.

Y eso cambiaba las reglas.

Finalmente se marchó cerca del mediodía, no sin antes abrazarme fuerte en la puerta y susurrarme al oído:

—No huyas solo porque alguien te guste de verdad. Y hazme caso sobre lo de la despensa.

Después saludó a Jason, que salía justo en ese momento de su piso. Porque claramente el firmamento ya había decidido humillarme por completo esta semana.

Vi cómo mi madre se detenía a hablar con él mientras yo permanecía petrificada en la puerta de casa, abrazada a mi taza de café frío como una mujer a punto de presenciar un accidente ferroviario.

Él levantó la vista. Me vio. Y sonrió lentamente.

Mi madre le tocó el brazo antes de irse como si llevasen años coincidiendo en cenas familiares.

Cuando volvió a quedarse solo en el rellano, se acercó despacio hacia mi puerta metiéndose una mano en el bolsillo del vaquero.

—Tu madre acaba de decirme que más me vale no romperte el corazón porque ella sabe dónde vivo.

Cerré los ojos un segundo.

—Voy a matarla.

—También me ha dado un *tupper.*

Abrí los ojos inmediatamente.

—¿Qué?

Levantó la otra mano con absoluta tranquilidad, enseñándome el recipiente de cristal.

—Pasta al horno. Creo que oficialmente le he caído bien.

Lo miré horrorizada.

—Ese *tupper* era mío.

—Ya no.

—¿En qué momento lo ha cogido?

Se encogió de hombros con una calma ofensiva.

—Tu madre me lo ha dado de tapadillo mientras tú estabas despidiéndote y diciéndole veinte veces que no necesitabas reorganizar la despensa.

—Eso era una conversación privada.

—Tu madre no cree en el concepto de privacidad.

—Mi madre tampoco cree en el espacio personal.

Soltó una risa baja mientras levantaba ligeramente el recipiente.

—Me ha dicho literalmente: *llévatelo, estás demasiado delgado para escribir tantas horas*.

Me tapé la cara un segundo.

—Dios mío.

—También me ha pedido que te obligue a desayunar algo que no sea café.

—¿Ves? Por eso no presento hombres a mi familia. En menos de diez minutos ya os estáis aliando contra mí.

—No voy a mentirte, Rouster. Tiene muchísimo carisma.

—Anda, pasa y oblígame a comerme unas tostadas.

Sonrió apenas antes de entrar. Dejó el tupper sobre la encimera, se quitó la chaqueta y abrió un armario buscando platos como si llevara meses haciéndolo en lugar de apenas unos días.

Ya no sentía que estuviera invadiendo nada, él empezaba a ocupar espacio en mi vida de una manera silenciosa, constante y, de alguna manera, cómoda. Y la idea de sacarlo de ella empezaba a parecerme muchísimo más triste que sensata.

—Le he caído bien a tu madre. ¿Eso es bueno o malo?

La risa se me escapó antes de poder evitarlo.

—Significa que estás perdido.

—Lo sospechaba cuando empezó a llamarme *chico tan educado.*

Me apoyé en la encimera cruzándome de brazos.

—Normalmente reserva ese tono para veterinarios y médicos con plaza fija.

—Vaya. Me siento honrado.

Jason me observó durante unos segundos con una atención mucho menos irónica que antes, como si estuviera intentando memorizar algo.

—¿Qué? —pregunté finalmente.

Él ladeó apenas la cabeza.

—Nada. Solo estaba pensando que hoy pareces menos preparada para huir.

Eso me hizo bajar la mirada un segundo antes de responder.

—Mi madre lleva doce horas haciéndome terapia sin consentimiento. Estoy agotada. Mis defensas ya no funcionan correctamente.

—Entonces debería aprovechar el momento.

Lo miré intentando mantener una expresión seria mientras él se acercaba despacio. Reduciendo distancia de esa forma suya que empezaba a desarmarme demasiado deprisa.

—Ayer tu madre me llamó *yerno potencial* —murmuró deteniéndose frente a mí.

Cerré los ojos.

—No quiero seguir viviendo.

—Yo me sentí bastante bien, la verdad.

Solté una risa incrédula.

—Eres insoportable.

—Y a pesar de eso, sigues mirándome así.

Mi clítoris reaccionó inmediatamente, como si ya hubiera aprendido a reconocerlo antes que mi cabeza.

Apoyó una mano junto a mi cadera sobre la encimera y se inclinó apenas hacia mí.

—Caroline.

La forma en que dijo mi nombre me desestabilizó un poco, porque ya no sonaba a provocación. Sonaba a acontecimiento, a premisa. A algo real.

—¿Qué? —pregunté más bajo de lo que pretendía.

—No quiero seguir fingiendo que necesitamos ir despacio.

La frase cayó entre nosotros con una claridad imposible de esquivar.

—Yo tampoco.

La respuesta salió demasiado rápido y sincera, y él pareció notarlo porque algo en su expresión se suavizó inmediatamente.

—Entonces deja de apartarte cada vez que estamos a punto de llegar a algo.

—Eso implica asumir riesgos.

—O besarme de una vez sin buscar una excusa cinco segundos después.

La frase me hizo reír pese a todo.

—No puedes resumir mis mecanismos de defensa así de fácil.

—Claro que puedo. Llevo tiempo estudiándolos.

—Es muy inquietante.

—Es romántico. No confundas conceptos.

Negué con la cabeza intentando contener la sonrisa.

Y ese fue probablemente el instante exacto en que perdí la batalla, porque él me miró como si acabara de darse cuenta de algo importante.

—Ahí está —murmuró.

—¿El qué?

—La cara que pones justo antes de besarme.

El corazón me dio un vuelco completamente innecesario.

—Eso no existe.

—Existe muchísimo.

Y entonces me besó, por fin.

Dios.

Ese hombre besaba como escribía: con calma, con intención y con esa seguridad insoportable de quien sabe exactamente dónde insistir para hacerte perder el hilo de todo.

Mi mano terminó en su cuello casi sin darme cuenta.

La suya descendió lentamente por mi espalda.

Y ahí estaba otra vez esa sensación cálida y peligrosísima recorriéndome entera, acumulándose muy abajo con una intensidad

que hizo que se me escapara una respiración temblorosa contra su boca.

Cuando se apartó unos centímetros seguía mirándome como si tampoco terminara de creerse lo fácil que resultaba conmigo últimamente.

Yo seguía apoyada contra la encimera intentando recordar mi propio nombre.

—Bueno —murmuré finalmente intentando recuperar algo parecido a dignidad—. Esto complica bastante mis planes de seguir negándolo.

Soltó una risa baja y apoyó la frente contra la mía.

—Rouster, tu madre lo sabía antes que nosotros.

Mi mano subió hasta su nuca casi por voluntad propia, enredándose en el cabello suave de su nuca. La suya descendió lentamente por mi espalda, trazando la curva de mi columna con una lentitud que erizaba la piel bajo la tela fina de mi camiseta. El calor se concentró en mi vientre, denso y líquido, extendiéndose como miel caliente hasta que se me escapó un suspiro tembloroso contra su boca.

Él lo capturó. Sonrió apenas contra mis labios, un gesto breve y arrogante que sentí más que vi.

Cuando se apartó solo unos centímetros, sus ojos seguían fijos en los míos. Tenía la respiración agitada, igual que yo. Apoyé la cadera contra la encimera porque las rodillas ya no eran del todo de fiar.

Soltó una risa baja y grave que vibró entre nosotros. Apoyó su frente contra la mía, y su aliento cálido me rozó los labios.

—Es momento de decir sí a todo.

Sonreí, derrotada. Pero antes de que pudiera responder, su mano volvió a mi cintura y me atrajo más cerca, hasta que no quedó espacio entre nuestros cuerpos. Esta vez el beso fue más profundo, más lento. Su lengua rozó la mía con una suavidad que me deshizo

por dentro. Sentí cada centímetro de él: el calor firme de su pecho, la presión de sus caderas contra las mías, el latido acelerado que compartíamos.

Mis dedos se deslizaron bajo el borde de su camisa, buscando piel. Estaba caliente, tersa. Recorrí la línea de su espalda baja y él exhaló contra mi boca, un sonido ronco que me hizo temblar. Jason respondió bajando la cabeza para besar el borde de mi mandíbula, luego el hueco debajo de mi oreja, deteniéndose allí donde el pulso me latía desbocado.

—Dime que pare —susurró contra mi piel, aunque sus manos seguían subiendo despacio por mis costados, levantando la tela con reverencia.

No lo dije. En cambio, arqueé el cuello para darle mejor acceso. Sus labios descendieron por mi garganta, suaves y húmedos, mientras una de sus manos se posaba justo debajo de mi pecho, el pulgar trazando círculos lentos sobre la tela. Cada caricia era una pregunta silenciosa, una promesa. El deseo se acumulaba en oleadas bajas, pesadas, pulsando entre mis piernas con una intensidad que me obligó a apretar los muslos contra los suyos.

—Jason… —su nombre me salió entrecortado, casi una súplica.

Él levantó la mirada. Tenía las pupilas dilatadas, los labios enrojecidos. Me miró como si yo fuera algo sagrado y peligroso al mismo tiempo.

—Llevo demasiado tiempo queriendo tocarte así —confesó en voz baja, casi rota—. Sin prisas. Sin mentiras.

Y entonces me besó otra vez, más intenso, mientras sus manos exploraban mi cuerpo con esa paciencia exquisita que me hacía sentir que el tiempo se había detenido solo para nosotros. La cocina desapareció. Solo quedamos él, yo, y el calor lento y delicioso que nos envolvía como una llama que no quema, sino que derrite.

En lugar de palabras, tiré suavemente de su camiseta hacia arriba. Él entendió. Se la quitó con un movimiento fluido y volvió a

besarme mientras sus manos se colaban bajo la mía, levantándola despacio. La tela cayó al suelo.

La piel contra piel fue un choque dulce. Calor contra calor. Sus manos recorrieron mi espalda desnuda con reverencia, bajando hasta mis caderas. Me alzó sin esfuerzo y me sentó sobre la encimera. Mis piernas se abrieron para acogerlo y él se colocó entre ellas, presionando su cuerpo contra el mío. Sentí su excitación, firme y caliente, contra el centro de mi deseo.

—Dios, Caroline… —susurró contra mi cuello antes de besarlo de nuevo.

Sus dedos bajaron mis pantalones con lentitud deliberada. Levanté las caderas para ayudarlo y él lo deslizó junto con mi ropa interior por mis piernas, dejándome completamente expuesta. No hubo prisa. Sus palmas subieron por mis muslos, separándolos con suavidad, mientras su boca descendía por mi clavícula, luego por el valle entre mis pechos. Cuando su lengua rodeó uno de mis pezones, un gemido bajo se me escapó. Me arqueé hacia él, y respondió chupando con delicadeza, alternando entre uno y otro, mientras una de sus manos se deslizaba entre mis piernas. Sus dedos me encontraron húmeda, caliente, ansiosa. Trazó círculos lentos sobre mi clítoris, arrancándome pequeños temblores, hasta que introdujo un dedo con cuidado, luego dos, curvándolos justo donde más lo necesitaba.

—Jason… —jadeé, sujetándome a sus hombros.

Él levantó la cabeza y me besó en la boca, tragándose mis gemidos mientras su mano seguía moviéndose con un ritmo perfecto, profundo y constante. El placer se acumulaba en oleadas cada vez más intensas, hasta que me corrí alrededor de sus dedos con un estremecimiento largo y silencioso, apretando los muslos contra su cintura.

Antes de que pudiera recuperarme del todo, se desabrochó el pantalón. Lo ayudé a bajarlo junto con su ropa interior. Su erección saltó libre, gruesa y palpitante. La tomé en mi mano, acariciándolo

con lentitud de base a punta. Él cerró los ojos y exhaló un gruñido ronco contra mi sien.

—Quiero sentirte —susurré.

Me miró a los ojos mientras se posicionaba en mi entrada. Empujó despacio, centímetro a centímetro, abriéndome con una presión deliciosa y firme. Los dos gemimos al mismo tiempo cuando estuvo completamente dentro. Se quedó quieto un momento, frente contra frente, respiraciones entrecortadas, dejando que me acostumbrara a él.

Luego empezó a moverse.

Lento al principio. Profundo. Cada embestida era medida, controlada, como si quisiera saborear cada roce. Mis uñas se clavaron suavemente en su espalda mientras envolvía mis piernas alrededor de sus caderas. El ritmo fue aumentando poco a poco. La cocina se llenó de nuestros jadeos, del sonido húmedo de nuestros cuerpos uniéndose, de susurros entrecortados.

—Más… —supliqué contra su boca.

Obedeció. Sus embestidas se volvieron más intensas, más rápidas, golpeando justo en el punto que me hacía ver estrellas. Una de sus manos bajó entre nosotros y sus dedos volvieron a acariciar mi clítoris hinchado mientras seguía penetrándome con fuerza contenida.

El orgasmo me golpeó con violencia dulce. Me contraje alrededor de él, gimiendo su nombre, temblando entera. Jason gruñó, enterró la cara en mi cuello y, con unas cuantas embestidas profundas más, se dejó ir también. Sentí cómo se derramaba dentro de mí en pulsos calientes y largos, su cuerpo tenso contra el mío.

Nos quedamos así un rato largo, unidos, respirando agitados, con su frente apoyada en la mía. Sus manos acariciaban mi espalda con ternura mientras yo le besaba el hombro, aún temblando.

—Esto ya no tiene arreglo —murmuró con una sonrisa ronca.

Sonreí contra su piel.

—No… ya no.

Conclusión del día: Jason Clark ya conoce a mi madre, mi madre prácticamente está decidiendo los centros de mesa de una boda imaginaria y nosotros acabamos de destruir cualquier posibilidad razonable de seguir fingiendo que esto era solo tensión acumulada en un rellano. Sinceramente, a estas alturas el verdadero problema ya no es que me guste demasiado… sino lo maravillosamente bien que empieza a sentirse estar con él.

19

Rutinas peligrosamente felices, advertencias inoportunas y el problema de empezar a escribirnos dentro de la vida del otro

Viernes, 28 de marzo

Estado actual: *sospechosamente feliz.*

Cafés ingeridos: *incontables. La mitad compartidos.*

Noches durmiendo sola esta semana: *técnicamente varias. Realmente… discutible.*

Veces que he pensado "esto puede salir fatal": *menos de las que debería.*

Conclusión provisional: *acostarse con tu vecino buenorro tiene inconvenientes objetivos, pero también una logística extraordinaria.*

Ha pasado una semana.

Siete días exactos desde que Jason Clark me besó en mi cocina y después me llevó directamente a la encimera como si ambos hubiéramos llegado a un acuerdo silencioso del que nadie pensaba retractarse.

Y sinceramente, me gustaría poder decir que desde entonces he mantenido cierta compostura.

No ha ocurrido En absoluto.

El problema de iniciar un tórrido romance con un hombre atractivo que vive literalmente al otro lado del pasillo es que la frontera entre *vida personal* y *situación peligrosamente íntima* desaparece con una rapidez alarmante.

Hay besos robados mientras el café se enfría. Hay noches que empiezan con *cinco minutos* y terminan a las dos de la mañana porque alguien —él— decide que es imprescindible demostrarme una teoría concreta sobre orgasmos y concentración.

Y, sobre todo, está esa convivencia extraña y tremendamente adictiva que no llega a ser convivencia de verdad porque cada uno sigue teniendo su piso, su espacio y su cuarto de baño, pero que aun así empieza a parecerse a una relación real.

A veces cenamos en su casa. A veces en la mía. A veces simplemente acabamos en la cama antes de decidir nada y luego pedimos comida tailandesa mientras él corrige capítulos y yo finjo que estoy trabajando cuando en realidad llevo diez minutos mirando sus manos.

Porque Jason tiene manos de escritor atractivo de película independiente. Grandes. Bonitas. Insultantemente eficaces.

Y odio muchísimo el impacto psicológico que eso está teniendo en mí.

—Tienes cara de persona insoportablemente satisfecha —dictaminó Sophie aquella tarde, dejándose caer frente a mí en la cafetería mientras dejaba el móvil sobre la mesa y me observaba por encima de su cappuccino con precisión publicista.

Levanté la vista del portátil intentando aparentar normalidad.

—Esa frase podría interpretarse como un insulto.

—Y aun así no la has negado.

Maldita sea.

Sonrió lentamente.

—Así que es oficial.

—¿Qué es oficial exactamente?

—La cara de mujer que lleva una semana follando bien y empieza a confiar otra vez en la humanidad.

Casi me atraganto con el café.

—¿Puedes bajar la voz?

—No. Esto me interesa muchísimo más que la campaña que llevo toda la semana fingiendo que me apasiona.

Me apoyé en la silla soltando aire lentamente.

—Vale. Quizá… quizá estamos bien.

Sophie arqueó ambas cejas con dramatismo.

—Dios mío. Caroline Rouster acaba de decir *estamos bien* con voz de protagonista de comedia romántica británica.

—No pongas esa cara.

—¿Qué cara?

—La de persona que ya está imaginando fotos de pareja en Navidad.

Soltó una carcajada.

—Tranquila. Aún no he llegado a Navidad. Estoy solo en *vosotros dos dais bastante asco de lo adorables que sois.*

La miré intentando mantener dignidad.

Fracaso parcial.

Habíamos entrado en esa fase en la que todo empieza a sentirse demasiado integrado en la vida del otro. Demasiado cómodo. Como si lleváramos mucho más tiempo juntos del real.

Mi amiga debió notarlo en mi cara porque su expresión se suavizó apenas.

—Solo ve con cuidado, Caro.

La frase llegó más tranquila.

Más sincera.

—No quiero fastidiarte el momento bonito —continuó removiendo el café despacio—. Solo quiero que no vuelvas a pasarlo tan mal como con Taylor.

Taylor.

El hombre por el que lloré viendo documentales de naturaleza durante dos meses porque cualquier cosa con música suave me destruía psicológicamente.

Me removí incómoda en la silla.

—Estás arruinándome el momento bonito, literalmente con eses comentario.

Sophie sonrió con ternura.

—Es mi trabajo como mejor amiga.

Suspiré.

—No es igual con él.

—Eso dices ahora.

—No, escucha… —dejé el vaso sobre la mesa y me incliné un poco hacia delante—. Con Taylor todo era intensidad constante. Drama. Montaña rusa. Jason no me agota. No me hace sentir insegura todo el tiempo. No tengo la sensación de estar intentando convencerlo de quedarse.

Me observó unos segundos en silencio.

—Vale —admitió finalmente—. Eso sí suena diferente.

—Además, cocina muy bien.

—Ah, claro. El verdadero vínculo romántico.

—La lasaña tuvo muchísimo peso en esta relación.

Soltó una carcajada.

—Sabía que acabarías cayendo por pasta.

Aquella noche Jason estaba saturado.

Lo supe en cuanto abrió la puerta.

Llevaba las gafas que solo usa cuando lleva demasiadas horas escribiendo, una camiseta negra arrugada y esa expresión ligeramente ausente de hombre que ha discutido mentalmente con personajes ficticios durante todo el día.

—Tienes cara de querer asesinar a alguien —comenté entrando en su piso con dos cervezas en la mano.

Cerró el portátil con un suspiro dramático.

—El capítulo ocho me odia.

—Eso es porque intentas que todos tus protagonistas hablen como escritores torturados del siglo XIX.

—Eso ha sido ofensivo.

—Pero es la verdad.

Dejó caer la cabeza hacia atrás sobre el sofá mientras yo me sentaba a su lado. El manuscrito seguía abierto en la pantalla.

—¿Puedo leerlo?

Giró la cabeza hacia mí lentamente.

—Eso depende. ¿Vas a destrozarme editorialmente o sexualmente?

—No descartes opciones.

Me pasó el portátil con una resignación confiada. Leí en silencio unos minutos.

Había escrito una escena preciosa arruinada por tres frases innecesariamente intensas y un protagonista masculino claramente incapaz de expresar afecto sin parecer a punto de iniciar una guerra napoleónica.

—Vale —murmuré levantando la vista—. Primero: nadie habla así después de besar a alguien en un acantilado.

Jason frunció el ceño.

—Hay gente intensa.

—Tus personajes no son intensos. Son dos personas a punto de redactar un manifiesto político erótico.

Soltó una risa cansada mientras se acercaba un poco más para mirar la pantalla conmigo.

Señalé una frase:

—*Tu presencia altera irrevocablemente mi equilibrio interno*. Jason, cariño, nadie folla bien y luego habla como un villano elegante de BBC.

Empezó a reírse de verdad esta vez. Esa risa baja suya que siempre parecía pillarme desprevenida.

—Vale. Eso ha dolido un poco.

—Porque sabes que tengo razón.

Borré un par de frases, cambié un diálogo y le devolví el portátil.

Leyó en silencio. Luego volvió a leerlo. Y algo en su expresión cambió.

—Joder —murmuró finalmente—. Ahora funciona mucho mejor.

Me encogí de hombros intentando aparentar indiferencia.

—Es mi trabajo.

Dejó el portátil a un lado y se giró completamente hacia mí.

—No. Tu trabajo es corregir manuscritos. Lo que haces conmigo es otra cosa.

Lo miré unos segundos sin responder. Levantó una mano y apartó un mechón de pelo detrás de mi oreja con una lentitud que me desarmó un poco.

—Voy a acabar convirtiéndote en mi musa, Rouster.

—Eso es fatal para mi cordura.

—Y excelente para mis ventas.

Solté una risa antes de que se inclinara hacia mí y besarme despacio, todavía con una mano perdida entre mi pelo y la otra descansando sobre mi rodilla.

Sus labios se volvieron más profundos, y el beso se volvió lento, húmedo, cargado de intención. Deslizó la mano desde mi rodilla hasta mi muslo, subiendo con una caricia tibia que me erizó la piel. Me recostó con suavidad sobre el sofá, su cuerpo cubriendo el mío

sin apresurarse. Podía sentir su calor a través de la ropa, su respiración entrecortada contra mi cuello.

—Quiero entrar dentro de ti —susurró contra mi piel.

Con movimientos pausados, me quitó la blusa y yo lo ayudé a deshacerse de su camisa. Su boca descendió por mi garganta, dejando besos húmedos hasta llegar a mis pechos. Los besó con devoción, lamiendo con la lengua los pezones ya endurecidos, succionándolos con ternura hasta arrancarme un gemido suave. Mis manos se perdieron en su espalda, sintiendo cómo sus músculos se tensaban bajo mis dedos.

Bajó más, desabrochando mis pantalones con paciencia. Cuando su boca llegó entre mis piernas, separé los muslos sin pudor. Su lengua me exploró con lentitud exquisita, recorriendo mis pliegues húmedos, deteniéndose en ese punto sensible que me hacía arquear la espalda. Chupó y lamió con dedicación, saboreándome como si fuera algo precioso, mientras sus manos sujetaban mis caderas para mantenerme quieta.

El placer subió en olas suaves pero intensas. Gemí su nombre cuando introdujo dos dedos en mi interior, curvándolos justo donde más lo necesitaba, moviéndolos con un ritmo constante mientras su boca no dejaba de complacerme.

—Jason… —jadeé, sintiendo que me acercaba al borde.

Se incorporó entonces, se quitó el resto de la ropa y se colocó sobre mí. Lo sentí, duro y caliente, presionando contra mi entrada. Entró despacio, centímetro a centímetro, llenándome por completo con una presión deliciosa que me hizo contener la respiración. Cuando estuvo dentro del todo, se detuvo un segundo, mirándome a los ojos.

Empezó a moverse con embestidas profundas y lentas, meciéndose contra mí. Cada vez que entraba del todo, un placer denso y cálido se expandía en mi vientre. Mis piernas lo rodearon, atrayéndolo más cerca, y nos besamos mientras hacíamos el amor, piel contra piel, respiraciones mezcladas.

El orgasmo me alcanzó como una ola suave pero abrumadora, contrayéndome alrededor de él con espasmos dulces. Él gimió contra mi boca y se dejó ir poco después.

Quedamos abrazados, sudorosos y aún unidos, mientras su mano acariciaba mi pelo con la misma ternura del principio. Y en ese silencio, la sensación absurda se volvió aún más delicada… porque ya no quería que terminara.

Conclusión del día: Jason Clark ya escribe escenas inspiradas en mí, yo ya corrijo sus manuscritos semidesnuda en su sofá y, sinceramente, empezamos a parecernos muchísimo a esa clase de pareja que antes observaba desde lejos con superioridad irónica… hasta que me convertí accidentalmente en una de ellas.

20

Mercados londinenses, agentes literarias y el problema de enamorarse de alguien brillante

Sábado 29 de marzo

Estado actual: *peligrosamente estable.*

Cafés ingeridos: *tres. Dos preparados por Jason sin preguntar cómo me gustan porque, aparentemente, ya lo sabe.*

Veces que he pensado «parecemos pareja»: *demasiadas.*

Nivel de paranoia actual: *creciendo silenciosamente bajo apariencia de estabilidad.*

Conclusión provisional: *quizá el problema de las relaciones no es enamorarse. Quizá el problema es empezar a tener algo real que perder.*

Despertarse con alguien siempre me había parecido una experiencia ligeramente sobrevalorada.

Demasiadas variables y posibilidades de decepción.

La gente habla mucho de intimidad, pero muy poco del momento exacto en que descubres que la otra persona te roba manta, ocupa territorio como una potencia invasora durante la noche o tiene la costumbre irritante de despertarse ilógicamente atractiva sin haber hecho absolutamente nada para merecerlo.

Jason, desgraciadamente, pertenecía a esa categoría de hombres.

Abrí los ojos despacio mientras la luz grisácea de Londres se colaba entre las cortinas de su dormitorio, derramándose sobre las sábanas revueltas y sobre él, que seguía dormido boca abajo con un brazo atravesándome la cintura y el pelo ligeramente despeinado de

esa manera cinematográfica que deberían prohibir los organismos internacionales.

Me quedé observándolo unos segundos, apoyada sobre una almohada, mientras intentaba entender en qué momento exactamente mi vida había derivado hacia una situación tan parecida a la felicidad. Y la cálida, silenciosa y muy adictiva sensación de empezar a pertenecer un poco a la rutina de alguien.

Él abrió un ojo lentamente.

—Da bastante miedo despertarse y encontrarte mirándome así —murmuró con la voz todavía ronca de sueño mientras me acercaba un poco más hacia él sin darse cuenta.

No aparté la vista.

—Estaba comprobando si seguías siendo insoportable dormido.

Una sonrisa pequeña apareció en su boca antes de que me atrajera despacio hacia él, hundiendo la cara un segundo en mi cuello.

—¿Y el resultado del estudio?

—Muy positivo.

Soltó una risa baja contra mi piel antes de besarme despacio, todavía medio dormido, con esa calma suya que estaba empezando a tener efectos devastadores sobre mi capacidad racional. Y sinceramente, besar a alguien recién despierto debería considerarse una forma de manipulación.

—Buenos días, Rouster —murmuró contra mi boca.

—No utilices esa voz tan temprano. No tengo defensas suficientes.

—Eso llevo una semana aprovechándolo.

Lo odiaba muchísimo.

Dos horas después caminábamos entre los puestos abarrotados de Borough Market compartiendo un café demasiado caro y discutiendo sobre si pagar siete libras por una barra de pan

artesanal era una experiencia gastronómica sofisticada o simplemente una estafa muy bien presentada.

—Siete libras por una barra de pan debería incluir estabilidad financiera y apoyo psicológico —dictaminé mientras esquivaba a una pareja de turistas franceses que parecían dispuestos a morir por un queso de cabra ecológico.

Él caminaba a mi lado con una bolsa de fruta en una mano y otra llena de quesos sofisticados que él insistía en llamar *inversión culinaria*.

—Eso lo dices ahora, pero luego pruebas el pan y empiezas a hablar de texturas y matices como una víctima más del sistema.

Giré la cabeza hacia él con indignación fingida.

—Jamás hablaré de matices del pan.

—El martes describiste un croissant como *mantequilloso a nivel terapia de choque*. —Levantó una ceja mientras bebía café.

—Sigo defendiendo esa frase.

Jason soltó una carcajada y me cogió de la mano para evitar que un hombre con carrito nos atropellara al girar demasiado rápido entre los puestos. Fue ese tipo de gesto pequeño y automático que me descolocaba mucho más que los besos. Porque ya no parecía consciente de hacerlo. Simplemente… ocurría. Como si tocarme empezara a ser algo integrado en él. Como si yo hubiera empezado a formar parte de su mapa mental cotidiano sin que ninguno de los dos hubiera decidido oficialmente cuándo ocurrió.

Y justo cuando estaba empezando a relajarme dentro de esa idea, apareció ella.

La morena del supermercado. Alta. Elegante. Abrigo camel impecable. Labios rojos. Esa clase de mujer que parece haber nacido sabiendo exactamente cuánto tarda en enfriarse un Martini perfecto.

Sonrió inmediatamente al verla.

—Bárbara.

Ella levantó la vista y, al reconocerme también a mí, hizo una pausa mínima antes de sonreír con una elegancia perfectamente calibrada.

—Así que al fin os conozco juntos.

Apoyó una mano distraída en la parte baja de mi espalda mientras hacía la presentación.

—Caroline, ella es Bárbara Whatson. Mi agente y probablemente la única razón por la que sigo entregando manuscritos a tiempo.

—Eso es una exageración —respondió ella estrechándome la mano con firmeza tranquila—. Aunque últimamente lo de *a tiempo* está siendo un concepto bastante flexible.

La frase fue ligera y diría que casi divertida. Pero sus ojos fueron directamente hacia él antes de volver a mí. Y algo pequeño se tensó dentro de mi estómago.

—Estoy trabajando en ello. —Él resopló mientras se pasaba una mano por el pelo.

—Lo sé —contestó Bárbara con suavidad mientras aceptaba el café que él le ofrecía probar—. Pero llevabas meses avanzando como una máquina y últimamente estás… distraído.

Lo soltó directo y limpio, con esa autosuficiencia de quien cree que no hay necesidad de explicar nada más. Aunque él pareció no detectar el subtexto.

—Necesitaba descansar un poco.

—Claro —replicó ella con una sonrisa elegante—. Y dormir también es importante, supongo.

Volvió a mirarme y esta vez sin ningún disimulo. El mensaje era cristalino.

Jason, completamente ajeno a la guerra psicológica que acababa de empezar delante de él, señaló uno de los puestos cercanos.

—¿Quieres algo?

—¿Serías tan amable de traerme un té especiado? El de cardamomo de allí sigue siendo mejor que cualquier terapia.

Él asintió enseguida.

—Ahora vuelvo.

Nos quedamos solas. El ruido del mercado seguía moviéndose alrededor de nosotras entre conversaciones, pasos, cucharillas chocando contra porcelana y olor a café recién molido, pero el espacio entre Bárbara y yo adquirió una quietud extraña. Ella sostuvo mi mirada unos segundos antes de hablar.

—Jason escribe mejor cuando está centrado.

Incliné apenas la cabeza mientras daba un pequeño sorbo al café.

—Curioso. Yo tenía entendido que los escritores necesitaban vivir cosas para escribirlas.

Una sonrisa mínima apareció en su boca.

—Sí. Pero también necesitan terminar libros.

Y ahí llegó el golpe real. Porque, de repente, Taylor apareció en mi cabeza sin invitación previa diciendo que necesitaba espacio. Desapareciendo poco a poco detrás de sus proyectos, su trabajo, sus prioridades. Haciéndome sentir demasiado intensa, demasiado presente, demasiado necesitada.

Me crucé de brazos despacio.

—No sabía que necesitara supervisión creativa.

—No la necesita —respondió con calma impecable—. Pero sí necesita estabilidad cuando está escribiendo algo importante.

—¿Y yo parezco desestabilizarlo?

Bárbara tardó apenas un segundo en responder. Y, para mi desgracia, no parecía cruel, solo sinceramente convencida de lo que decía.

—Pareces importarle mucho. A veces eso complica las cosas.

Volvió justo entonces con el té y una expresión relajada de hombre completamente ajeno a que dos mujeres acaban de tener una conversación psicológicamente devastadora a menos de diez metros de él.

Bárbara sonrió inmediatamente al coger el vaso. Impecable otra vez.

—Encantada de conocerte por fin, Caroline.

—Igualmente.

—Y Jason —añadió antes de irse mientras se colocaba el bolso sobre el hombro—, espero buenos resultados esta semana.

—Qué presión — soltó un suspiro dramático.

—Literalmente me pagas para eso.

La vimos alejarse entre la gente hasta desaparecer al otro lado del mercado. Él giró la cabeza hacia mí mientras retomábamos el paseo.

—Estás callada.

Intenté sonreír. Creo que no me salió especialmente bien.

—Estoy pensando.

—Eso nunca suena prometedor.

Negué suavemente con la cabeza.

—No pasa nada. Estoy bien.

Redujo un poco el paso y me observó con más atención.

—¿Segura?

Asentí enseguida.

—Sí. Solo… estoy feliz de estar aquí contigo.

La frase era cierta. Y precisamente por eso dolía un poco.

Aquella noche Jason escribía descalzo en el sofá mientras yo leía uno de sus libros envuelta en una manta gris que todavía conservaba ligeramente su olor.

La lámpara del salón proyectaba una luz cálida sobre su perfil concentrado. A veces se pasaba una mano por el pelo mientras releía una frase. Otras se inclinaba hacia el portátil con el ceño fruncido antes de borrar algo y empezar de nuevo.

Dios, era realmente bueno. No *interesante* o *prometedor.*

Era sublime. De esa forma incómoda que hace que entiendas perfectamente por qué alguien termina dedicando la vida entera a escribir.

Pasé una página lentamente mientras él seguía trabajando sin darse cuenta de que lo estaba observando.

Y en aquel momento apareció el miedo. Mucho más difícil que el drama. Quizá el problema de enamorarse de personas brillantes es que siempre terminas preguntándote si estorbas cuando dejan de mirarte.

Cerré el libro despacio apoyándolo sobre mis piernas.

Tal vez Bárbara tenía razón. Tal vez las personas como él necesitan espacio. Y yo siempre he tenido tendencia a entrar demasiado rápido en la vida de la gente.

Levantó la vista en ese momento. Sonrió apenas al encontrarme mirándolo. Y descubrir que una parte de mí ya empezaba a preguntarse cuánto tardaría en dejar de hacerlo así, fue devastador.

Conclusión del día: Jason Clark sigue mirándome como si fuera exactamente donde quiere estar, pero por primera vez desde que empezamos esto he recordado algo que duele: querer mucho a alguien excepcional también significa saber que, tarde o temprano, podría dejar de necesitarte para seguir relumbrando igual.

21

Sacrificios aparentemente pequeños y el miedo de convertirse en la parte equivocada de la historia de alguien

Martes, 1 de abril

Estado actual: *inquietantemente parecido a una novia funcional.*

Cafés ingeridos: *dos y medio. Uno robado directamente de la taza de Jason porque, al parecer, ya hemos llegado a ese nivel de intimidad.*

Veces que he pensado en Bárbara Whatson desde el sábado: *demasiadas para fingir que no me afectó.*

Nivel de paranoia actual: *elegante, silencioso y creciendo como humedad estructural.*

Conclusión provisional: *enamorarse sería muchísimo más sencillo si el cerebro no tuviera memoria.*

Hay algo profundamente traicionero en las relaciones que empiezan bien. No las que funcionan a base de tensión constante y mensajes ambiguos enviados a las dos de la mañana. Esas, al menos, una las reconoce enseguida como potencialmente destructivas.

No.

Las verdaderamente arriesgadas son las que se integran en tu vida con suavidad. Las que no parecen alterar demasiado el equilibrio al principio porque lo hacen poco a poco, casi con educación sajona. Un café aquí. Una noche allí. Un cepillo de dientes que aparece junto al tuyo y que nadie comenta porque ambos decidís colectivamente ignorar el significado espiritual del asunto. Y de repente un día descubres que alguien sabe exactamente cómo te

gusta el café, qué lado de la cama prefieres y qué expresión pones justo antes de empezar a discutir aunque todavía no hayas abierto la boca.

Eso es muchísimo más grave que la pasión porque la pasión explota, y la costumbre se queda.

Entré en la cafetería a las diez y cuarto exactas y localicé a Jason enseguida, sentado junto a la ventana con el portátil abierto, una taza vacía delante y esa expresión ligeramente agotada que últimamente aparecía cada vez con más frecuencia. Levantó la vista al verme entrar y algo en su cara se relajó inmediatamente.

—Llegas tarde —comentó cuando me acerqué a la mesa, aunque estiró la pierna para apartar una silla antes incluso de terminar la frase.

Me dejé caer frente a él mientras me quitaba el abrigo.

—Llego dentro del margen aceptable. Londres está lleno de peatones lentos y turistas perdidos.

Cerró el portátil con una sonrisa cansada.

—Eso ha sonado muy agresivo para ser martes por la mañana.

—No he desayunado aún. Mi personalidad antes de las tostadas no representa mis valores reales.

Él soltó una risa baja mientras hacía una señal al camarero para pedir otro café, pero tenía la mirada más dispersa y ojeras suaves bajo los ojos, aunque seguía resultando guapo de una manera que empezaba a parecerme un fallo estructural del universo.

—Has dormido poco —observé mientras le robaba la taza para darle un sorbo a su café.

—Culpa del capítulo nueve.

—¿Sigue resistiéndose?

—Creo que directamente me odia.

Apoyé la taza sobre la mesa.

—Eso te pasa por escribir personajes que hablan como profesores universitarios sexualmente reprimidos.

Jason arqueó una ceja.

—Una vez me dijiste que mi protagonista tenía energía de hombre que corrige ensayos después del sexo.

—Y sigo sosteniendo esa crítica editorial.

Él soltó una carcajada de verdad esta vez, inclinándose hacia delante mientras negaba con la cabeza.

—Eres profundamente destructiva para mi autoestima literaria.

—No. Soy necesaria para tu supervivencia artística.

El camarero dejó mi café y una tostada sobre la mesa. Jason acercó automáticamente el plato hacia mí antes incluso de que yo alargara la mano.

Después desbloqueó el móvil un segundo y vi aparecer el nombre de Bárbara en la pantalla antes de que lo dejara boca abajo sobre la mesa.

Mi estómago reaccionó antes que mi cerebro.

—Está convencida de que voy a incumplir la entrega.

—Bueno, aparentemente estás distraído —intenté sonar ligera.

Él me miró un segundo demasiado largo.

—¿Seguimos con eso?

Di un sorbo al café para ganar tiempo.

—Solo cito a tu agente literaria profesional y elegantemente intimidante.

—Bárbara intimida hasta a los repartidores de Amazon.

Eso me hizo sonreír un poco.

—He movido la reunión con Harper a esta tarde, por cierto. —Lo dijo casualmente. Como si no tuviera importancia. Y aun así sentí el golpe exacto del miedo entrando despacio.

—¿Qué reunión?

—La editorial. Nada importante.

—Jason.

Él debió notar algo en mi tono porque levantó la vista inmediatamente.

—¿Qué?

Dejé la taza con demasiada precisión sobre el plato.

—No deberías cancelar trabajo por mí.

Pestañeó una vez y luego soltó aire por la nariz.

—Caroline, no he cancelado una cirugía a corazón abierto.

—Da igual.

—No, no da igual. Solo he cambiado una reunión de hora.

Me encogí de hombros intentando aparentar una indiferencia que no sentía.

—Pues no tendrías que haberlo hecho.

Él ya no sonreía tanto.

—Vale. Claramente me he perdido una parte importante de esta conversación.

Negué suavemente con la cabeza.

—No pasa nada.

—Rouster.

Odiaba que usara ese tono tranquilo cuando quería que dejara de esconderme detrás de frases cortas.

Miré hacia la ventana unos segundos antes de volver a hablar.

—Las relaciones no se rompen de golpe —murmuré finalmente mientras jugueteaba con la cucharilla del café—. Empiezan con pequeños sacrificios que al principio parecen románticos y luego alguien termina sintiendo que ha cedido demasiado.

El silencio que siguió cambió por completo el tono de la conversación. Ya no tenía nada de ligero ni de cotidiano. Me observó en silencio durante unos segundos, con esa atención tranquila suya que a veces resultaba más incómoda que cualquier discusión, y supe exactamente en qué momento entendió que aquello no iba realmente de una reunión editorial aplazada ni de una llamada movida de hora. Iba de Taylor, de la conversación con Bárbara en Borough Market y, sobre todo, de mí y de ese miedo horrible a convertirme en algo que alguien acaba soportando en lugar de eligiendo.

Jason se recostó despacio en la silla antes de hablar.

—Caroline, he cancelado una reunión. No mi personalidad.

No respondí inmediatamente, porque parte de mí odiaba lo razonable que sonaba.

Él sostuvo mi mirada y añadió:

—Elegirte una mañana no significa dejar de elegir el resto de mi vida.

Fue la clase de frase que una persona debería encontrar exagerada. Solo que no la dijo como una gran declaración romántica. La dijo cansado. Sincero. Como alguien que simplemente estaba intentando hacerme entender algo.

Bajé la vista hacia mi café porque de pronto mirarlo directamente parecía demasiado.

—No quiero que acabes resintiéndome.

—Entonces tendrás que confiar un poco más en que soy adulto y relativamente capaz de tomar mis propias decisiones.

—Eso no me da ninguna paz.

—Empiezo a sospechar que nada te parecería apacible.

Eso me arrancó una pequeña risa involuntaria y el hizo lo mismo al verla. Y pensé en lo jodido que resultaba que aquello fuera un problema y que incluso cuando discutíamos seguíamos pareciendo nosotros.

Aquella noche terminamos en su sofá viendo una película ridícula de acción noventera cuyo argumento parecía haber sido escrito por hombres que nunca habían hablado con una mujer real en su vida. Llevábamos veinte minutos viéndola y ya habían explotado tres coches, dos edificios y probablemente parte de la lógica histórica.

—¿Por qué todos los científicos del cine parecen modelos de desodorante con doctorado falso? —murmuré mientras me acurrucaba un poco más contra él bajo la manta.

Tenía un brazo alrededor de mi cintura y acariciaba distraídamente mi pierna con el pulgar mientras observaba la pantalla.

—Porque el cine confía muy poco en la comunidad científica real.

—Eso es ofensivo para los científicos y para las personas con ojos.

Soltó una risa baja cerca de mi pelo.

—Llevas criticando la película cuarenta minutos y aun así sigues viéndola.

—Ahora ya es una cuestión de responsabilidad moral. Necesito descubrir hasta qué punto puede empeorar.

En la pantalla, el protagonista acababa de saltar desde un helicóptero en llamas sin sufrir absolutamente ninguna lesión relevante.

—Admiro mucho tu capacidad para indignarte con ficción absurda mientras sales conmigo voluntariamente. —Negó despacio con la cabeza.

Intenté fulminarlo con la mirada, pero él me besó la frente antes de que pudiera responder y el efecto de mi indignación quedó ligeramente comprometido.

La película siguió avanzando entre comentarios sarcásticos, discusiones sobre agujeros de guion y pausas ocasionales en las que Jason me acercaba más hacia él casi sin darse cuenta y, en la que

mi cuerpo, empezaba a asumir automáticamente que ese era un lugar seguro donde quedarse.

Él debió notar que llevaba varios minutos callada porque bajó la vista hacia mí mientras apartaba un mechón de pelo de mi cara.

—¿Sigues enfadada conmigo?

Negué suavemente con la cabeza.

—No estoy enfadada.

—Estás pensando demasiado. Que en tu caso es bastante parecido.

Suspiré un poco antes de apoyar mejor la cabeza sobre su pecho.

—Solo… no quiero repetir ciertos patrones.

Guardó silencio unos segundos antes de besarme la coronilla.

—No soy Taylor, ¿vale? Puedes estar tranquila.

La frase no sonó arrogante ni a la defensiva, e hizo que me doliera un poco menos el pecho.

En la pantalla alguien gritó dramáticamente mientras otro edificio explotaba sin motivo aparente.

Bajó el volumen cuando notó que empezaba a quedarme dormida. Yo seguía medio despierta, escuchando el sonido tranquilo de su respiración bajo mi mejilla y el movimiento lento de sus dedos acariciándome el brazo por encima de la manta, cuando comprendí qué era lo que realmente empezaba a asustarme: *Que cada vez costaba más imaginar cómo volvería a ser mi vida antes de él.*

Conclusión del día: Jason Clark sigue consiguiendo que todo parezca sencillo incluso cuando yo me empeño en complicarlo y, sinceramente, empiezo a sospechar que el verdadero riesgo ya no es enamorarme de él… sino descubrir que quizá ya no quiero una versión de mi vida donde él no esté.

22

Una semana perfecta, un martes horrible y el principio de la duda

Martes, 8 de abril

Estado actual: funcional en apariencia, ligeramente roto por dentro.

Cafés ingeridos: tres. Ninguno preparado por Jason, lo cual resulta ilógicamente deprimente.

Veces que he mirado el móvil hoy: las suficientes como para perder el derecho a burlarme de adolescentes con dependencia afectiva y listas de reproducción tituladas *sad girl era*.

Nivel de estabilidad actual: sospechosamente frágil.

Conclusión provisional: acostumbrarse a alguien es inquietantemente sencillo; desacostumbrarse, al parecer, bastante menos.

La semana pasada fue un desastre silencioso de esos que no parecen graves mientras ocurren, pero que dejan claro demasiado tarde que una ya ha cruzado ciertos límites sin darse cuenta. No hubo discusiones monumentales ni escenas melodramáticas bajo la lluvia. Nadie lanzó copas contra la pared ni escribió mensajes pasivo-agresivos después de media botella de vino y una crisis existencial cuidadosamente estetizada.

Jason empezó a aparecer en mi cocina cada mañana como si llevara años haciéndolo. Entraba descalzo, todavía medio dormido, se servía café sin preguntar dónde estaban las cosas y luego se apoyaba en la encimera mientras yo fingía revisar correos del trabajo cuando en realidad llevaba cinco minutos observando cómo se

remangaba la camiseta para prepararse algo de comer. Y lo más preocupante de todo era que dejó de parecerme raro.

Compartimos cenas improvisadas entre semana, compras rápidas en el supermercado y domingos viendo películas malas en el sofá mientras él discutía conmigo sobre agujeros de guion con una seriedad completamente innecesaria. En algún punto de aquellos días empezó a dejar libros abiertos en mi salón, cargadores junto a mi cama y notas pegadas en la nevera criticando mi incapacidad para comprar leche antes de que caducara.

Yo, por mi parte, dejé de devolverle camisetas. No de forma consciente. Simplemente dejaron de parecer prestadas.

Incluso discutíamos bien, que quizá era la señal más inquietante de todas. Él tenía la mala costumbre de escuchar de verdad cuando yo hablaba, incluso cuando estaba siendo poco razonable, y yo empezaba a detectar el momento exacto en que él necesitaba espacio antes siquiera de que lo pidiera.

Parecíamos una pareja. No una intensa ni una de esas que suben fotos en blanco y negro de sus manos entrelazadas con letras de Arctic Monkeys debajo.

Una pareja normal. De las que dan recelo precisamente porque funcionan demasiado dentro de la rutina.

Esta mañana había salido temprano de su piso para llegar a una reunión en la editorial, dejándolo todavía dormido entre las sábanas revueltas y con una mano perdida en el lado de la cama donde yo había estado apenas unos minutos antes. Recuerdo haberme quedado un instante quieta en la puerta del dormitorio, observándolo respirar profundamente con el pelo cayéndole sobre la frente y esa expresión relajada que solo aparecía cuando estaba dormido, y haber sentido una ternura tan parecida a la felicidad que tuve que obligarme a salir antes de quedarme allí mirándolo como una completa idiota.

Y probablemente por eso hoy dolió tanto.

A las once de la mañana me di cuenta de que Jason todavía no me había escrito. No parecía grave. Objetivamente no lo era. Las personas adultas trabajan, tienen reuniones, entregas, llamadas interminables y vida propia. Yo también lo sabía. La contrariedad fue descubrir que mi cuerpo no reaccionó como una persona racional y equilibrada. Reaccionó como alguien que ya se había acostumbrado demasiado rápido a una presencia constante.

Le escribí primero. Nada intenso. Solo una foto del café horrible de la oficina acompañada por el texto:

Esto podría utilizarse legalmente como disolvente industrial

Tardó casi dos horas en responder.

Dos horas.

Y sí, soy consciente de que eso no constituye abandono afectivo ni tragedia romántica. La gente tarda en responder mensajes constantemente sin que el mundo colapse.

Pero Taylor también empezó así. Con retrasos pequeños. Con distracciones razonables. Con *perdona, he tenido un día complicado*.

Y una vez que el cerebro relaciona ciertos patrones con dolor, deja de importar demasiado que la situación actual sea distinta. La ansiedad no destaca precisamente por su capacidad para contextualizar.

Cuando respondió finalmente con un:

Perdón, estoy enterrado vivo en el capítulo quince.

Intenté reaccionar como una persona mentalemente estable al contestar:

Sobrevive. creo en ti.

Incluso añadí un emoji. ¡Un emoji!

La gente sana los usa sin convertirlos en mecanismos desesperados de regulación afectiva. Yo, evidentemente, no.

Porque después dejé el móvil boca abajo sobre la mesa y lo miré cada pocos minutos como una aristócrata esperando noticias desde

el frente de guerra.

A las ocho de la tarde terminé saliendo al rellano con la excusa bastante pobre de bajar una bolsa de basura que claramente podría haber esperado hasta la mañana siguiente. Y, por supuesto, el universo decidió recompensar mi dignidad inexistente colocando a Jason justo delante de mí.

Acababa de salir de su piso con el portátil bajo el brazo y el teléfono pegado a la oreja mientras intentaba cerrar la puerta usando el hombro.

—No, Bárbara, lo sé —decía con voz cansada, pasándose una mano por el pelo antes de soltar una exhalación agotada—. Lo tendrás mañana. Sí. Mañana sigue siendo una fecha real y alcanzable.

Levantó la vista al verme y sonrió solo un segundo.

Pero fue suficiente para que algo dentro de mí se relajara automáticamente y lo odié un poco por ello.

Terminó la llamada enseguida, guardó el móvil en el bolsillo trasero del pantalón y caminó hacia mí con esa familiaridad tranquila que compartíamos últimamente.

—Hola —murmuró al llegar a mi altura, inclinándose automáticamente para besarme.

Giré apenas la cara. El beso terminó rozándome más la mejilla que la boca. El cambio fue mínimo. Prácticamente imperceptible. Pero él lo notó al instante.

Claro que lo notó.

Se quedó quieto un segundo antes de apartarse despacio y dejar el portátil en el suelo junto a la pared del rellano mientras me observaba con más atención.

—Vale… —señaló alargando un poco la palabra, como si estuviera intentando averiguar dónde acababa de pisar una mina antipersona —. ¿Qué está pasando?

Negué demasiado rápido.

—Nada.

Soltó una pequeña exhalación cansada y apoyó una mano en la pared detrás de él antes de volver a mirarme con esa paciencia peligrosa suya que normalmente me hacía hablar aunque no quisiera.

—Rouster, dispara de una vez.

Ahí estaba el tono.

El de *por favor, no me hagas arrancarte las cosas palabra por palabra*.

Me crucé de brazos casi sin darme cuenta.

Mala señal.

—Hoy has estado raro.

—He estado trabajando —respondió él con calma, aunque la fatiga seguía pegada a su voz.

—Ya.

Inclinó ligeramente la cabeza.

—¿*Ya* qué significa exactamente?

Desvié la mirada hacia las escaleras porque sostenerle los ojos empezaba a parecer demasiado complicado.

—Significa que entiendo perfectamente la situación.

—Por cómo lo dices, diría que no demasiado.

Solté una risa breve, sin humor, y reajusté la bolsa de basura entre las manos solo para tener algo que hacer.

—Has tardado dos horas en responderme un mensaje y luego nada en toda el maldito día. Por no mencionar que te he visto ahora, de pura casualidad —acabé admitiendo al final, intentando que sonara casual aunque claramente no lo consiguió.

Pestañeó una vez. Luego otra. Después dejó caer la cabeza un instante hacia atrás, apoyándola contra la pared del rellano antes de mirarme otra vez.

—Caroline… estaba trabajando.

—Lo sé.

—No, en serio. Trabajando de verdad —insistió señalando el portátil del suelo con un gesto agotado de la mano—. Llevo todo el día encerrado intentando evitar que Bárbara me asesine públicamente.

Intenté sonreír. El gesto apenas me salió a medias.

—Lo sé.

Y lo cierto es que sí lo sabía. Sabía perfectamente que Jason no estaba ignorándome por crueldad ni perdiendo interés de forma súbita y dramática. Sabía que tenía presión editorial, fechas de entrega y una agente capaz de convertir una llamada telefónica en una experiencia cercana al interrogatorio militar.

Jason debió notar el cambio en mi cara porque algo en su expresión se suavizó inmediatamente. Dio un paso más cerca y bajó automáticamente el tono al hablar.

—Caroline… ¿qué está pasando realmente?

Bajé la vista hacia la bolsa de basura que seguía sujetando como una idiota y me pregunté fugazmente en qué momento tirar desperdicios se había convertido en una crisis sentimental de intensidad media.

—No quiero convertirme en la parte de tu vida que empiezas a apartar cuando el resto se complica —admití al final, más bajo.

La frase quedó suspendida entre nosotros varios segundos. Jason dejó de parecer confundido, solo cansado de una forma completamente distinta. Más personal e incluso más triste.

Se pasó una mano por la nuca antes de responder.

—No puedes compararme con alguien cada vez que tengo un mal día.

—No te estoy comparando.

—Lo estás haciendo ahora mismo.

—Estoy intentando protegerme —claudiqué.

Jason cerró los ojos un instante, claramente esforzándose por mantener la paciencia.

—¿Protegerte de qué exactamente? ¿De que trabaje un martes?

La frase salió más seca de lo que pretendía y él mismo maldijo por lo bajo inmediatamente después, arrepintiéndose al momento. Pero el golpe ya había llegado igual.

Me enderecé un poco.

—Vale. Perfecto.

—No, no es eso lo que quería decir —se apresuró a corregir mientras daba un paso hacia mí—. Joder, Caroline…

—No pasa nada.

—Sí pasa.

Pero yo ya había empezado a retroceder porque aquella sensación la conocía demasiado bien. La de empezar a molestar. La de convertirme poco a poco en una exigencia más dentro de la vida de alguien.

Volvió a acercarse.

—No puedes pedirme que esté aquí y castigarme cada vez que no consigo estar exactamente como tú necesitas.

Eso sí dolió por la razón que tenía. Y las personas que tienen parte de razón resultan especialmente insoportables durante una discusión.

Tragué saliva antes de responder.

—No te estoy castigando.

—Entonces dime qué estás haciendo.

Abrí la boca y no supe contestar.

Porque la verdad era muchísimo menos elegante de lo que me gustaría admitir.

Estaba asustada. Asustada de necesitarlo demasiado.

Asustada de acostumbrarme. Asustada de que algún día dejara de mirarme como lo hacía ahora.

—Rouster… —murmuró esta vez mucho más suave.

Pero fui yo quien negó despacio con la cabeza.

—Creo que hoy necesito dormir en mi casa.

El silencio posterior fue horrible precisamente porque ninguno de los dos quería discutir realmente. Jason tardó unos segundos en asentir.

—Vale.

Solo eso.

Vale.

Sin insistir. Sin intentar convencerme.

Recogí otra vez la bolsa de basura aunque ya ni siquiera recordaba por qué seguía llevándola en la mano. Y él se agachó para coger el portátil del suelo y durante un instante permanecimos mirándonos en mitad del rellano, separados apenas por un metro de distancia y por algo mucho más incómodo que el espacio físico.

Luego cada uno entró en su piso.

Sin beso. Sin buenas noches. Sin esa calidez tranquila que había llenado toda la semana anterior.

Aquella noche dormí sola por primera vez desde que estábamos juntos.

Y lo peor fue descubrir cuánto podía notarse la ausencia de alguien incluso cuando dormía justo al otro lado de la pared.

Conclusión del día: Jason Clark no ha hecho nada especialmente grave y quizá por eso esto da todavía más miedo, porque empiezo a sospechar que el problema ya no está en lo que él haga o deje de hacer… sino en lo mucho que me afecta cualquier mínima posibilidad de perder lo que estamos construyendo.

23

Comida tailandesa y la primera vez que dormir sola no fue casual

Miércoles, 9 de abril

Estado actual: *aparentemente funcional, internamente agotador.*

Cafés ingeridos: *dos. Uno frío porque me olvidé de beberlo mientras analizaba una conversación de doce minutos como si fuera una prueba judicial.*

Veces que me he dicho «estás exagerando»: *suficientes para empezar a sospechar que quizá no del todo.*

Nivel de tranquilidad actual: *artificial.*

Conclusión provisional: *a veces las relaciones no empiezan a romperse durante las discusiones; empiezan cuando uno de los dos deja de sentirse completamente seguro dentro de ellas.*

Me he pasado todo el día intentando actuar como una persona razonable.

Que, en teoría, debería ser sencillo.

Jason y yo no habíamos roto. Ni siquiera habíamos discutido de verdad. Técnicamente, lo único que había ocurrido era una conversación incómoda en un rellano y una noche durmiendo separados después de una semana entera compartiendo cama prácticamente a diario.

Eso era todo.

Y, sin embargo, el problema de ciertas grietas pequeñas es que una vez las ves, ya no puedes fingir que la pared sigue intacta.

Intenté trabajar. Intenté concentrarme. Pretendí no mirar el móvil cada diez minutos esperando un mensaje suyo que demostrara que todo seguía exactamente igual.

Lo infame fue admitir que ni siquiera necesitaba grandes gestos. Me habría bastado un: *sigo vivo,* o un: *Bárbara va a acabar conmigo*

Cualquier cosa absurda y cotidiana que devolviera las cosas a nuestro punto habitual.

Pero el mensaje no llegó. Y cuanto más avanzaba el día, más consciente me volvía de algo profundamente injusto: *echaba de menos a Jason incluso enfadada con él.*

A las siete y cinco llamaron a mi puerta.

Abrí demasiado rápido. Él estaba allí sosteniendo una bolsa de comida tailandesa y una expresión cansada que parecía haber pasado un día igual de malo que el mío.

—He traído cena de reconciliación —anunció mientras levantaba ligeramente la bolsa—, aunque técnicamente todavía no hemos roto nada y me gustaría conservar esa racha.

—Ah, bien. Sigue existiendo una posibilidad estadística de que no me odies.

Me aparté para dejarle entrar.

—Eso depende de lo buena que sea la comida.

—Perfecto. Mi estabilidad vuelve a depender del curry. Me siento coherente con mis decisiones vitales.

Entró en el piso con la tranquilidad de siempre, dejando la comida sobre la mesa. Abrió los armarios correctos sin preguntar dónde estaban los platos. Yo me apoyé en la encimera observándolo mientras intentaba ignorar la sensación extraña que llevaba todo el día instalada en el pecho.

—¿Cómo ha ido el trabajo? —preguntó él mientras abría uno de los recipientes.

—Bien.

Levantó la vista inmediatamente.

—Vale. Eso ha sonado exactamente igual que cuando las personas dicen *no pasa nada* mientras consideran un asesinato.

—No estoy considerando asesinarte.

—El hecho de que hayas necesitado especificarlo no me calma demasiado.

Solté una pequeña risa. Y aun así algo seguía raro.

Era evidente en la manera en que empezó a observarme más de cerca mientras cenábamos en el sofá, como si estuviera intentando localizar el punto exacto donde me había empezado a retirar.

Porque eso era lo que estaba haciendo.

Retirándome de forma pequeña, sutil, pero firme.

Contestando demasiado rápido, pensando demasiado cada frase. Midiendo incluso la forma en que lo tocaba.

Él dejó finalmente el recipiente de comida sobre la mesa y se giró hacia mí con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Por qué estás actuando como si fueras mi compañera de piso y no la mujer con la que estoy saliendo?

La pregunta me pilló tan desprevenida que me quedé mirándolo varios segundos.

—No estoy actuando raro.

Jason arqueó una ceja lentamente.

—Caroline, llevas veinte minutos hablándome igual que le hablarías a un contable.

Suspiré y dejé el tenedor sobre la caja de comida.

—Solo estoy intentando que todo vuelva a la normalidad.

Soltó una risa breve, sin humor, y se pasó una mano por la nuca antes de responder.

—Ese es exactamente el problema. Que para ti *normalidad* significa empezar a poner distancia en cuanto algo te importa

demasiado.

—No estoy poniendo distancia.

—Ayer decidiste dormir sola por primera vez desde hace semanas porque tardé dos horas en responder un mensaje.

—No fue por eso.

—Entonces explícame qué fue.

Abrí la boca y la cerré otra vez. Porque la respuesta real sonaba demasiado fea incluso dentro de mi propia cabeza.

Me observó unos segundos más antes de apoyar los codos sobre las rodillas y mirarme directamente.

—No sé qué hacer contigo cuando te asustas —dejó escapar una pequeña exhalación y negó suavemente con la cabeza.

—No me estoy asustando.

—Caroline, anoche me mirabas como si estuvieras esperando descubrir en qué momento voy a convertirme en otra persona.

—Taylor empezó así —admití al final, con la vista fija en mis manos—. Al principio todo era perfecto y luego empezó a cansarse de tener que hacer hueco para mí en su vida.

Se inclinó hacia atrás en el sofá y se frotó la mandíbula despacio.

—No soy ese tío, joder. Y me estoy cansando de escuchar ese nombre de manera constante.

—Lo siento si te molesta tanto, pero no puedo evitarlo, me sale solo, y no es porque él esté en mi cabeza como hombre, más bien como trauma. Sé que tienes que estar cansado de escucharlo.

—No parece que lo sepas.

La frase me sacudió el pecho puesto que no sonó cruel. Sonó herida. Y por eso me di cuenta de que Jason llevaba días intentando demostrarme algo que yo seguía esperando que se rompiera solo.

El silencio se volvió a hacer hueco entre nosotros, incómodo esta vez, hasta que terminé acercándome primero.

No porque hubiera resuelto nada, no porque de repente todo estuviera bien. Simplemente porque no soportaba seguir sintiendo aquella distancia entre nosotros.

Lo besé antes de pensarlo demasiado y él respondió inmediatamente, rodeándome la cintura y acercándome hacia él con una confianza automática que normalmente conseguía desarticularme en segundos. Y quizá precisamente por eso esta vez fue distinto. Ya que mientras lo besaba era consciente de mí misma todo el tiempo.

Demasiado consciente de cómo estaba respirando, de dónde colocaba las manos, de si aquello arreglaba algo o solo lo aplazaba.

Me llevó hasta el dormitorio sin dejar de besarme, pero incluso allí había algo extraño en la forma en que intentábamos encontrarnos. No fue torpe. Ni frío. Ni mucho menos malo. Fue mecánico. Como si ambos estuviéramos intentando recuperar algo que el día anterior había quedado ligeramente desplazado.

Me depositó sobre la cama con cuidado y se colocó encima de mí, sus manos recorriendo mi cuerpo con libertad precisa. Me quitó la ropa con movimientos seguros, casi ensayados, y yo hice lo mismo con la suya. Nuestras bocas seguían unidas, pero el beso tenía una determinación más que un hambre. Cuando su piel caliente rozó la mía, sentí su erección firme contra mi muslo, lista, pero el contacto carecía de aquella electricidad del día anterior.

Separó mis piernas con suavidad y bajó la cabeza entre ellas. Su lengua me acarició con destreza, recorriendo mis pliegues ya húmedos, succionando mi clítoris con la presión exacta que sabía que me gustaba. Gemí y arqueé la espalda, porque el placer era real, pero incluso eso se sentía… ejecutado. Sus dedos entraron en mí poco después, curvándose con precisión, moviéndose en un ritmo constante y perfecto que pronto me tuvo jadeando. Sin embargo, mis manos en su pelo buscaban algo más, algo que no terminaba de llegar.

—Ven aquí —susurré, tirando de él.

Se incorporó, se posicionó entre mis muslos y empujó dentro de mí de una sola vez, llenándome por completo. Soltamos un gemido al unísono. Empezó a moverse con embestidas profundas y controladas, sus caderas chocando contra las mías en un compás fluido y fuerte. Cada vez que entraba hasta el fondo, una oleada de placer se extendía dentro de mí, cálida y densa. Envolví sus caderas con las piernas y clavé los dedos en su espalda, sintiendo sus músculos tensos bajo mis uñas.

Sus manos sujetaban mis caderas con firmeza, guiándome para que recibiera cada embestida. Nuestros cuerpos se acoplaban a la perfección, sudorosos y resbaladizos, pero había un silencio extraño entre los gemidos. Como si estuviéramos follando con la memoria de lo que habíamos sido el día anterior, intentando invocar esa misma intimidad.

Aceleró el ritmo, más duro, más profundo. Su boca buscó mi cuello, mordiendo suavemente mientras entraba y salía de mí con una cadencia casi desesperada. Yo me contraía alrededor de su grosor, sintiendo cada vena, cada pulso, y el placer subió rápido, intenso, casi técnico. Cuando llegué al orgasmo, fue fuerte y repentino: un espasmo largo que me hizo apretarlo con fuerza dentro de mí, gimiendo su nombre contra su hombro.

Él me siguió poco después, empujando hasta el fondo y quedándose allí mientras se corría con un gruñido ronco, su cuerpo temblando sobre el mío.

El placer había sido genuino… sin embargo, esa ligera distancia seguía flotando entre nosotros, como si hubiéramos recuperado el cuerpo, pero no del todo el alma del día anterior.

Después nos quedamos tumbados en silencio bajo las sábanas revueltas mientras la luz de la calle se colaba débilmente por la ventana.

Yo tenía la cabeza apoyada sobre su pecho y él me acariciaba distraídamente el brazo.

Y aun así algo seguía sin encajar. Lo percibí en la manera en que él dejó de mover la mano poco a poco antes de hablar.

—¿Por qué siento que estás aquí intentando no estarlo del todo?

Cerré los ojos, él había tardado exactamente dos minutos en descubrirlo.

—No lo sé.

—Eso es mentira — soltó una pequeña risa agotada.

—Porque cuanto más me importas, más fácil siento que sería perderme dentro de esto.

El silencio posterior fue tan largo que terminé levantando ligeramente la cabeza para mirarlo. Jason estaba observando el techo con la mandíbula tensa.

—No sé cuánto tiempo puedo seguir intentando demostrarte que no soy otra persona.

Las palabras se desplomaron lentamente entre nosotros. Sin fuerza. Sin regaño. Y justamente por eso caló hondo. No intentaba hacerme sentir culpable. Solo estaba siendo sincero.

Se incorporó finalmente, pasándose una mano por el pelo antes de empezar a vestirse en silencio.

—¿Te vas? —inquirí aunque la respuesta era bastante evidente.

Se quedó de pie unos segundos ajustándose la camiseta antes de mirarme.

—Creo que esta noche deberíamos dormir separados otra vez.

Asentí despacio.

Entendía perfectamente por qué.

Él se inclinó para besarme la frente antes de salir del dormitorio. Y unos segundos después escuché la puerta de mi piso cerrarse suavemente.

Me quedé tumbada en la cama mirando el techo durante muchísimo tiempo. Y entendí que la distancia ya no era una teoría.

Ahora podía oírse.

Conclusión del día: quizá el verdadero problema nunca fue enamorarme de Jason Clark; quizá el problema es que cuanto más real empieza a sentirse esto, más evidente se vuelve el miedo absurdo y agotador de acabar destruyendo algo bueno antes siquiera de permitirme vivirlo del todo.

24

Amelia Clark, dos copas de vino y una cantidad ofensiva de lucidez

Domingo, 13 de abril

Estado actual: *aparentemente estable, internamente ridículo.*

Cafés ingeridos: *demasiados para alguien que lleva tres días funcionando básicamente a base de ansiedad y orgullo mal gestionado.*

Veces que he estado a punto de llamar a la puerta de Jason: *suficientes para perder completamente cualquier superioridad moral en futuras discusiones.*

Nivel de dignidad actual: *teórico.*

Conclusión provisional: *vivir pared con pared con alguien al que intentas olvidar temporalmente debería requerir supervisión psicológica profesional.*

Después de tres días evitando coincidir incluso dentro del mismo edificio, descubrí algo profundamente humillante: ya reconocía perfectamente los sonidos de Jason al otro lado de la pared.

Sabía cuándo salía por la mañana porque escuchaba el ruido amortiguado de su puerta seguido de esos pasos rápidos suyos por el rellano, siempre ligeramente desacompasados, como si su cerebro estuviera ya en otro sitio antes que el resto del cuerpo. Sabía cuándo estaba escribiendo porque el silencio cambiaba; se volvía más concentrado, más quieto, interrumpido solo por el sonido ocasional de una silla moviéndose o música baja atravesando la pared.

Y lo malo era que había empezado a organizarme alrededor de esa ausencia igual que antes me organizaba alrededor de su

presencia.

Si escuchaba el ascensor subir, esperaba unos minutos antes de salir. Si oía movimiento en su cocina, retrasaba sacar la basura. El jueves incluso me quedé quieta dentro de mi piso con la mano apoyada sobre el pomo de la puerta porque reconocí su voz en el rellano y, por alguna razón completamente patética, no me sentí preparada para verlo.

Tres días viviendo pared con pared con alguien con quien hasta hacía menos de una semana me despertaba enredada entre sábanas.

Y ahora parecíamos dos vecinos devastados protagonizando una película europea excesivamente premiada.

Lo más molesto era que la distancia no estaba ayudando. En teoría aquello debía tranquilizarme, darme perspectiva y recordarme que todavía sabía funcionar sola, que mi estabilidad psicológica no dependía de un escritor con tendencia a mirarme como si acabara de descubrir un concepto fascinante sobre la condición humana.

En la práctica, lo único que estaba consiguiendo era echarlo de menos con una intensidad cada vez más ridícula.

Porque ya no echaba de menos solo a él, también la versión de mi vida en la que él ocupaba los vacíos.

Esta mañana incluso me sorprendí pensando en contarle algo gracioso que había pasado en la editorial antes de recordar, varios segundos después, que técnicamente llevábamos casi media semana sin hablar.

El cerebro humano es una experiencia degradante.

A las cinco y media de la tarde terminé saliendo a comprar cualquier excusa mínimamente válida para abandonar el piso. Volví veinte minutos después cargada con una bolsa de supermercado que contenía exactamente tres cosas necesarias y otras siete claramente adquiridas en un estado de deterioro sentimental moderado.

Estaba buscando las llaves dentro del bolso cuando escuché una voz detrás de mí.

—Vale, esto ya ha dejado de ser una pelea sexy entre vecinos atractivos y empieza a parecer cine independiente escandinavo.

Me giré sobresaltada. Amelia estaba apoyada contra la pared junto al ascensor y esa expresión tranquilamente observadora que empezaba a darme auténtico miedo.

—Hola a ti también —murmuré mientras volvía a rebuscar dentro del bolso, más para evitar su mirada que porque realmente necesitara seguir buscando nada.

Amelia se incorporó despacio y cruzó el rellano hacia mí.

—Jason me ha contado por encima que habéis tenido problemas. Aunque *por encima*, en el lenguaje de mi hermano, significa aproximadamente cuatro frases, una mirada al vacío y escribir ciento veinte páginas en tres días.

No pude evitar una pequeña risa cansada. Amelia la detectó inmediatamente y señaló hacia mi cara con el dedo.

—Ah, bien. Sigue existiendo actividad neuronal básica. Eso simplifica bastante las cosas.

—No ha sido exactamente una pelea.

—Perfecto —replicó ella entrando ya en tono de diagnóstico clínico no solicitado—. Entonces ha sido una de esas conversaciones horribles entre adultos donde nadie grita pero ambos terminan destruidos.

La precisión fue tan acometida que terminé soltando aire por la nariz en algo muy parecido a una carcajada.

—¿Te apetece hablar mientras tomamos vino? —preguntó suavizando ligeramente el tono—. Porque honestamente mi hermano lleva tres días caminando por su piso como un profesor universitario recién divorciado y necesito intervenir antes de que empiece a escuchar jazz triste voluntariamente.

La imagen mental de Jason deprimido escuchando jazz fue tan absurda que acepté antes siquiera de planteármelo demasiado.

Terminamos en un pequeño bar del barrio con luces cálidas, mesas diminutas y vino demasiado caro para un sitio que seguía sirviendo aceitunas de bote. Amelia pidió una botella entera sin consultarme primero y aquello me cayó bien de inmediato.

—Vale —dijo mientras llenaba nuestras copas y se acomodaba frente a mí—. Cuéntame qué demonios está pasando entre vosotros.

Suspiré lentamente y rodeé la copa con ambas manos.

—Creo que Jason quiere que esto avance más rápido de lo que yo puedo gestionar.

Amelia inclinó ligeramente la cabeza mientras jugueteaba con el tallo de su copa.

—¿Más rápido o más profundo?

La pregunta me pilló completamente desprevenida. Porque si era sincera conmigo misma, la velocidad nunca había sido realmente el problema. Todo lo demás sí.

—No lo sé —admití finalmente.

Me observó unos segundos con esa calma insoportable de las personas que ya conocen la respuesta antes de que tú la formules.

—Mi hermano está muy pillado contigo.

—Amelia…

—No, en serio —insistió inclinándose hacia delante sobre la mesa —. Mi hermano lleva tres días mirando el móvil como si quisiera demandarlo por negligencia y ayer se quedó completamente quieto en mitad de mi cocina porque alguien mencionó comida tailandesa.

No pude evitar reírme. Había echado muchísimo de menos reírme de algo relacionado con Jason.

—Lo que intento decir —continuó mientras daba un pequeño giro a la copa entre los dedos— es que él no se está alejando de ti, Caroline. Está intentando quedarse.

Aquello me impactó más porque desmontaba completamente la lógica defensiva que llevaba días construyendo dentro de mi cabeza.

Bajé la mirada hacia el vino.

—No tengo miedo al compromiso —continué después de unos segundos, acariciando distraídamente el borde de la copa con el pulgar—. Tengo miedo de convertirme en una carga para alguien otra vez.

La sinceridad salió antes de que pudiera filtrarla. Amelia dejó lentamente la copa sobre la mesa.

—¿Sabes cuál es el problema de las personas que intentan no molestar nunca? —preguntó mientras se acomodaba mejor en la silla.

Negué despacio.

—Que terminan creyendo que necesitar algo de alguien ya es molestar.

El murmullo del bar seguía alrededor como un ruido lejano y cálido. Me quedé mirando el vino varios segundos antes de volver a hablar.

—¿Te ha contado algo más?

—Mi hermano no habla demasiado de sí mismo cuando algo le importa de verdad. Se vuelve insoportablemente introspectivo y empieza a escribir escenas de sexo mejores.

Volví a reírme, esta vez de verdad.

—Pero sí me dijo una cosa —añadió ella suavizando ligeramente la voz mientras volvía a mirarme—. Me dijo que contigo siente que siempre está intentando convencerte de que no va a desaparecer.

La frase me dejó completamente quieta por la verdad que traía, y Amelia bebió un poco más de vino antes de continuar.

—Por cierto, mi hermano tuvo una novia hace años que terminó dejándolo porque decía que vivir con alguien tan metido en su

cabeza era agotador. Así que créeme, él también está bastante aterrorizado aunque disimule mejor.

Aquello terminó de desvencijar todos mis cimientos porque era muchísimo más fácil convertir a Jason en alguien invulnerable que aceptar que él también podía estar intentando protegerse.

Salimos del bar casi dos horas después y el aire frío de la noche despejó ligeramente mi cabeza mientras caminábamos de vuelta al edificio. Amelia se detuvo frente al portal y me señaló con un dedo.

—No hagas ninguna estupidez basada en orgullo, Caroline. Sois agotadores juntos, pero de una forma bastante encantadora.

—Suena casi a un insulto.

—Lo era parcialmente —admitió encogiéndose ligeramente de hombros.

Nos abrazamos antes de despedirnos y subí sola hasta mi piso. El rellano estaba en silencio, abrí la puerta y me puse a salvo en mi apartamento.

Y entonces lo escuché. Música baja al otro lado de la pared. Él estaba tan cerca que bastaría caminar unos metros y llamar a su puerta para terminar con aquellos tres días absurdos de distancia.

Me quedé quieta en mitad del salón varios segundos, con las llaves todavía en la mano y unas ganas completamente burlescas de hacerlo.

Pero no me moví. Ya no necesitaba verlo para notar su ausencia, me bastaba con no escucharlo.

Conclusión del día: Amelia Clark tiene una cantidad grotesca de lucidez, Jason sigue al otro lado de la pared y empiezo a sospechar que el verdadero problema nunca fue que esto pudiera salir mal… sino lo muchísimo que quiero ya que salga bien.

25

Miradas desde el otro lado del bar y otras formas sofisticadas de sufrir

Lunes, 14 de abril

Estado actual: *aparentemente funcional, internamente ridículo.*

Cafés ingeridos: *tres, todos utilizados como soporte psicológico encubierto.*

Veces que me he dicho «esto era necesario»: *suficientes para convertirlo oficialmente en propaganda interna.*

Veces que me lo he creído de verdad: *preocupantemente pocas.*

Nivel de estabilidad actual: *operativo, aunque claramente construido sobre materiales de baja calidad.*

Conclusión provisional: *echar de menos a alguien que sigue viviendo pared con pared contigo es una experiencia sorprendentemente humillante.*

Existe una narrativa bastante extendida sobre la distancia sentimental que insiste en que, cuando una decisión es correcta, el cuerpo termina notándolo antes que la cabeza. Como si el alivio apareciera poco a poco, sustituyendo el ruido por claridad y la ansiedad por una especie de calma madura y perfectamente gestionada.

No estaba siendo mi caso. Lo que sentía no era alivio. Era ausencia y, además, constante. Como si alguien hubiera retirado un elemento de mi rutina que yo no había entendido que sostenía parte de la estructura hasta el momento exacto en que dejó de estar.

Después de casi una semana evitando a Jason, mi vida había empezado a adquirir una cualidad extrañamente silenciosa. Ya no

había cafés improvisados por la mañana ni mensajes absurdos a mitad del día. No había discusiones sobre películas malas ni notas sarcásticas pegadas en mi nevera criticando mi capacidad para sobrevivir únicamente a base de pasta y desidia nutricional.

Aquella mañana me descubrí mirando el móvil después de salir de una reunión complicada en la editorial, preparada para escribirle automáticamente algo como: *Si vuelvo a escuchar la expresión sinergia de marca voy a lanzarme al Támesis*

Tardé unos segundos en recordar que ya no estábamos haciendo eso. El cerebro humano, una vez más, resultaba patético y lento para adaptarse a ciertas pérdidas.

A las seis de la tarde terminé aceptando la propuesta de Sophie de tomar algo después del trabajo porque quedarme sola en casa empezaba a parecer una actividad psicológicamente cuestionable.

Terminamos en un pequeño bar cerca de Soho con luces cálidas, mesas diminutas y camareros que parecían juzgar activamente a cualquiera que pidiera licor barato.

Sophie llevaba exactamente siete minutos observándome por encima de la copa antes de hablar. Apoyó un codo sobre la mesa y entrecerró ligeramente los ojos con expresión analítica.

—Vale —dijo finalmente mientras dejaba el vino delante de ella —. Puedes seguir fingiendo normalidad todo lo que quieras, pero tienes exactamente la cara de una mujer que está intentando no mandar un mensaje bochornoso.

Le lancé una mirada cansada mientras arrancaba distraídamente la etiqueta de la botella de agua.

—Qué alentador descubrir que transmito estabilidad.

—Transmites tensión sexual reprimida y problemas de apego — replicó antes de llevarse la copa a la boca—. No es exactamente lo mismo.

Apoyé la espalda en la silla derrotada.

—Estamos tomando distancia.

Mi amiga hizo una mueca escéptica mientras dejaba la copa otra vez sobre la mesa.

—Sí, ya. Esa expresión adulta que la gente utiliza cuando en realidad quiere decir: *estamos sufriendo de forma sofisticada.*

—No estamos sufriendo.

—Caro—insistió inclinándose ligeramente hacia delante—, llevas cinco días vistiendo como si fueras la protagonista de un drama romántico ambientado en un otoño perpetuo.

Bajé automáticamente la vista hacia mi jersey gris.

—Esto es un jersey normal.

—Eso es exactamente lo que diría alguien en trance existencial.

Iba a responder algo sarcástico cuando levantó ligeramente las cejas mirando detrás de mí. Después sonrió despacio.

—Vale —murmuró inclinándose apenas sobre la mesa—. No quiero alarmarte, pero el escritor triste acaba de entrar.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi dignidad.

Me giré demasiado rápido y lo vi entrando en el bar con el portátil bajo el brazo y el abrigo gris oscuro que llevaba prácticamente siempre cuando estaba trabajando demasiado. Tenía el pelo un poco despeinado, como si se hubiera pasado la mano por él demasiadas veces durante el día, y la expresión cansada de alguien que llevaba horas encerrado dentro de su propia cabeza.

Dios.

Lo había echado muchísimo de menos. No de una forma abstracta, sino físicamente.

La manera de moverse. Su voz cuando pidió un whisky al camarero. La forma distraída en que dejó el móvil sobre la barra mientras se quitaba el abrigo.

Durante unos segundos me limité a observarlo desde el otro lado del bar con una sensación extraña en el pecho, como si mi cerebro

estuviera intentando recolocar de golpe algo que llevaba demasiados días fuera de sitio.

Jason todavía no nos había visto. Parecía agotado y triste.

Sophie siguió mi mirada unos segundos antes de volver a mirarme a mí. Entonces dejó lentamente la copa sobre la mesa y negó con auténtica fascinación.

—Dios mío —murmuró—. Estás enamorada de él hasta niveles preocupantes.

—No dramatices.

—Amiga —continuó señalándome ligeramente con el dedo—, acabas de mirarlo como si fuera el último hombre disponible del hemisferio occidental.

—Eso es una exageración ridícula.

—Tu mirada es de película romántica con presupuesto medio y banda sonora *indie.*

No pude evitar una pequeña risa, aunque el calor ya empezaba a subirme incómodamente por el cuello.

Iba a responder algo cuando levantó la vista y me vio.

El cambio en su expresión fue mínimo, pequeñísimo, y aun así suficiente. Se quedó quieto un segundo con el vaso todavía en la mano antes de mirarme de esa manera intensa y silenciosa que parecía atravesarme demasiado rápido.

Ninguno apartó la mirada inmediatamente.

Durante cinco días había conseguido convencerme de que la distancia estaba funcionando al menos un poco. Hasta que Jason me miró y mi cuerpo reaccionó como si alguien acabara de devolver oxígeno a una habitación cerrada.

Sophie observó la escena con el entusiasmo antropológico de alguien viendo desarrollarse un documental especialmente interesante. Después se recostó en la silla y se llevó una mano al pecho.

—Madre de Dios. Esto ya ni siquiera es tensión romántica. Esto es directamente un problema de salud pública.

—Sophie… —murmuré sin apartar todavía del todo la mirada de Jason.

—No, en serio —continuó ella bajando la voz con dramatismo—. Si seguís mirándoos así, alguien va a acabar embarazada solo por proximidad visual.

Aquello me hizo reír de verdad. Él debió verlo desde la barra porque algo en su expresión se suavizó apenas. Después ocurrió algo muchísimo peor.

Él dudó. Lo vi claramente. Miró hacia nuestra mesa. Después hacia el whisky. Después otra vez hacia mí.

Como si estuviera decidiendo si acercarse o no. Y durante esos segundos descubrí algo horrible: *quería desesperadamente que viniera.*

Pero no se movió. Terminó el whisky lentamente, habló un momento con el camarero y volvió a ponerse el abrigo.

La decepción me atravesó tan rápido que ni siquiera pude disimularla bien. Sophie la detectó inmediatamente. Apoyó una mano sobre la mesa y me miró con una mezcla de compasión y resignación.

—Oh, cariño…

—No digas *oh, cariño* —protesté—. Nunca pasa nada bueno después de *oh, cariño*.

Levantó la vista una última vez antes de marcharse. Y aquella mirada fue incluso peor que la primera, ya que había algo contenido en ella.

Después salió del bar. Y el vacío que dejó detrás fue completamente desproporcionado para una persona que técnicamente solo acababa de cruzar una puerta.

Bebió vino observándome en silencio unos segundos antes de hablar:

—Vale. Tengo una noticia buena y una mala.

Me dejé caer un poco más contra el respaldo de la silla.

—Sorpréndeme.

—La buena —dijo levantando un dedo— es que ese hombre está locamente enamorado de ti.

Suspiré y me froté la frente con cansancio.

—¿Y la mala?

Dio otro sorbo al vino antes de responder, observándome por encima del borde de la copa.

—Que te has pasado un rato mirándolo como si quisieras besarlo y eliminarlo del local al mismo tiempo, lo cual no transmite precisamente paz interior.

Solté una risa breve.

—Eso sigue siendo menos preocupante que admitir que quiero cruzar la calle y preguntarle por qué demonios no ha venido a hablar conmigo.

—Oh, amiga —murmuró dejando lentamente la copa sobre la mesa—. El problema no es que quieras hacerlo.

Entrecerré ligeramente los ojos.

—¿Y cuál es el problema entonces?

—Que estabas convencida de que él vendría igualmente.

Sus palabras se quedaron suspendidas entre nosotras mientras yo sostenía la botella de agua, observando el líquido transparente como si en algún momento fuera a ofrecerme una respuesta mínimamente digna.

Me molestaba tener que admitir que, incluso después de todos aquellos días de silencio absurdo, una parte de mí seguía esperando que fuera él quien cruzara la distancia primero. Como si quererlo me pareciera aceptable, pero necesitar que también me eligiera activamente siguiera resultándome demasiado arriesgado.

Volví sola a casa una hora después.

El rellano estaba vacío. Silencioso. Abrí la puerta de mi piso, dejé el bolso sobre el sofá y me quedé quieta unos segundos escuchando.

Nada.

Ni música. Ni pasos. Ni el sonido amortiguado de su teclado. Varios minutos después, escuché finalmente la puerta de Jason abrirse al otro lado de la pared.

Mi cuerpo entero reaccionó.

Esperé escuchar pasos acercándose. Un golpe suave en mi puerta. Y lo más triste de toda aquella situación era que empezaba a echar de menos incluso las versiones imaginarias de las cosas que quería que pasaran

No ocurrió.

Conclusión del día: Jason Clark sigue siendo capaz de desmontarme desde el otro lado de un bar, Sophie debería cobrar por diagnóstico y empiezo a pensar que mantener distancia de alguien al que quieres, quizá solo sirve para descubrir exactamente cuánto lo quieres.

26

La maleta

Viernes, 18 de abril

Estado actual: *funcional de cara al mundo, completamente insostenible de puertas para dentro.*

Cafés ingeridos: *cuatro. Ninguno ha conseguido evitar que mire automáticamente hacia la puerta del piso de Jason cada vez que salgo al rellano.*

Veces que me he dicho «solo necesito tiempo»: *demasiadas para alguien que claramente ya no sabe qué hacer con él.*

Nivel de negación actual: *agotado.*

Conclusión provisional: *hay silencios que dejan de parecer distancia y empiezan a sentirse como abandono.*

La semana empezó a hacerse rara de una forma difícil de explicar. No era tristeza exactamente. Ni ansiedad. Ni siquiera drama, aunque habría agradecido un poco de dramatismo clásico porque al menos tiene estructura y banda sonora.

Era algo mucho más absurdo.

La sensación constante de que mi piso se había desajustado ligeramente desde que Jason y yo habíamos dejado de hablar.

Yo seguía trabajando. Seguía corrigiendo manuscritos y enviando comentarios crueles pero necesarios a autores que confundían profundidad con poner a gente mirando lluvia por ventanas enormes.

Pero todo me costaba un poco más.

Porque, en algún momento que no sabía precisar, me había acostumbrado demasiado a la existencia de Jason Clark al otro lado del rellano.

Aquella mañana Sophie estaba en mi casa porque, según ella, tenía el día libre y según la realidad llevaba dos horas criticando propuestas de portada desde mi sofá mientras destruía una bolsa de mini palmeritas con una entrega francamente admirable.

—Voy a decirte algo como amiga y como profesional del marketing —anunció mientras ampliaba una imagen en la tablet—: si veo una portada más con una pareja dándose la espalda bajo lluvia artificial, voy a empezar a cometer delitos.

Levanté la vista del portátil apenas un segundo.

—La lluvia sigue funcionando bien en romance.

—También funcionan las Crocs y eso no significa que debamos fomentarlo.

Dejó la tablet sobre la mesa de centro y me observó unos segundos con sospecha creciente.

—Vale. ¿Qué pasa?

—Nada.

—Caroline, llevas veinte minutos leyendo la misma frase.

Miré la pantalla. La protagonista llevaba media página *respirando contradicciones* frente a un lago escocés y yo seguía sin decidir si aquello necesitaba edición o intervención militar.

—Estoy cansada —murmuré.

—No. Tú cuando estás cansada te vuelves agresiva con los adverbios. Esto es otra cosa.

Cogí la taza de café y di un sorbo.

—Simplemente estamos raros —admití al final.

Apoyó un codo en el respaldo del sofá.

—¿*Raros* en plan todavía os gustáis o *raros* en plan uno de vosotros acabará mudándose a una cabaña para vivir rodeado de cabras y malas hierbas?

—No sé por qué en tus ejemplos siempre aparece ganado.

—Porque aporta verdad.

No pude evitar una pequeña risa y mi amiga aprovechó inmediatamente la debilidad.

—Ahí está la sonrisa de mujer que claramente echa de menos a un hombre.

—No echo de menos a nadie.

—Claro. Y yo he venido aquí únicamente por altruismo profesional y no porque ayer sonaras al borde de comprarte vino malo y escuchar canciones tristes mirando el cielo..

Me recosté en la silla con cansancio real.

—No entiendo cómo hemos llegado a este punto tan rápido.

—Porque os gustabais muchísimo y decidisteis gestionarlo como dos personas con alergia severa a decir lo que sienten.

—Eso es demasiado preciso.

—Es mi talento.

Volvió a coger la tablet.

—Además, Jason tiene cara de hombre que besa peligrosamente bien.

La miré horrorizada.

—¿Qué significa exactamente eso?

—No lo sé, pero entiendes perfectamente lo que quiero decir.

Desgraciadamente, sí.

Todo lo relacionado con Jason había empezado a convertirse en *otro problema.*

El silencio al otro lado de la pared. La ausencia de sus pasos, y la ridícula necesidad de mirar el móvil más veces de las normales.

Sophie seguía pasando imágenes de portadas cuando levantó una ceja de repente.

—Vale, ahora en serio. ¿Habéis hablado estos días?

Negué con la cabeza.

—¿Nada?

—Nada útil.

—Eso es peor que nada.

—Gracias por ese apoyo tan luminoso.

—No intento ser luminosa. Intento evitar que dentro de un mes estés diciendo cosas como *quizá era el destino* mientras abrazas una manta y tomas té como una mujer recién abandonada en una serie americana.

Iba a responder algo sarcástico cuando escuchamos el ascensor detenerse en nuestra planta.

Mi cabeza reaccionó automáticamente antes que yo.

.Miré hacia la puerta.

Sophie lo vio y sonrió despacio.

—Dios mío. Ya ni siquiera lo disimulas.

—No he hecho nada.

—Has girado la cabeza como un perro que acaba de escuchar abrirse un paquete de jamón.

—Qué comparación tan degradante.

—Pero exacta.

No respondí porque escuché pasos en el rellano.

Después… nada. Ninguna puerta. Ninguna llave.

Nada.

—Vale —dijo mi amiga levantándose—. Necesito más café y tú necesitas dejar de actuar como alguien esperando una carta del frente.

—No estoy esperando nada.

—Claro. Y yo hago yoga por crecimiento espiritual.

Le lancé un cojín que esquivó con una facilidad insultante.

—Voy abajo un momento a comprar leche antes de que empieces a atacarme también por desnutrición —anunció cogiendo el bolso.

—Compra café.

—Ya tienes.

—Compra mejor café.

Abrió la puerta todavía sonriendo.

—Si tu escritor aparece mientras bajo, ¿quieres que le diga algo?

—Sí. Que deje de existir con tanta intensidad.

—Eso suele ser complicado cuando una persona gusta tanto.

Desapareció antes de que pudiera responder.

Y yo me quedé sola en el piso con el portátil abierto, el café frío y una sensación extraña creciendo lentamente en el pecho.

Unas horas después de que Sophie se hubiera ido, decidí bajar la basura únicamente porque necesitaba moverme y fingir que seguía siendo una persona funcional.

Cuando llegué al portal, la señora Whirman estaba forcejeando con un paraguas enorme mientras intentaba sostener dos bolsas de la compra.

—Oh, menos mal —resopló al verme—. Este paraguas va a terminar conmigo cualquier invierno.

Le sujeté la puerta mientras ella entraba.

—Creo que a estas alturas eso ya no es un paraguas. Es una relación tóxica.

La señora Whirman soltó una pequeña risa.

—Y bastante cara, además.

Entramos juntas al portal.

—Por cierto, tu vecino fue un encanto anoche ayudándome con la puerta antes de irse.

Noté algo raro en el estómago incluso antes de entenderlo del todo.

—¿Irse?

—Sí, querida. Salió bastante tarde con una maleta enorme. Parecía agotado el pobre.

La señora Whirman seguía hablando, pero durante unos segundos dejé de escuchar correctamente.

Una maleta enorme.

Antes de irse.

—Oh —murmuró ella al mirarme mejor—. Pensé que lo sabías.

Y ahí llegó el verdadero golpe.

Porque hasta ese instante una parte de mí había seguido convencida de que Jason estaba exactamente igual que yo.

Esperando.

Esperando a que el orgullo pareciera ridículo, a cruzarse conmigo, a que alguno de los dos cediera. Pero él no estaba esperando. Se había ido.

—Cariño, te has quedado blanca.

Intenté sonreír. Creo que el resultado fue más parecido a una persona atravesando un pequeño colapso administrativo.

—No sabía que tenía un viaje —conseguí decir.

Esta me dedicó una mirada suave, casi maternal.

—Seguro que vuelve pronto.

Asentí porque era lo único que podía hacer sin echarme a llorar en el portal. Subí las escaleras despacio.

Y cuanto más me acercaba al rellano, peor era la sensación. Por desgracia ya sabía lo que iba a encontrar.

Hasta ese momento había sido distancia.

Al presente era ausencia.

Entré en casa sin encender las luces y me quedé quieta en mitad del salón mientras el apartamento entero sonaba vacío.

No había nada detrás de la pared.

Y entendí la verdad más difícil de todas.

No me había enamorado de Jason en los momentos grandes. Había sido en las cosas pequeñas.

En los mensajes tontos. En las conversaciones irracionales. En la tranquilidad de saberlo cerca.

Y ahora acababa de desaparecer de mi rutina como si alguien hubiera arrancado algo que yo ni siquiera sabía que estaba sosteniéndome.

Intenté distraerme. Preparar una infusión de tila. Abrir una ventana. Hacer cualquier cosa mínimamente práctica.

Pero mi cuerpo ya iba por delante de mí. La parte mucho más honesta de mi cerebro acababa de deducir algo aterrador: lo echaba de menos de verdad.

Me apoyé en la encimera intentando respirar despacio mientras las manos empezaban a temblarme ligeramente. Saqué el móvil y busqué un número que llevaba demasiado tiempo evitando marcar.

La doctora Hargreaves respondió al tercer tono.

—Caroline.

Solo escuchar aquella voz tranquila hizo que algo dentro de mí terminara de romperse.

Cerré los ojos. Respiré una vez y después otra. Y cuando hablé, mi voz ya no sonó firme.

—Creo que he hecho algo muy estúpido.

27

La doctora Hargreaves y el agotamiento de vivir siempre a la defensiva

Lunes, 21 de abril

Estado actual: *emocionalmente simple únicamente bajo supervisión profesional.*

Cafés ingeridos: *dos. La doctora Hargreaves me ha sugerido reducir la cafeína y, sinceramente, me parece una falta de sensibilidad hacia las circunstancias.*

Veces que he mirado la puerta del piso de Jason este fin de semana: *humillantemente muchas.*

Nivel de estabilidad actual: *sostenido por terapia y negación parcial.*

Conclusión provisional: *descubrir demasiado tarde que querías a alguien es una experiencia extraordinariamente poco elegante.*

La consulta de la doctora Hargreaves seguía exactamente igual que la recordaba.

Las mismas paredes color crema. La misma lámpara demasiado tenue para leer cómodamente y la estantería llena de libros que parecían observarte con decepción académica. El olor a té y papel antiguo que conseguía que cualquier persona entrando allí sintiera inmediatamente la necesidad de revisar decisiones vitales importantes.

No había vuelto en meses. Tal vez más.

El problema de empezar a encontrarte ligeramente mejor es que terminas convenciéndote de que ya no necesitas ayuda. Luego aparece un hombre con voz grave, problemas de comunicación y

tendencia a mirarte como si fueras más interesante de lo que tú misma crees, y descubres que toda tu estabilidad mental dependía de unas condiciones bastante específicas.

La doctora Hargreaves cerró la puerta detrás de mí y señaló el sofá con uno de esos movimientos tranquilos que parecían reducir automáticamente el volumen del mundo.

—Tienes mala cara —comentó mientras tomaba asiento frente a mí.

Dejé el bolso a mi lado y me senté con una exhalación cansada.

—Qué agradable empezar una sesión pagando para que me humillen de manera profesional.

—No es humillación —respondió ella mientras se acomodaba las gafas—. Solo observación clínica. Hay diferencia.

—Depende muchísimo de cómo se facture.

La doctora Hargreaves inclinó apenas la cabeza. Nunca sonreía del todo. Era británica hasta para mostrar empatía.

—Hace tiempo que no vienes.

—Eso suele considerarse una señal positiva en terapia.

—O evitación.

—Qué bonito volver a sentirme atacada en un entorno seguro.

Ella ignoró el comentario con la experiencia de alguien acostumbrado a mi necesidad constante de esconderme detrás del sarcasmo. Aunque funcionaba.

Me acomodé mejor en el sofá mientras ella esperaba en silencio. Ese era otro de sus talentos más inquietantes: sabía callarse de una forma que terminaba obligándote a hablar aunque no quisieras.

—Se ha ido —solté finalmente.

La doctora Hargreaves no reaccionó de inmediato. Simplemente apoyó las manos sobre las piernas y preguntó con calma:

—¿Quién?

—Jason.

Decir su nombre en voz alta hizo que todo pareciera muchísimo más real. Más serio. Más irreversible.

Aparté la mirada hacia la alfombra.

—O eso creo —añadí con una pequeña risa cansada—. Porque aparentemente todo el edificio estaba informado excepto yo.

La doctora Hargreaves guardó silencio unos segundos, dándome espacio para continuar. Y odiaba profundamente lo buena que era haciendo eso, porque terminabas llenando los huecos sin darte cuenta.

Le conté todo sobre nosotros. Lo que me dijo la señora Whitman sobre la maleta. La sensación ridícula de descubrir algo importante en mitad de una conversación sobre paraguas.

Mientras hablaba, no me interrumpió ni una sola vez. Solo escuchaba. Y aquello, de alguna manera, hacía todavía más difícil mentir.

—Creo que pensó que yo quería distancia —admití mientras jugueteaba con la manga del jersey—. Y supongo que… técnicamente sí la quería.

Ella cruzó lentamente una pierna sobre la otra.

—¿La querías realmente o querías dejar de sentirte vulnerable?

Bajé la vista hacia mis manos.

—No lo sé.

—Sí lo sabes, Caroline.

Solté aire lentamente antes de responder.

—Quería dejar de tener miedo todo el tiempo.

—¿Miedo de qué?

—De que me importara más de lo que debía.

Ella asintió despacio.

—¿Y qué habría pasado entonces?

Me apoyé hacia atrás en el sofá, consumida.

—Que él terminara cansándose.

—¿Porque ocurrió antes?

Aquello fue casi peor que una confrontación directa.

Porque no había juicio en su voz. Solo claridad. Y eso resulta bastante insoportable cuando llevas semanas intentando evitar exactamente eso.

Asentí despacio.

La imagen de Taylor apareció en mi cabeza de inmediato. Las discusiones suaves al principio. La sensación constante de estar pidiendo demasiado sin saber exactamente qué era ese *demasiado*. La forma en que empecé a medir cada emoción antes de expresarla para no convertirme en una carga.

La doctora me observó unos segundos antes de hablar otra vez.

—Llevas tanto tiempo preparándote para que la gente se vaya que has terminado actuando como si fuera inevitable.

Aquello me abofeteó con una precisión brutal.

Porque era verdad. Y Jason había pasado semanas intentando demostrarme exactamente lo contrario.

Me llevé una mano a la frente y cerré los ojos un momento.

—No quería depender de él.

—Sin embargo dependías igualmente de su presencia.

La frase me hizo soltar una risa pequeña, agotada.

—Qué horror cuando usted tiene razón.

—Imagino que debe de ser cansado.

—Muchísimo. Debería intentar equivocarse más a menudo por humanidad básica.

La comisura de su boca se movió apenas. Lo más cercano a una sonrisa completa que probablemente vería jamás en aquella consulta.

—¿Qué es lo que echas de menos exactamente? —preguntó después.

Abrí la boca para responder algo elegante que sonara coherente y equilibrado.

Pero la realidad salió antes.

—Todo —tragué saliva antes de añadir—. Mi apartamento suena vacío sin él.

La doctora mantuvo la mirada fija en mí.

—Eso no suena a una persona intentando controlarte, Caroline.

No. No sonaba así.

Él nunca había intentado quitarme espacio. Nunca me había pedido que cambiara. Nunca había jugado conmigo. Solo había querido quedarse. Y yo había reaccionado como si aquello fuera una amenaza.

Me mordí el interior de la mejilla antes de hablar otra vez.

—No sabía cómo hacer esto bien.

—Nadie sabe hacerlo bien todo el tiempo.

—Sí, pero la mayoría de la gente no convierte cada sentimiento en una posible catástrofe futura.

—No. Tú simplemente aprendiste demasiado pronto que querer mucho a alguien podía doler.

Aquello terminó de desmontarme. Porque de repente todo encajó de una forma agotadoramente clara.

Taylor.

Jason.

El miedo constante a necesitar demasiado a alguien. La obsesión por medirlo todo antes de sentirlo del todo.

Me dejó en silencio unos segundos más antes de preguntar:

—¿Lo quieres?

No respondió la versión organizada de mí. Ni la racional. Ni la editora. Tampoco la de la mujer que convertía todo en análisis para no romperse.

Respondió la parte cansada.

—Sí.

Y, por primera vez desde que se había marchado, dejé de intentar minimizar lo que aquello significaba.

La sesión terminó cuarenta minutos después.

Cuando salí a la calle, Londres seguía gris, húmedo y ligeramente hostil, pero algo dentro de mí estaba más quieto.

Volví al edificio caminando despacio y subí las escaleras sin mirar hacia el rellano inmediatamente.

Aunque terminé haciéndolo igual.

Entré en mi piso, dejé las llaves sobre la mesa y me quedé quieta unos segundos antes de acercarme directamente a la estantería. El libro de Jason seguía allí. El ejemplar lleno de anotaciones, esquinas dobladas y discusiones irracionalmente largas sobre personajes secundarios que ninguno de los dos soportaba.

Lo cogí entre las manos y me senté despacio en el sofá. Y por primera vez desde que todo aquello había empezado a romperse, lloré de verdad.

Porque ya no estaba intentando convencerme de que aquello no había sido importante y era lo más doloroso de todo.

Conclusión del día: resulta que el verdadero problema nunca fue enamorarme de Jason Clark… sino todo lo que fui capaz de estropear intentando no necesitarlo demasiado.

28

El piso de al lado

Jueves, 24 de abril

Estado actual: aparentemente operativo, internamente sostenido por café y negación parcial.

Cafés ingeridos: una cantidad que la doctora Hargreaves consideraría *claramente contraproducente.*

Veces que he estado a punto de llamar a Jason: suficientes para que Sophie me haya amenazado físicamente con esconderme el móvil.

Nivel de dignidad actual: variable según la hora del día.

Conclusión provisional: hay personas cuya ausencia transforma lugares normales en escenarios jodidamente hostiles.

Había llegado a un punto bastante preocupante en el que podía distinguir perfectamente cuándo el edificio estaba demasiado silencioso.

No era algo de lo que me sintiera especialmente orgullosa.

Pero después de casi una semana sin Jason al otro lado del rellano, mi cerebro había empezado a prestar atención a detalles completamente absurdos: el ascensor subiendo sin detenerse en nuestra planta, las noches sin música amortiguada detrás de la pared o el hecho de que ya nadie saliera al pasillo a las siete y veinte con cara de necesitar café urgentemente para seguir siendo una persona funcional.

Solo eran seis días. Y, aun así, la ausencia empezaba a sentirse mucho más grande de lo razonable.

Aquella mañana incluso me quedé quieta frente a su puerta durante unos segundos después de salir de casa porque juraría

haber escuchado movimiento dentro.

No había nadie. Claro que no. Pero el ridículo ya estaba hecho, así que terminé bajando las escaleras sintiéndome exactamente como una mujer adulta que claramente necesitaba urgentemente recuperar la dignidad.

Sophie decidió intervenir aquella misma tarde y me llamó tres veces seguidas hasta que contesté.

—Antes de que pongas otra excusa absurda, ya he pedido comida china y he abierto cerveza —anunció sin saludar—. Así que mueve el culo y ven a mi casa.

Miré el portátil abierto delante de mí. Seguía en la misma página desde hacía veinte minutos.

—No tengo muchas ganas de socializar.

—Perfecto. Yo tampoco tengo muchas ganas de escuchar cómo respiras dramáticamente al teléfono desde hace seis días y aquí estamos.

—No respiro dramáticamente.

—Caroline, ayer suspiraste porque escuchaste el ascensor.

Eso me ofendió un poco porque, desgraciadamente, era cierto.

—Solo estoy cansada.

—Y yo solo tomo cerveza artesanal por hidratación. Venga. Te espero.

Colgó antes de dejarme protestar.

Una hora después estaba sentada en el suelo del salón de Sophie, rodeada de cajas de comida china y cuatro botellines de cerveza importada que costaban lo mismo que una factura pequeña de electricidad.

Mi amiga vivía en un piso diminuto en Camden que olía permanentemente a velas caras y salsa de soja.

—Vale —dijo señalándome con un rollito de primavera mientras se acomodaba en el sofá—. Vamos a hablar de tu cara.

Abrí una cerveza.

—¿Qué le pasa a mi cara?

—Tiene la expresión de una mujer que ha perdido un perro en una guerra.

—Qué comparación tan concreta.

—Pues deja de parecer tan devastada y buscaré metáforas más alegres.

Cogí un puñado de *noodles* intentando ignorarla.

No funcionó.

Ella me observó masticar durante unos segundos antes de suspirar.

—Dios, estás fatal.

—Gracias. La amistad contigo siempre es muy reparadora.

—No estoy intentando repararte. Estoy intentando entender por qué sigues actuando como si echar de menos a alguien fuera un delito.

Apoyé el tenedor sobre la caja de comida y me recosté contra el sofá.

—No es eso.

—Entonces explícamelo porque llevas una semana mirando el móvil como una mujer esperando resultados médicos.

—No sé. Todo esto se ha vuelto raro.

—Claro que se ha vuelto raro. Habéis sido bastante incompetentes gestionando vuestro idilio.

—Joder, parece durísimo dicho así.

—Porque es durísimo. Y un poco idiota también.

Mi amiga dio otro trago a la cerveza antes de mirarme con algo más suave.

—¿Has sabido algo de él?

Negué con la cabeza.

—Nada.

—¿Y Amelia?

—No quiero preguntarle.

—¿Por orgullo?

—Por miedo.

La respuesta salió demasiado rápido. Sophie dejó el botellín sobre la mesa baja.

—¿Miedo a qué exactamente?

Me encogí ligeramente de hombros.

—No sé… a que me diga que está bien sin mí. O peor, que ni siquiera haya preguntado por mí.

Me observó unos segundos antes de hablar otra vez.

—Cariño… creo que llevas tantos años intentando no depender demasiado de nadie que ya no sabes qué hacer cuando alguien realmente te importa.

Me quedé mirando la cerveza entre las manos.

—Lo peor es que ni siquiera me enfadé cuando se fue —admití más bajo—. Solo… me hundí un poco.

Soltó aire lentamente por la nariz.

—Bueno, eso es porque estás enamorada.

Levanté la vista de golpe.

—No digas eso tan tranquila.

—¿Y cómo quieres que lo diga? ¿Con una banda sonora triste de fondo?

—No estaba enamorada. Solo sé que lo quiero.

Ella me sostuvo la mirada con paciencia infinita.

—Caroline. El hombre se ha ido seis días y tú has desarrollado un vínculo enfermizo con una puerta.

No pude evitar una pequeña risa cansada.

—Eso ha sonado muy feo.

—Porque es muy feo.

Cogió otro rollito de primavera y añadió con naturalidad:

—Aunque bastante romántico también, desgraciadamente.

Aquello me hizo reír otra vez.

Había conocido a Sophie años atrás en el cumpleaños de una amiga común, después de que ambas acabáramos refugiadas junto a la mesa de bebidas soportando a un hombre insoportable que hablaba de criptomonedas como si estuviera revelando secretos de Estado. Nos caímos bien casi inmediatamente, probablemente porque compartíamos el mismo nivel de cinismo y la misma capacidad para juzgar discretamente a la gente en menos de diez minutos. Con el tiempo, terminó convirtiéndose en una de las pocas personas capaces de ver a través de mí incluso cuando yo todavía intentaba fingir que estaba perfectamente bien, y después de Taylor había sido ella quien se quedó sentada en el suelo de mi cocina, con vino barato y demasiada paciencia, mientras yo intentaba convencer al mundo entero —incluida a mí misma— de que no me habían roto el corazón tanto como realmente lo habían hecho.

Y Dios, hasta reírme costaba menos cuando estaba con mi amiga, e incluso así, él seguía apareciendo constantemente en mi cabeza como ruido de fondo.

Cuando volví a casa ya era tarde.

Entré en mi piso, dejé las llaves sobre la encimera y decidí ordenar el armario únicamente porque necesitaba mantener las manos ocupadas antes de que mi cabeza empezara otra vez.

En retrospectiva, fue una idea terrible. Porque diez minutos después estaba sentada en el suelo del dormitorio sosteniendo la camiseta gris de Jason entre las manos.

Yo nunca se la había devuelto. No deliberadamente. Simplemente… nunca había parecido urgente. La camiseta todavía

olía un poco a él. Eso fue suficiente para dejarme quieta. Cerré los ojos apenas un segundo mientras apoyaba la tela sobre las piernas con una exhalación lenta.

Aquello era profundamente ridículo. Y, aun así, ahí estaba yo abrazando la camiseta de un hombre que ni siquiera estaba en Londres como protagonista de una película triste de bajo presupuesto.

—Fantástico —murmuré mirando al techo—.Evolución impecable.

Mi móvil vibró sobre la cama.

Descolgué.

—Dime que has llegado sana y salva y que estarás bien—dijo inmediatamente Sophie.

Miré la camiseta.

—Qué nivel de fe tienes en mí.

—Estás aferrada a esa camiseta básica gris. ¿Estoy equivocada?

—No completamente.

Soltó una carcajada al otro lado.

—Madre de Dios. Necesitas urgentemente que ese hombre vuelva antes de que acabes escribiendo poesía en servilletas.

Me dejé caer hacia atrás sobre la cama.

—No sé qué hacer con todo esto.

La confesión salió más cansada de lo que pretendía.

Y Sophie tardó unos segundos en responder.

—Pues quizá no tengas que resolverlo todo ahora mismo.

—Eso parece demasiado maduro.

—Es que una cerveza más y empiezo a convertirme en tu terapeuta barata.

Aquello me arrancó otra pequeña risa.

—Caro, tienes que dejar de tratarlo como si fuera algo vergonzoso.

La frase se quedó conmigo incluso después de colgar. Permanecí tumbada varios minutos más mientras la luz gris de Londres desaparecía lentamente detrás de las ventanas.

Spotify reprodujo automáticamente una entrevista antigua de que había quedado abierta días atrás en el portátil.

Su voz llenó el salón de repente.

Me incorporé tan rápido que casi tiré el móvil al suelo.

Jason se rio por algún comentario del entrevistador y el sonido me atravesó directamente el pecho.

Apagué el portátil de golpe.

El silencio regresó inmediatamente y me quedé sentada en mitad del salón oscuro con la camiseta todavía entre las manos y la respiración ligeramente inestable.

Ya no estaba intentando convencerme de que podía olvidarlo, tan solo estaba intentando sobrevivir al hecho de no tenerlo cerca.

Conclusión del día: resulta que seis días bastan para convertir un piso vacío en una ausencia insoportable y menos de treinta segundos escuchando la voz de Jason Clark siguen siendo suficientes para romperme viva.

29

JASON

Lago Windermere

Sábado, 3 de mayo

Llevo nueve días lejos de Londres y sigo despertándome esperando escuchar la cafetera de Caroline al otro lado de la pared.

Ese dato, por sí solo, probablemente ya debería preocuparme bastante.

La lluvia golpea los ventanales de la casa de Bárbara con una constancia gris y agotadora mientras intento escribir una escena que llevo destruyendo y reconstruyendo desde hace casi una hora. Afuera, el lago Windermere parece una postal diseñada específicamente para personas convencidas de que aislarse en el norte de Inglaterra para terminar una novela es una experiencia contemplativa, saludable y espiritualmente enriquecedora.

No lo es.

Es húmeda. Fría. Y psicológicamente degradante cuando descubres que has cruzado medio país solo para seguir pensando exactamente en la misma persona.

La casa pertenece a Bárbara. Una vieja vivienda reformada junto al lago que utiliza ocasionalmente para esconderse de autores neuróticos, editores insistentes y, según ella misma, *la decadencia mental colectiva de Londres.*

Hace diez días me lanzó las llaves sobre la mesa de su despacho sin el más mínimo tacto.

—Vete allí el tiempo que necesites —me dijo mientras cerraba el portátil con una tranquilidad ofensiva—. Aíslate, duerme ocho horas seguidas y termina el maldito libro de una vez.

La miré desde el otro lado de la oficina intentando conservar algo parecido a dignidad.

—Qué bonito ver que gestionas mis crisis con tanta ternura.

Bárbara recogió el móvil, se colocó las gafas de sol sobre la cabeza y me observó como si yo fuera una errata especialmente persistente.

—Jason, llevas semanas escribiendo como un hombre perseguido psicológicamente por una editora con serios problemas de control afectivo. Estoy empezando a perder dinero.

Y, honestamente, no estaba completamente equivocada.

El libro lleva atascado más de un mes. No técnicamente, porque las páginas siguen saliendo y el documento continúa aumentando de tamaño como una enfermedad degenerativa, pero todo lo que escribo suena correcto, funcional y completamente vacío, como si estuviera construyendo frases alrededor de algo que ya no consigo fingir.

Y sé exactamente cuándo empezó. El momento en que Caroline dejó de ser una distracción interesante y se convirtió en el centro silencioso de absolutamente todo.

Me paso una mano por la cara y vuelvo a leer el párrafo de la pantalla.

Sigue siendo una mierda.

Bárbara apareció ayer por la tarde solo para comprobar cómo iba el manuscrito, lo cual, traducido del idioma editorial al inglés funcional, significaba que había traído una bolsa de comida italiana, tres botellas de vino y la aparente intención de quedarse unos días.

No me apetece en absoluto. El problema es que tampoco puedo echarla, principalmente porque la casa es suya. Y ella parece encontrar ese detalle tremendamente divertido cada vez que invado

territorialmente su cocina intentando recordar dónde demonios guarda las tazas.

Ahora está instalada en algún punto de la planta baja, probablemente revisando correos, juzgando mi rendimiento literario a distancia y respirando con esa clase de calma insoportable que solo tienen las personas convencidas de tener razón en absolutamente todo.

La lluvia continúa golpeando los cristales mientras el lago permanece quieto al otro lado de la ventana y yo sigo atrapado exactamente en el mismo pensamiento desde hace nueve días.

Caroline.

La echo de menos. Más de lo razonable. Más de lo conveniente.

Echo de menos sus comentarios absurdos mientras cocinaba, la manera en que fingía molestia cuando reorganizaba cosas en su cocina y luego las dejaba exactamente donde yo las había puesto. Echo de menos incluso sus silencios raros, esos momentos donde se quedaba quieta pensando demasiado antes de volver a esconderse detrás de una broma.

La puerta de la cocina se abre detrás de mí y escucho los pasos de Bárbara antes de verla aparecer con una copa de vino en una mano y expresión de mujer que lleva demasiados años gestionando escritores defectuosos.

—Dime que al menos has producido sufrimiento poético de calidad —dice mientras entra y se apoya contra la encimera como si no acabara de invadir mi único intento de concentración.

Aparto la vista del portátil y me dejo caer hacia atrás en la silla.

—Estoy trabajando.

Bárbara mira la pantalla desde donde está, con una precisión que considero injusta para alguien situado a tres metros.

—Has escrito cuatro líneas en una hora.

—Las cuatro son excelentes.

—Las cuatro son sobre una mujer castaña incapaz de expresar sus sentimientos sin convertirlos antes en una auditoría apasionada.

Bárbara resopla suavemente antes de sentarse frente a mí. Deja la copa sobre la mesa y cruza las piernas con la comodidad insultante de quien sabe que el terreno le pertenece fielmente.

—Vale. ¿Piensas seguir actuando como protagonista triste de una serie de la BBC durante toda la semana o en algún momento vamos a reconocer qué demonios estás haciendo aquí realmente?

Miro hacia el lago unos segundos antes de responder.

—Estoy terminando el libro.

—Jason —replica inclinándose hacia delante con ese tono que utiliza justo antes de desmontar cualquier mentira—, te traje aquí porque necesitabas terminar el libro y dejar de mirar el móvil como un desesperado.

Eso me arranca una pequeña exhalación cansada, porque también tiene razón en eso.

No he hablado con Caroline desde que me fui.

Ni un mensaje. Ni una llamada. Nada.

Y aun así sigo mirando el móvil constantemente como si una parte ridícula de mí continuara esperando encontrar su nombre iluminando la pantalla.

Bárbara bebe un poco de vino antes de seguir hablando.

—No te has marchado solo por el libro.

Claro que no me he marchado solo por el libro.

El libro ha sido simplemente la versión elegante de la historia. La explicación profesional. La parte fácil de contar. La que no exige admitir que estaba empezando a sentirme agotado.

Porque querer a Caroline se estaba convirtiendo en un ejercicio constante de paciencia, cuidado y espera. Porque cada vez que nos acercábamos de verdad, ella reaccionaba como si aquello fuera el principio de una catástrofe inevitable. Y porque llega un momento

en el que, incluso entendiendo el miedo de alguien, sigues necesitando dejar de sentir que tienes que convencerlo continuamente de que quedarse merece la pena.

—No quería presionarla.

Bárbara me observa en silencio antes de responder.

—No lo hacías.

—Ella sentía que sí.

—Porque estaba aterrorizada.

Suelto una risa breve y cansada.

—Eso no cambia demasiado el resultado.

Ella

—¿Sabes qué creo realmente? —Deja lentamente la copa sobre la mesa.

Abro los ojos y la miro antes de hablar.

—Tengo la sensación de que voy a averiguarlo igualmente.

—Creo que te enamoraste de una mujer que lleva tanto tiempo preparándose para que la abandonen que no sabe qué hacer cuando alguien parece estar interesado en ella de verdad.

Lo que ha dicho me magulla directamente bajo las costillas. Porque sí. Es exactamente eso. Y se veía en la forma en que analizaba cualquier momento feliz como si estuviera buscando el punto exacto donde empezaría a romperse, en cómo se tensaba después de los días buenos, casi como si la felicidad prolongada le pareciera sospechosa.

Joder. La echo muchísimo de menos.

Y cuanto más tiempo pasa, menos consigo imaginar volver a verla y comportarme como si aquello no hubiera sido importante.

Bárbara me observa unos segundos más antes de preguntar:

—¿La sigues queriendo?

Ni siquiera necesito pensarlo.

—Sí.

Bárbara asiente despacio, como si aquello confirmara algo que ya sabía desde hacía tiempo.

—Entonces deja de intentar escribir alrededor de ella.

Frunzo ligeramente el ceño.

—¿Qué significa eso?

—Que llevas semanas intentando escribir otro libro mientras claramente estás escribiendo sobre Caroline en tu cabeza.

Miro lentamente hacia la pantalla del portátil. El documento sigue abierto sobre una escena que ya no me interesa escribir. Personajes que de repente parecen artificiales, lejanos, vacíos.

Nada late ahí dentro. Nada se siente real.

De la nada empecé a escribir pensando en cómo sonaría una frase si ella la leyera. Cuando descubrí que me importaba más hacerla reír a ella que impresionar a cualquier crítico literario del país.

Abro un documento nuevo. Bárbara observa el gesto y sonríe apenas.

—Ah. Por fin.

—No saques conclusiones dramáticas.

—Jason —dice inclinándose hacia delante—, acabas de abandonar ciento cuarenta páginas para empezar otra cosa. Esto es textualmente una conclusión dramática.

Resoplo una pequeña risa y bajo la vista hacia la pantalla en blanco.

Durante unos segundos me quedo quieto, con los dedos suspendidos sobre el teclado. Después empiezo a escribir. Y por primera vez en semanas, las palabras dejan de sentirse vacías porque ya no estoy intentando escapar de Caroline. Estoy escribiendo desde el lugar exacto donde ella sigue viviendo dentro de mí.

30

Lo que no envié

Martes, 6 de mayo

Estado actual: aparentemente estable, internamente redactando mensajes que jamás deberían ver la luz.

Cafés ingeridos: dos y medio. El tercero murió abandonado porque me quedé mirando el móvil durante minutos como una persona totalmente abstraída de la relaidad.

Veces que he abierto el chat de Jason hoy: suficientes para que resulte humillante llevar todavía dignidad estética.

Nivel de autocontrol actual: sostenido por miedo y terapia.

Conclusión provisional: admitir que estás enamorada de alguien no significa automáticamente saber qué demonios hacer con eso.

Creo que una de las cosas más peligrosas que puede hacer una persona emocionalmente inestable es darle acceso ilimitado a un móvil y tiempo suficiente para pensar. Porque, tarde o temprano, termina escribiendo mensajes que no envía.

Siempre he juzgado en silencio a esa clase de gente. Las personas que redactan párrafos larguísimos a las dos de la madrugada para después abandonarlos en borradores como pequeñas cápsulas privadas de sufrimiento contemporáneo.

Y ahora, aparentemente, yo soy una de ellas.

La ironía nunca descansa.

Londres había amanecido gris y húmedo, como si la ciudad hubiera decidido acompañar mi estado mental por pura cortesía atmosférica. Llevaba casi dos semanas sin ver a Jason y, aunque la doctora Hargreaves insistía en que estaba gestionando mejor la

ansiedad anticipatoria, personalmente seguía creyendo que aquello era una forma muy elegante de decir que ya no entraba en pánico cada vez que escuchaba un ascensor detenerse en mi planta.

Supuse que eso contaba como progreso.

Estaba sentada en la mesa de la cocina con el portátil abierto delante y el móvil apoyado junto a la taza de café mientras intentaba corregir un manuscrito insoportable escrito por un hombre que claramente odiaba a las mujeres y además creía que eso constituía profundidad intelectual.

No conseguía concentrarme. Porque cada pocos minutos terminaba mirando el móvil. No esperando un mensaje, evidentemente. Eso habría sido demasiado honesto. Solo… mirándolo.

Como si una parte ridícula de mi cerebro siguiera convencida de que la insistencia mental podía alterar tecnológicamente la realidad.

Suspirando, aparté el manuscrito y desbloqueé otra vez la pantalla. El chat de Jason seguía exactamente igual que hacía días.

Mi pulgar permaneció suspendido sobre el teclado unos segundos antes de empezar a escribir.

Me quedé mirando la frase.

Hoy he descubierto que el silencio de este edificio resulta bastante más insoportable de lo que parecía cuando estabas aquí.

Después la borré.

Volví a intentarlo.

La señora Whirman sigue preguntando por ti y sinceramente creo que te has convertido en su vecino favorito. Estoy empezando a desarrollar cierto resentimiento.

Otra pausa. Otra vez borrar.

Porque el verdadero problema nunca era empezar el mensaje. El problema era todo lo que realmente quería decir debajo de todas esas palabras.

Dejé el móvil boca abajo sobre la mesa y me apoyé contra el respaldo de la silla con una exhalación larga.

Dios. Estoy agotada de mí misma.

La doctora Hargreaves dice que llevo años convirtiendo la vulnerabilidad en un problema logístico. Que analizo tanto lo que siento porque, de alguna manera, sigo creyendo que, si entiendo una emoción lo suficiente, puedo controlar el daño potencial que conllevaba.

Personalmente, me gustaría denunciarla por exceso de exactitud psicológica.

El móvil vibró sobre la mesa y mi corazón reaccionó antes que mi dignidad.

Cerré los ojos un segundo antes de descolgar.

—Por favor, dime que no llevabas toda la mañana encerrada en casa corrigiendo novelas horribles y sobreviviendo exclusivamente a base de café.

Me levanté para servirme más mientras apoyaba el teléfono entre el hombro y la oreja.

—Estaba trabajando.

—Eso no responde a mi pregunta.

El café cayó lentamente dentro de la taza mientras ella resoplaba al otro lado de la línea.

—¿Cómo estás?

Miré distraídamente la calle detrás de la ventana antes de responder.

—Mejor.

Mi amiga guardó silencio un segundo.

—Eso había sonado exactamente a alguien que estaba bastante peor.

Y curiosamente no era mentira del todo.

Pero tampoco era verdad porque no estaba peor.

La desesperación inicial ya no estaba ahí. El vacío seguía existiendo, pero ahora tenía bordes más claros. Menos caóticos. Más difíciles de disfrazar.

Lo echaba de menos constantemente.

Y ya no intentaba convencerme de que eso significaba menos de lo que realmente significaba.

—¿Has hablado con él? —preguntó después de unos segundos.

Me apoyé contra la encimera mientras sostenía la taza caliente entre las manos.

—No.

—¿Porque no quieres o porque ya no sabes cómo hacerlo?

La pregunta me arrancó una pequeña exhalación cansada.

—Qué bonito descubrir que todas las personas de mi vida habían decidido hacer un curso intensivo de terapia.

—Contesta, Caroline.

Miré hacia el salón vacío. Hacia el silencio. Hacia la pared detrás de la cual ya no había ruido.

—Porque no sé qué derecho tengo ahora a aparecer otra vez.

—¿Qué significa eso?

Cerré los ojos un instante antes de hablar.

—Que fui yo quien necesitó distancia. Yo quien convirtió todo en algo complicado. Y ahora no sé si puedo escribirle *te echo de menos* como si las últimas semanas no hubieran existido.

—Caroline, las personas no dejan de quererse porque una conversación salga mal.

—Ya, pero también hay un punto en el que uno se cansa. Creo que ni siquiera podría culparlo si ha llegado a ese punto.

—Caroline… —murmuró con suavidad.

—No quiero que vuelva solo porque yo me siento mal —continué antes de que pudiera decir nada—. No quiero convertir esto otra vez en una situación donde él tenga que tranquilizarme para que yo deje de entrar en pánico.

—Eso no es lo que estaba pasando.

—No lo sé.

—¿Y qué sabes entonces?

Y por primera vez en muchísimo tiempo dejé de responder desde la parte organizada de mí.

—Que estoy enamorada de él.

—Bueno. Ya era hora de que alguien lo dijera en voz alta.

No pude evitar una pequeña risa mientras me cubría los ojos con una mano. Sinceramente, admitir algo así debería haber resultado liberador; en mi caso solo consiguió volverlo más real.

La conversación terminó poco después y volví a sentarme frente a la mesa de la cocina con el móvil otra vez entre las manos.

Abrí el chat de Jason. Esta vez no intenté hacerme la ingeniosa. Ni sonar ligera, ni esconderme detrás de una broma. Simplemente escribí:

Te echo de menos.

Me quedé mirando la frase muchísimo tiempo.

Después añadí otra.

Y creo que lo supe bastante antes de atreverme a admitir que estoy enamorada de ti.

La respiración se me quedó ligeramente suspendida mientras observaba la pantalla iluminada. Podría haberlo enviado. Solo habría tenido que mover el dedo unos centímetros. Eso era lo verdaderamente absurdo de ciertas decisiones: lo pequeñas que eran físicamente comparadas con todo lo que implicaban.

Finalmente cerré los ojos un segundo y bloqueé el teléfono. Aún no sabía si estaba preparada para sobrevivir a lo que viniera

después.

Me quedé dormida en el sofá con el móvil sobre el pecho y una idea incómodamente clara instalándose poco a poco dentro de mí:

Conclusión del día: llevo dos semanas intentando racionalizar una ausencia que ya no tiene nada de racional y acabo de admitir, por primera vez y completamente sola en mi cocina, que estoy enamorada de Jason Clark de una forma que ya no sé cómo fingir que no me estremece.

31

Un mes después

Jueves, 29 de mayo

Estado actual: considerablemente más estable, lo cual no impide que siga teniendo conversaciones imaginarias con un escritor ausente mientras espero el metro.

Cafés ingeridos: dos. La doctora Hargreaves considera esto *un avance*. Personalmente lo considero una pérdida de identidad.

Veces que he pensado en escribirle esta semana: menos.

Veces que igualmente he mirado su chat: suficientes para no presumir demasiado de crecimiento personal.

Nivel de paz mental actual: razonable, aunque claramente provisional.

Conclusión provisional: sanar no significa dejar de querer a alguien; a veces solo significa dejar de huir de lo que sientes por él.

El problema de tocar fondo de una manera relativamente elegante es que desde fuera nadie se da cuenta demasiado. No hay grandes escenas. No hay llamadas desesperadas a las tres de la mañana ni colapsos espectaculares bajo la lluvia londinense mientras suena música indie devastadora.

En mi caso, tocar fondo se parece más a seguir trabajando, seguir respondiendo correos y seguir fingiendo una funcionalidad bastante convincente, mientras descubro poco a poco hasta qué punto había convertido el miedo en una forma permanente de relacionarme con el mundo.

Personalmente, me gustaría señalar que la estrategia no parece especialmente efectiva.

—Porque sigues sufriendo igualmente —me dijo la semana pasada mientras tomaba notas con esa tranquilidad británica

irritante que posee incluso cuando destruye psicológicamente a alguien—. Solo que además llegas agotada antes de que ocurra nada.

La odié un poco por esa frase. Principalmente porque era completamente verdad.

Mayo avanza lentamente sobre Londres y, por primera vez en muchísimo tiempo, empiezo a sentir que mi vida vuelve a tener estructura propia fuera del caos sentimental.

He dejado de quedarme quieta escuchando el rellano cada vez que llego a casa. Ya no duermo en el sofá mirando el móvil como una heroína romántica con problemas de apego y he conseguido pasar tres días enteros sin abrir el chat de Jason compulsivamente.

Sophie considera esto un triunfo histórico.

—Estoy muy orgullosa de ti —me anunció ayer en la cafetería mientras dejaba una ensalada sobre mi mesa—. Has pasado de mujer *abandonada en drama psicológico europeo* a *protagonista de comedia romántica medicada.*

Le lancé una mirada cansada por encima del portátil.

—Tu capacidad para motivar a la gente sigue siendo inquietante.

—Pero admite que sigues evolucionando.

No pude evitar reírme. Y quizá eso es lo más raro de este último mes. He vuelto a reírme de verdad.

No constantemente. Pero sí lo suficiente como para recordar que mi vida no terminó cuando se marchó.

Solo cambió.

La ausencia sigue ahí, por supuesto. Hay noches en las que todavía me descubro pensando automáticamente algo que querría contarle. Algunas mañanas sigo girando ligeramente la cabeza hacia la pared compartida esperando escuchar movimiento antes de recordar que el piso continúa vacío. Porque el apartamento de Jason sigue exactamente igual.

La señora Whitman confirmó hace días que nadie ha vuelto todavía y, aunque odio admitirlo, esa información me dejó un vacío extraño durante horas.

No porque esperara verlo aparecer mágicamente. Simplemente porque una parte de mí sigue asociando Londres con él. Y quizá eso tarde un poco más en desaparecer. O quizá no tenga que desaparecer del todo. Esa es la parte nueva.

La doctora Hargreaves insiste mucho últimamente en una idea que me resulta profundamente ofensiva por lo razonable que es:

—La vulnerabilidad no garantiza que no te hagan daño, Caroline. Solo evita que vivas aislada intentando impedirlo.

Todavía no sé si eso me parece esperanzador o una amenaza elegante. Pero entiendo lo que quiere decir.

Durante semanas pensé que el problema era quererlo demasiado. Ahora empiezo a sospechar que el verdadero problema era lo poco acostumbrada que estaba a permitir que alguien me quisiera sin convertirlo inmediatamente en un riesgo.

Aquella tarde llegué a casa más cansada de lo habitual después de una reunión eterna con marketing y una autora que ha descrito su propia novela como *una experiencia narrativa sensorialmente disruptiva*, frase que sinceramente debería considerarse delito.

Estaba buscando las llaves dentro del bolso cuando escuché pasos subiendo las escaleras.

Levanté la vista y me encontré con Amelia en el rellano. Llevaba una bolsa de supermercado en una mano y una expresión ligeramente de sorpresa al verme.

—Vaya —dijo sonriendo apenas—. Sigues viva.

—Qué alivio descubrir que el sarcasmo es genético.

Amelia soltó una pequeña risa antes de acercarse.

Hacía semanas que no la veía y el parecido con Jason seguía resultando ligeramente injusto. La misma mirada tranquila. La misma forma de observar antes de hablar.

Y, por desgracia para mi estabilidad mental, aquello provocó inmediatamente un pequeño vuelco incómodo en mi pecho. Amelia pareció notarlo. Toda la familia Clark poseía una capacidad irritante para leer personas.

—Mi hermano estaría muy satisfecho viendo que sigues poniendo esa cara cada vez que alguien te recuerda su existencia —comentó mientras dejaba la bolsa junto a la puerta del apartamento.

Me crucé de brazos automáticamente.

—No sé de qué estás hablando.

—Claro que no.

Puse los ojos en blanco, pero Amelia sonrió apenas antes de suavizar ligeramente el tono.

—He venido a revisar el piso antes de que vuelva.

El aire pareció detenerse un segundo a mi alrededor.

—¿Vuelva?

Amelia me observó con demasiada calma.

—Sí.

Intenté mantener la voz estable.

—Ah.

Magnífica intervención verbal, Caroline.

Realmente impecable.

Amelia reprimió una sonrisa.

—Vuelve esta semana.

Mierda, llevaba un mes intentando aprender a convivir con su ausencia, pero no había pensado seriamente en lo que ocurriría cuando dejara de estar ausente.

La imagen apareció demasiado rápido en mi cabeza. Volver a verlo. Volver a escucharlo. Volver a quedarme sin aire solo porque me mirara de esa manera tranquila y devastadoramente directa que tenía cuando dejaba de esconderse detrás del humor.

Dios.

Amelia recogió otra vez la bolsa mientras me observaba con algo parecido a la compasión.

—No pongas esa cara —dijo con suavidad.

—¿Qué cara?

—La de mujer que parece debatirse entre besar a alguien o huir del país.

No pude evitar una pequeña risa nerviosa.

Amelia abrió la puerta del apartamento antes de volver a mirarme una vez más.

—Por cierto —añadió—, está nervioso también.

Y después desapareció dentro y yo me quedé sola en el rellano varios segundos más. Quieta. Con las llaves todavía en la mano y el corazón latiéndome muchísimo más rápido de lo prudente. Ya que después de un mes entero intentando recomponerme, seguía queriendo abrir la puerta cuando Jason Clark volviera a cruzar aquel rellano.

Conclusión del día: sistema nervioso en estado crítico desde que Amelia Clark pronunció la palabra *vuelve.*

32

El regreso

Viernes, 30 de mayo

Estado actual: *físicamente incapaz de escuchar un ascensor sin desarrollar una arritmia leve.*

Cafés ingeridos: *uno.*

Veces que he pensado «compórtate como una adulta»: *constantes.*

Veces que mi sistema nervioso ha colaborado: *ninguna.*

Nivel de estabilidad actual: *extremadamente teórico.*

Conclusión provisional: *la anticipación es una forma sofisticada de tortura.*

Jason vuelve hoy.

Ese pensamiento lleva instalado en mi cabeza desde que Amelia lo soltó ayer en el rellano con la misma tranquilidad con la que otra persona comentaría un cambio meteorológico menor.

Y sinceramente, me gustaría denunciar a toda esa familia por gestionar información vandálica con esa calma.

Desde esta mañana estoy funcionando bajo una especie de ansiedad organizada bastante difícil de explicar. No exactamente pánico. Más bien una sensación constante de inminencia, como si mi cerebro hubiera decidido activar todas las alarmas posibles simplemente porque existe la posibilidad de volver a verlo en cualquier momento.

La doctora Dr. Hargreaves diría probablemente que esto es una respuesta anticipatoria perfectamente normal.

Yo diría que es trabajoso.

A las nueve de la mañana ya me he cambiado tres veces de ropa.

No porque me importe especialmente lo que Jason piense de mi aspecto. Eso sería superficial. El problema es que me importa exactamente lo suficiente como para convertirme en una persona profundamente ridícula delante del armario.

Primero elegí un jersey negro. Demasiado serio.

Después camisa blanca. Demasiado *he rehecho mi vida y ahora desprendo equilibrio mental.*

Ahora llevo vaqueros y un jersey gris claro que transmite, espero, la imagen de una mujer estable que definitivamente no lleva doce horas preparándose psicológicamente para cruzarse accidentalmente con su ex-casi-algo-enorme-y-sentimental.

—Lo siento —dijo Sophie entre carcajadas al otro lado del teléfono mientras yo intentaba maquillarme sin parecer una rehén susceptible—, pero saber que llevabas media hora decidiendo si parecer atractiva o indiferente me está dando años de vida.

—No estoy haciendo eso.

—Caroline, acababas de decirme literalmente: *el jersey negro transmite demasiado trauma.*

Hice una pausa delante del espejo.

—Sigo pensando que tengo razón.

Volvió a reírse.

—Dios mío. Estás completamente enamorada.

Ya no podía fingir que no era verdad. Me quedé mirando mi reflejo unos segundos antes de suspirar.

—¿Y si ha vuelto distinto?

Ella tardó un momento en responder.

—Claro que ha vuelto distinto.

Eso me dejó quieta.

—Gracias. Muy tranquilizador todo.

—Caroline —continuó ella con mucha más suavidad—, tú también estás distinta.

Y ahí volvió a aparecer la verdad incómoda.

Porque sí. Lo estaba. No me había convertido mágicamente en una persona luminosa y estable durante ese mes, pero algo sí había transformado.

Ya no quería querer menos. Ya no quería reducir lo que había pasado con Jason a una experiencia manejable.

La conversación con Sophie terminó media hora después y conseguí trabajar aproximadamente cuarenta minutos antes de descubrir que llevaba leyendo el mismo correo desde hacía siete.

A las seis de la tarde abandoné finalmente el portátil, salí a por algunas cosas a la tienda y volví a casa caminando demasiado despacio, como si retrasar físicamente mi llegada, pudiera alterar también el momento exacto en que él reapareciera en mi vida.

Cuando entré en el edificio, el corazón empezó inmediatamente a latirme más rápido.

Al llegar al rellano, la puerta del apartamento de Jason seguía cerrada y había mucho silencio.

El aire abandonó lentamente mis pulmones. No supe si en forma de alivio o decepción. Probablemente ambas cosas.

Entré en mi piso, dejé el bolso sobre el sofá y me obligué a actuar con normalidad. Me cambié de ropa. Intenté leer. Incluso preparé pasta en un esfuerzo desesperado por parecerme mínimamente a mí misma.

No funcionó. Cada ruido hacía que mi cuerpo se tensara automáticamente. Y odiaba profundamente que siguiera teniendo ese efecto sobre mí incluso sin estar presente.

A las once y cuarto de la noche estaba sentada en el sofá fingiendo ver algo en la tele cuando finalmente lo escuché.

El ascensor. Después, pasos en el rellano. Las llaves. El sonido metálico. La puerta del apartamento abriéndose al otro lado de la pared. Resultaba absurdo la cantidad de emociones que podían atravesarte al mismo tiempo por un sonido tan pequeño.

El corazón me latía tan fuerte que empecé a sospechar que aquello debería preocuparme a nivel médico.

Escuché movimiento amortiguado al otro lado. La maleta. Pasos. Un golpe suave.

Jason estaba ahí. Otra vez. A menos de tres metros.

Podría abrir la puerta.

Ahora mismo.

Solo tendría que caminar diez segundos.

Eso era todo. Mi cuerpo incluso se inclinó ligeramente hacia delante antes de detenerse.

Me cubrí la cara con ambas manos y dejé escapar una exhalación temblorosa mientras escuchaba otro ruido suave al otro lado de la pared.

Probablemente estaba deshaciendo la maleta en ese momento. Quizá pensando exactamente lo mismo que yo. O quizá no.

Y si había vuelto más tranquilo. Más distante. Más preparado para dejar que todo aquello se convirtiera finalmente en un recuerdo complicado y bonito.

La posibilidad me dejó una presión extraña en el estómago. Porque, después de un mes entero intentando reconstruirme, había algo que seguía siendo completamente cierto: si Jason Clark hubiera llamado en ese momento a mi puerta, la habría abierto sin dudar. Y, aun así, fui incapaz de dar diez pasos y llamar yo a la suya.

Conclusión del día: Jason ha vuelto, mi sistema nervioso ha decidido reaccionar como si esto fuera una emergencia nacional y acabo de descubrir que la distancia no ha reducido absolutamente

nada… solo ha hecho que volver a escucharlo al otro lado de la pared resulte todavía más devastador.

33

Hola otra vez

Sábado, 31 de mayo

Estado actual: intentando aparentar firmeza mientras mi cuerpo reacciona a la presencia de Jason Clark como si acabaran de reintroducir oxígeno en el edificio.

Cafés ingeridos: uno y medio.

Veces que he ensayado mentalmente un reencuentro casual y sofisticado: demasiadas.

Resultado real: absolutamente ninguno de esos ensayos incluía perder la capacidad respiratoria básica.

Conclusión provisional: un mes no sirve de mucho cuando alguien sigue teniendo el mismo efecto sobre ti en menos de tres segundos.

He dormido como el culo. No de forma trágica. No lloré ni me pasé la noche mirando el techo mientras escuchaba música triste con los cascos. Simplemente entraba y salía del sueño constantemente, demasiado consciente de que Jason estaba en su cama respirando el mismo aire comunitario.

Son las siete y media de la mañana ya estoy despierta y preparando café en pijama con la sensación absurda de que el universo entero está conteniendo la respiración conmigo.

La doctora Dr. Hargreaves diría probablemente que estoy hipervigilante. Yo diría que estoy a dos minutos de convertirme en una mujer incapaz de utilizar un rellano con normalidad.

Son las ocho, me preparo otra taza de café y la dejo olvidada sobre la encimera porque escucho movimiento amortiguado al otro

lado de la pared y mi cerebro abandona inmediatamente cualquier actividad normal.

Dios mío. Esto es ridículo…

A las once decidí salir a comprar algo porque necesitaba aire, dignidad o una lobotomía parcial. A esas alturas, cualquiera de las tres opciones me parecía una respuesta perfectamente razonable a mi situación mental.

Tardé bastante más de lo normal en vestirme. Quería evitar parecer una mujer desolada comprando pan de molde un sábado por la mañana, que son dos tipos de derrota completamente distintos y que, sinceramente, me apetecía mantener separados el mayor tiempo posible.

Después de cambiarme tres veces —proceso que me negaría a reconocer oficialmente ante cualquier tribunal— acabé eligiendo unos vaqueros, jersey negro y coleta baja. Aspecto sobrio. Estable. La clase de imagen que transmitía: *tengo la vida razonablemente bajo control y no llevo un mes entero reconstruyendo mi estabilidad emocional alrededor de la ausencia de un hombre que vive al lado de mí.*

Cogí las llaves.Abrí la puerta. Y el universo, claramente aburrido después de semanas observando mi lento deterioro, decidió que ya habíamos tenido suficiente preparación.

Él salió exactamente en el mismo momento.

Nos quedamos quietos. Los dos. Durante un segundo que duró muchísimo más de lo prudente.

Dios. Ahí estaba. De verdad.

Más delgado. El pelo ligeramente más largo. Jersey gris oscuro remangado hasta los antebrazos y esa expresión tranquila y cansada que recordaba perfectamente. La misma presencia serena que siempre había tenido, esa forma de ocupar espacio sin imponerse jamás y que, por algún motivo profundamente provocativo, conseguía trastornarme más que cualquier hombre seguro de sí mismo que hubiera conocido antes.

Y aun así había algo distinto.No físicamente, más bien en la manera de mirarme.

Más contenida. Más cuidadosa. Como si él también estuviera midiendo exactamente cuánto podía acercarse ahora sin que todo volviera a romperse otra vez.

El corazón me golpeó tan fuerte que empecé a sospechar sinceramente que el cuerpo humano no había sido diseñado para gestionar este nivel de tensión cotidiana, sin desarrollar algún tipo de avería cardiovascular permanente.

Jason fue el primero en hablar.

—Hola, Caroline.

Había olvidado hasta qué punto una sola palabra dicha por él podía alterarme el sistema nervioso entero. Era absurdo la rapidez con la que mi cuerpo reconocía cosas que mi cabeza llevaba semanas intentando mantener bajo control.

Tragué saliva antes de responder.

—Hola.

Magnífico.

Mes y medio de crecimiento personal para terminar sonando de esa forma tan poco sofisticada.

El silencio que siguió estaba lleno de todo lo que había ocurrido antes y de todo lo que ninguno de los dos parecía saber muy bien cómo manejar en ese momento.

Él seguía sosteniendo las llaves entre los dedos mientras me observaba unos segundos más antes de volver a hablar.

—Te veo bien.

La frase era sencilla. Pero noté inmediatamente que estaba intentando descifrarme igual que yo a él. Como si ambos estuviéramos buscando señales pequeñas, grietas mínimas que nos permitieran entender cuánto daño había dejado realmente la distancia.

Me obligué a respirar con normalidad.

—Lo estoy.

Media verdad. Las mejores siempre lo eran. Porque no estaba destrozada. Ya no. Pero tampoco estaba bien de esa manera limpia y simple en la que había estado antes de conocerlo.

Jason asintió despacio.

—Me alegro.

Y ahí apareció otra vez esa diferencia. Antes habría sonreído. Habría añadido una broma. Algo ligero para desmontar la tensión y acercarse un poco más sin que pareciera importante.

Ahora no. Solo permanecía ahí, mirándome con una calma extraña que me desubicaba muchísimo más que cualquier intensidad. Porque, por primera vez desde que lo conocía, no parecía estar intentando acercarse.

Desvié ligeramente la mirada hacia el rellano antes de volver a hablar, más por necesidad de romper el silencio que por otra cosa.

—Amelia me dijo que volvías esta semana.

—Sí. Llegué anoche.

Asentí despacio como si aquella información fuera relativamente nueva y no llevara desde las once y cuarto de la noche anterior perfectamente consciente de cada sonido al otro lado de la pared. Del ascensor. De las llaves. De la maleta entrando en el piso. Prefería no ser tan específica.

El edificio entero pareció demasiado pequeño de repente. Como si el aire se hubiera vuelto más denso alrededor de nosotros y cualquier movimiento brusco pudiera alterar algo frágil que todavía no terminábamos de entender.

Jason se metió una mano en el bolsillo del pantalón mientras bajaba apenas la vista hacia mí.

—¿Cómo estás de verdad?

La pregunta resultó difícil de responder. Durante semanas había tenido tiempo de sobra para imaginar este momento. Había rehecho conversaciones enteras en mi cabeza mientras me duchaba, mientras trabajaba, mientras fingía leer en el sofá… pero en ninguna de esas versiones incluía lo complicado que iba a resultar volver a mirarlo. Ninguna contemplaba el cansancio tranquilo que había aparecido entre nosotros. Esa sensación extraña de que seguíamos sintiéndolo todo exactamente igual, pero ya no sabíamos cómo movernos dentro de ello sin hacernos daño.

Me apoyé ligeramente contra el marco de la puerta para no parecer tan rígida.

—Mejor.

Algo se suavizó apenas en su expresión. Muy poco. Lo justo para que el pecho volviera a dolerme de una manera bastante poco práctica.

—Eso también me alegra.

Necesitaba urgentemente que dejara de sonar así de sincero.

El silencio volvió a instalarse entre nosotros unos segundos más y noté algo extrañísimo creciendo lentamente dentro de mí. Después de todo aquel tiempo seguía queriendo cruzar la distancia que había entre nosotros. Seguía queriendo tocarlo, besarlo, preguntarle si él también había pasado semanas enteras pensando constantemente en mí. Y, sin embargo, los dos permanecíamos quietos. Contenidos. Puesto que habíamos aprendido demasiado bien lo fácil que resultaba rompernos cuando uno daba un paso más rápido que el otro.

Miró un segundo hacia las escaleras antes de volver a mí.

—Voy a bajar a por café.

La nostalgia casi me hizo reír.

—Claro.

Él dudó un segundo. Solo uno. Pero lo sentí.

Antes me habría preguntado si quería acompañarlo.

Ahora no. Ahora esperaba. Como si hubiera decidido dejar de empujar cualquier puerta que no se abriera sola.

Algo me apretó dentro del pecho con una fuerza inesperada.

Aquello era exactamente lo que yo había provocado durante mucho tiempo sin darme cuenta: *enseñar a alguien que quererme demasiado de cerca, siempre terminaba siendo agotador.*

Me sostuvo mi mirada unos segundos más antes de esbozar una sonrisa pequeña.

—Me ha alegrado verte, Caroline.

Y después bajó las escaleras.

Así. Sin emoción. Sin tensión cinematográfica. Sin besarme contra una pared después de un mes separados.

Simplemente se fue.

Y yo, mientras escuchaba sus pasos alejándose entendí algo con una claridad brutal: lo que más echaba de menos no era solamente que Jason me quisiera. Era la seguridad casi arrogante con la que antes siempre encontraba la manera de volver hacia mí.

Y ahora, escribiendo otra vez en este diario después de meses intentando racionalizar absolutamente todo, *la conclusión del día* es bastante simple: he sido una completa imbécil.

34

Las cosas que sí daban miedo

Domingo, 1 de junio

Estado actual: *emocionalmente expuesta y, sinceramente, bastante ofendida por ello.*

Cafés ingeridos: *dos. Ambos inútiles contra la ansiedad de compartir edificio otra vez con Jason Clark.*

Veces que he repasado nuestra conversación del rellano: *demasiadas para considerarlo un comportamiento sano.*

Nivel de estabilidad actual: *sostenido por terapia, orgullo y negación ocasional.*

Conclusión provisional: *hay personas capaces de romperte el corazón incluso tratándote con muchísimo cuidado.*

El inconveniente de volver a ver a alguien después de mucho tiempo no es el momento en sí. Es el después.

El cuerpo recuerda demasiado rápido, la manera en que la presencia de alguien reorganiza inmediatamente el espacio alrededor.

Y ahora, después de semanas enteras aprendiendo a sobrevivir a la ausencia de Jason, tengo que acostumbrarme otra vez a tenerlo cerca sin perder completamente la cabeza en el proceso.

La parte más irritante es que él está siendo impecablemente adulto. Exactamente el tipo de comportamiento maduro y equilibrado que debería facilitarme las cosas.

Naturalmente, está teniendo el efecto contrario.

Puesto que echo de menos la versión de Jason que cruzaba distancias sin pensarlo tanto. El que aparecía en mi cocina descalzo,

me robaba café y me miraba como si acercarse a mí fuera la decisión más natural del mundo.

Ahora hay limitación. Y posiblemente me la he ganado.

Te lo merecías, Caroline.

Eran casi las ocho de la tarde cuando llamaron a mi puerta.

No de forma insistente. Solo dos golpes suaves, , y aun así mi corazón reaccionó antes de que el cerebro participara de manera mínimamente adulta en la situación.

Estaba al otro lado del rellano con una bolsa de comida india en una mano y expresión ligeramente cansada. Llevaba aquel jersey gris oscuro que siempre conseguía que pareciera aventuradamente accesible.

Mierda. Necesitaba urgentemente dejar de tener aquella reacción física cada vez que aparecía delante de mí.

—Hola —dijo.

—Hola.

Levantó apenas la bolsa.

—He pedido demasiada comida porque sigo sin entender las cantidades reales que necesita un ser humano para cenar solo.

No pude evitar una pequeña risa.

—Eso o el restaurante sigue convencido de que los británicos comen como si estuvieran preparándose para el invierno nuclear.

La comisura de su boca se movió lo suficiente para que algo dentro de mi pecho se tensara.

—También han añadido tres recipientes de arroz que no recuerdo haber pedido —añadió mirando la bolsa un segundo—. Empiezo a sospechar que quieren deshacerse de mí definitivamente.

—Es una estrategia razonable.

Soltó una exhalación parecida a una risa antes de volver a mirarme. Y ahí estaba otra vez. La facilidad. La sensación absurda

de que hablar con él seguía siendo lo más natural del mundo incluso después de todo.

—No tienes que decir que sí.

—¿A qué exactamente?

—A cenar conmigo.

Ahí estaba otra vez la posibilidad. La cercanía. Ese pequeño paso hacia algo que todavía seguía dándonos vértigo a los dos de maneras distintas.

Él añadió, mucho más suave:

—Y puedes decirme que no sin sentirte culpable, Caroline. Lo digo en serio.

Eso tampoco ayudaba. Porque el problema nunca había sido que Jason me presionara. Era que incluso todavía, después de todo, seguía intentando hacerme sentir segura cerca de él.

—Vale.

Él asintió despacio. Sin sonrisa enorme. Sin alivio exagerado. Y precisamente aquella represión me rompió un poco más por dentro. Supe que me estaba dejando decidir el ritmo.

La cena empezó extraña.

Había más libros apilados junto a su sofá, una manta nueva doblada sobre el respaldo y varias hojas corregidas desperdigadas junto al portátil cerrado sobre la mesa baja. La lámpara del salón seguía proyectando aquella luz cálida y ligeramente amarilla de siempre.

Nos sentamos en el suelo del salón porque aparentemente ninguno de los dos había evolucionado lo suficiente como para utilizar la mesa del comedor. Me pasó uno de los recipientes de comida mientras me observaba por encima.

—Pareces menos cansada.

Levanté la vista inmediatamente.

—Eso ha sonado muy terapéutico.

—He pasado demasiado tiempo escuchando a Amelia analizar personas como si estuviera resolviendo crímenes —respondió mientras abría uno de los recipientes—. Algo se pega.

Sonreí mientras me apartaba un mechón de pelo detrás de la oreja.

Sentarme otra vez frente a Jason se sentía demasiado originario. Como si mi cuerpo hubiera estado esperando regresar exactamente allí todo el tiempo.

Él jugó distraídamente con el tenedor unos segundos antes de volver a hablar.

—Bárbara cree que deberíamos agradecer públicamente al Lake District haber salvado el manuscrito.

Levanté la vista hacia él.

—¿Has estado allí todo este tiempo?

Asintió despacio antes de apoyarse ligeramente hacia atrás contra el sofá.

—Sí. Bárbara tiene una casa cerca de Windermere y decidió que encerrarme allí era, textualmente, *la única forma de que dejaras de reescribir el mismo capítulo durante semanas como un psicópata.*

—Tiene una manera sorprendentemente agresiva de motivar artistas.

—Vive convencida de que el trauma mejora la productividad narrativa.

—¿Lo terminaste?

Asintió.

—Más o menos.

—Eso es lenguaje de escritor para: *voy a reescribir cuarenta páginas esta madrugada porque una frase no me convence.*

Jason me señaló ligeramente con el tenedor.

—Te odio por conocerme tan bien.

—No me odias. Te inquieta que alguien detecte tus neurosis tan rápido.

—Eso tampoco mejora mucho mi imagen.

La conversación siguió avanzando con una facilidad casi insultante, como si el mes separados hubiera sido apenas una pausa incómoda y no un intento bastante torpe de convencernos de que sabíamos vivir mejor lejos del otro. Y quizá eso era lo que más me descolocaba de toda la situación, porque no era la intensidad lo que había echado de menos ni siquiera la parte física de nosotros, sino aquella forma que siempre habíamos tenido de compartir el mismo espacio mientras hablábamos de cualquier tontería y, aun así, todo terminaba sintiéndose más ligero, más cercano y mucho más sencillo que con el resto del mundo.

Siguió girando el tenedor entre los dedos unos segundos antes de dejarlo sobre la mesa baja y, cuando levantó la vista hacia mí, algo en su expresión cambió apenas. No fue incómodo ni brusco; simplemente desapareció la ligereza que había sostenido la conversación hasta ese momento y supe, antes incluso de que dijera mi nombre, que habíamos llegado a esa parte de la noche donde seguir evitando ciertas cosas ya no tenía demasiado sentido.

—Caroline…

Mi cuerpo entero se preparó automáticamente.

Él lo notó, y aun así siguió hablando con calma.

—No quiero que volvamos exactamente a lo de antes.

Tragué saliva despacio.

—¿Porque salió mal?

Me sostuvo mi mirada varios segundos antes de responder.

—Porque nos queríamos muchísimo y aun así parecíamos estar negociando constantemente contra ello.

Seguía teniendo aquella capacidad horrible de decir exactamente lo que ninguno de los dos conseguía formular solo.

Bajé la vista un momento antes de hablar.

—He estado trabajando todo esto con la doctora Hargreaves.

Permaneció en silencio escuchándome. No interrumpió. No intentó aliviar la conversación ni rescatarme de ella. Y quizá precisamente por eso seguí hablando.

—Todo el vértigo. La necesidad constante de controlar lo que siento. La obsesión por prepararme antes de que algo pueda salir mal de verdad.

Jugueteé distraídamente con la tapa de plástico del recipiente antes de continuar.

—La última vez que me enamoré así terminé sintiendo que tenía que hacerme más pequeña constantemente para que la otra persona no acabara cansándose de mí.

—Y una parte de ti decidió adelantarse esta vez.

La precisión de la frase me dejó sin aire unos segundos.

—Supongo que sí.

Se pasó lentamente una mano por la nuca antes de exhalar despacio.

—La cosa empezó a complicarse para mí, porque mientras tú intentabas protegerte… yo empecé a sentir que quererte era algo que tenía que justificar continuamente.

Levanté lentamente la vista hacia él.

—No quería hacerte daño.

—Ya lo sé. No necesito que prometas que nunca vas a tener miedo, Caroline. Solo necesito que no huyas de mí cuando te pase.

Me quedé mirándolo varios segundos sin saber muy bien qué hacer con todo lo que estaba sintiendo, porque el problema de pasarte media vida intentando controlar cada emoción es que,

cuando finalmente dejas de hacerlo, todo aparece de golpe y con una intensidad bastante difícil de sostener con dignidad.

Él No intentó aliviar el momento con humor ni llenar el silencio por mí. Se quedó ahí, sentado frente a mí, observándome con esa calma que ya no parecía distancia, sino una forma de paciencia.

Y Dios. Lo quería tanto que empezaba a dolerme físicamente.

Solté una pequeña risa mientras negaba apenas con la cabeza.

—Creo que la doctora Hargreaves estaría muy orgullosa de mí ahora mismo.

—¿Sí?

Asentí despacio antes de bajar la vista hacia mis manos.

—Porque normalmente a estas alturas ya habría intentado convertir esta conversación en una broma o habría salido corriendo hacia algún país como Finlandia.

—¿Y por qué Finlandia?

No pude evitar sonreír.

—Necesito un sitio coherente con mi nivel de evasión mental.

Jason dejó escapar una risa baja y durante un segundo el sonido me golpeó de lleno en el pecho, porque incluso aquello lo había echado de menos más de lo que quería admitir. Volví a mirarlo entonces y sentí ese vértigo extraño que aparece justo antes de decir algo que ya no puedes retirar después.

Mi corazón estaba completamente desbocado. Y aun así esta vez no quería esconderme detrás de nada.

—Estoy enamorada de ti —dije al fin, con la voz más baja de lo que pretendía—. Muchísimo. Hasta las trancas, de hecho.

Se quedó quieto.

Mirándome de esa manera tan suya que hacía parecer que todo lo demás alrededor desaparecía un poco.

Sentí el impulso inmediato de suavizar la frase, añadir una ironía o desmontar la intensidad antes de que me explotara encima.

Pero él habló primero.

—Menos mal —murmuró sin apartar la vista de mí—, porque yo estoy tan enamorado de ti que esto ya empezaba a parecer un problema serio.

La risa que se me escapó salió mezclada con algo mucho más vulnerable y tuve que cubrirme un momento la boca con la mano porque sinceramente no sabía cómo sobrevivir a aquel hombre.

Se inclinó hacia delante.

—Ven aquí.

Me acerqué casi sin pensar y él llevó una mano hasta mi cara, despacio, rozándome la mandíbula con suavidad. Y cuando me besó, sentí que algo dentro de mí terminaba de aflojarse.

No fue un beso brusco ni desesperado. Fue lento. Con cuidado. Diciéndome dentro de aquel beso todo lo que no habíamos sabido hacer bien durante meses.

Mis manos terminaron subiendo hasta su cuello mientras él me acercaba más hacia él y sentí cómo mi cuerpo reaccionaba inmediatamente al suyo, como si hubiese pasado demasiado tiempo entero esperando regresar exactamente allí.

Apoyó la frente contra la mía cuando el beso se rompió apenas.

—Te he echado muchísimo de menos.

La frase salió tan baja que algo me dolió dentro del pecho. Le acaricié la cara despacio.

—Yo también.

Era una frase demasiado pequeña para todo lo que realmente quería decir. Porque lo había echado de menos al despertarme, después de trabajar, al escuchar el ascensor, al hacer café, al encontrarme algo gracioso y no tener a quién enviárselo inmediatamente. Había echado de menos incluso discutir con él.

Volvió a besarme antes de que pudiera seguir pensando y esta vez el beso cambió lentamente de ritmo. Se volvió más profundo, más cálido, menos contenido, y sentí cómo sus manos bajaban hasta mi cintura mientras yo terminaba acomodándome sobre sus piernas casi sin darme cuenta. Me besó el cuello y un escalofrío me recorrió entera.

—Jason…

Mi voz salió rota apenas por la respiración. Él levantó la cabeza al instante, mirándome con atención.

Siempre hacía eso. Como si incluso en momentos así siguiera asegurándose de que yo estaba ahí con él de verdad.

—No quiero seguir teniendo miedo de esto contigo.

Apoyó una mano en mi espalda mientras me besaba otra vez y esta vez ya no hubo conversaciones pendientes ni distancia entre nosotros, solo esa necesidad inmensa de volver a encontrarnos después de habernos pasado demasiado tiempo intentando convencernos de que sabíamos vivir mejor separados.

Nos desnudamos con prisa suave, casi torpe por las ganas. Sus manos recorrieron mi piel como si quisieran memorizarme de nuevo, y yo hice lo mismo, deslizando los dedos por su pecho y su espalda, sintiendo el calor que emanaba de él. Cuando me tumbó sobre la cama, su cuerpo cubrió el mío con una urgencia contenida, y el peso familiar de su piel contra la mía me arrancó un suspiro largo.

Besó mi cuello, bajando lentamente hasta mis pechos. Los acarició con la boca y la lengua, dedicando tiempo a cada uno hasta que arqueé la espalda, buscando más. Sus manos bajaron por mis costados, abriéndome los muslos con ternura. Cuando se colocó entre ellos y entró en mí, despacio y profundo, los dos gemimos al mismo tiempo. Estaba húmeda, caliente y lista para él, y la sensación de volver a sentirlo dentro fue tan intensa que tuve que aferrarme a sus hombros.

Empezamos a movernos juntos, sin prisa pero con una entrega absoluta. Cada embestida era profunda, lenta y llena de intención,

como si quisiera tocar no solo mi cuerpo, sino todo lo que habíamos intentado negar. Mis piernas lo rodearon, atrayéndolo más cerca, y nuestros besos se volvieron húmedos y desesperados mientras el placer crecía entre nosotros, denso y dulce.

Susurró mi nombre contra mi boca, y yo respondí con un gemido ahogado cuando el orgasmo me atravesó en olas cálidas y prolongadas, contrayéndome alrededor de él. Jason me siguió poco después, apretándome contra su cuerpo mientras se derramaba dentro de mí con un estremecimiento profundo.

Después, no nos separamos. Se quedó dentro de mí, respirando agitado contra mi cuello, mientras sus dedos acariciaban mi pelo con esa suavidad que siempre me desarmaba. En ese silencio solo se escuchaban nuestras respiraciones entrelazadas, y por primera vez en mucho tiempo, todo encajó y no sentí necesidad de protegerme de lo que estaba sintiendo.

Solo de quedarme ahí. Con él para siempre.

Conclusión del día: Lo amo.

35

JASON

Domingo, 8 de junio

Durante meses pensé que enamorarme de Caroline Rouster sería lo más complicado de mi vida. Resulta que lo complicado fue convencerla de que podía confiar en mí.

Despierto antes que ella el domingo por la mañana y durante unos segundos me quedo simplemente mirándola desde el otro lado de la cama, todavía medio enterrada entre las sábanas, con el pelo completamente desordenado sobre la almohada y una expresión tranquila que sigo sin acostumbrarme a ver en ella.

Londres apenas empieza a iluminarse detrás de las cortinas.La ciudad todavía suena lejana. Silenciosa. Y ella sigue dormida en mi cama como si su cuerpo hubiera decidido finalmente dejar de prepararse para salir corriendo incluso mientras duerme.

Es probablemente es lo más bonito que he visto en meses.

Me incorporo despacio intentando no despertarla y ella hace un pequeño sonido de protesta antes de girarse automáticamente hacia el lado donde estaba yo hace un segundo.

La observo un momento más. Y algo dentro de mí sigue sintiéndose ligeramente irreal. Porque durante semanas llegué a pensar que esto no ocurriría nunca. Que nos quedaríamos atrapados indefinidamente en esa dinámica absurda donde ambos nos queríamos muchísimo mientras fingíamos que el problema era el momento, la situación o literalmente cualquier cosa excepto nosotros. Pero ahora está aquí. En mi cama. Con mi camiseta puesta y una mano escondida debajo de la almohada como si perteneciera naturalmente a este espacio.

Salgo de la habitación despacio y voy hacia la cocina mientras el suelo de madera cruje suavemente bajo mis pies. La cafetera

empieza a sonar pocos minutos después y justo cuando estoy sirviendo café escucho pasos arrastrándose por el pasillo.

Mi musa aparece todavía medio dormida, abrazándose a sí misma dentro de mi camiseta gris enorme y con esa expresión ligeramente perdida que solo tiene durante los primeros diez minutos después de despertarse.

Me mira. Después mira el café. Y finalmente vuelve a mirarme.

—Voy a necesitar que entiendas que despertarme y encontrar café hecho empieza a generar expectativas delicadas.

No puedo evitar reírme.

—Buenos días a ti también.

Ella bosteza mientras se acerca hacia mí.

—No me hables hasta que la cafeína empiece a hacer efecto. Ahora mismo soy apenas un borrador de persona.

Le acerco una taza y sus dedos rozan los míos al cogerla, y sigo teniendo esa reacción absurda en el pecho cada vez que la toco.

Bebe un primer sorbo antes de cerrar los ojos un segundo.

—Vale. Ya puedo volver a participar en la sociedad.

Resoplo una risa mientras me apoyo contra la encimera observándola.

Es la viva imagen de la calma.

No existe la intensidad brutal de los primeros meses. Ni la tensión constante ni el miedo disfrazado de sarcasmo.

Solo esto. La sensación de que verla caminar medio dormida por mi cocina me afecta más que cualquier gran escena dramática que haya tenido en toda mi vida.

Deja la taza sobre la encimera y me mira entrecerrando ligeramente los ojos.

—¿Por qué me estás mirando así?

—Así cómo.

—Como si estuvieras escribiendo internamente.

La frase me hace reír porque tiene razón.

Desde el Lake District me cuesta muchísimo separar la vida de Caroline de todo lo que termino escribiendo.

—Dios mío —murmura llevándose una mano a la frente—. Voy a convertirme en uno de esos personajes femeninos literarios que preparan té mientras un hombre complicado las describe durante cuatrocientas páginas.

—No voy a describirte preparando té.

Caroline alza una ceja.

—¿Porque es sexista o porque ni siquiera sé preparar té correctamente?

—Porque la última vez casi incendias mi cocina.

Ella señala la cafetera.

—Eso fue un fallo técnico del aparato.

—Intentaste calentar leche en una cafetera italiana.

Se encoge ligeramente de hombros antes de volver a coger la taza.

—Y aun así me quieres.

Dios.

La frase llega ligera.

Distraída.

Casi casual.

—No pongas esa cara.

Entrecierro ligeramente los ojos.

—¿Qué cara?

—La de hombre devastado por una frase cotidiana.

Me acerco despacio hasta quedar frente a ella y apoyo una mano en la encimera, atrapándola suavemente entre mis brazos sin llegar

a tocarla todavía. Ella levanta apenas la cabeza para mirarme.

—Es tu culpa —murmuro—. Últimamente dices cosas que afectan gravemente a mi fragilidad masculina.

—La doctora Hargreaves dice que estoy mejorando muchísimo.

—¿Sí?

Asiente con solemnidad fingida.

—Al parecer ya no reacciono a la vulnerabilidad como un animal salvaje atrapado en una autopista.

—Eso es bastante prometedor.

—También ha dicho que sigo utilizando el humor para desregular conversaciones importantes.

—Eso ya me gustaba de ti.

Caroline cierra los ojos apenas un segundo inclinándose mínimamente hacia mi mano antes de volver a abrirlos.

Hace unos meses habría retrocedido inmediatamente después de un momento así. Ahora se queda.

Permanecemos así varios segundos más hasta que ella mira por encima de mi hombro hacia el salón.

—Por cierto —dice de repente—. Esa lámpara sigue siendo horrible.

Parpadeo.

—¿Perdón?

Caroline señala hacia el sofá.

—La lámpara del rincón. Parece comprada por un profesor divorciado de filosofía política.

Me quedo mirándola unos segundos antes de empezar a reírme.

La mujer que pasó meses preparándose para perderme acaba de hablar de cambiar una lámpara dentro de mi piso como si asumiera naturalmente que seguirá aquí para verla.

Y quizá eso sea el amor al final. No encontrar a alguien que no dé miedo. Sino encontrar a alguien por quien quedarse igualmente.

—Vale. Te autorizo oficialmente a redecorar el piso entero si eso va a evitar que sigas insultando mis decisiones decorativas a las nueve de la mañana.

Entrecierra los ojos por encima de la taza.

—No quiero redecorar el piso entero. Solo algunas cosas muy concretas que actualmente parecen seleccionadas por un hombre con acceso limitado a tiendas de iluminación.

—Qué nivel de violencia para un domingo.

—Estoy siendo constructiva.

—Caroline, puedes cambiar lo que quieras. Todo lo que necesites para sentirte en casa aquí.

Ella baja la vista hacia la taza antes de volver a mirarme y algo en su expresión se suaviza de una manera que me aprieta directamente el pecho.

—Aunque estuviera decorado por una oligofrénica —murmura—, seguiría sintiéndose casa.

Epílogo

Un año después

El problema de que tu novio escriba un libro inspirado parcialmente en vuestra historia sentimental es que tarde o temprano terminas sentada en un restaurante de Mayfair junto a tu madre, mientras ella sostiene un ejemplar recién comprado y te pregunta, delante de todo el mundo, qué porcentaje exacto del contenido es sexualmente autobiográfico.

—Mamá —digo lentamente, dejando la copa de vino sobre la mesa—, voy a necesitar que no utilices esa frase nunca más.

Mi madre me mira con absoluta serenidad desde el otro lado de la mesa, como si estuviéramos hablando del tiempo.

—Solo estoy intentando entender el proceso creativo.

—El proceso creativo no necesita ser explicado por tu hija durante la cena.

Amelia, sentada a mi lado, se atraganta ligeramente con el vino por culpa de la risa. Jason, el muy traidor, baja la cabeza e intenta disimular una sonrisa contra el menú. Lo odio. Lo odio con toda mi alma en este preciso instante.

El restaurante está lleno de esa elegancia discreta tan londinense: luces cálidas, mantelería impecable y conversaciones en voz baja. Nuestra mesa, sin embargo, parece el set de una comedia británica que se ha salido ligeramente de control. Y lo peor es que ya ni siquiera me sorprende.

Mi madre lo adora. Eso, en sí mismo, debería haberme parecido altamente sospechoso desde el primer día.

—Bueno —continúa ella mientras deja el libro sobre la mesa con una tranquilidad que roza lo ofensivo—, al menos el título es discreto.

Cierro los ojos un segundo.

Dios mío. El título.

Él carraspea suavemente antes de intervenir con la serenidad de un hombre que claramente está disfrutando demasiado de mi sufrimiento.

—Fue idea de Bárbara, técnicamente.

—Claro que lo fue —murmuro.

Porque, efectivamente, el nuevo libro de Jason Clark se titula *Una vecina muy divina*. Y sí, todo el mundo entiende perfectamente de qué va. Bárbara Watson considera esto una estrategia comercial brillante, y yo estoy seriamente considerando asesinarla antes de Navidad.

Amelia sonríe apoyando el codo sobre la mesa.

—Para ser honestos, podría haber sido peor. Bárbara propuso inicialmente *Paredes finas y malas decisiones*.

Mi madre parece genuinamente interesada.

—A mí ese me gusta.

—Por supuesto que te gusta —respondo mientras me dejo caer contra el respaldo de la silla—. Has venido hoy con energía de villana secundaria encantadora.

Jason finalmente levanta la vista hacia mí y ahí está otra vez esa sonrisa tranquila que, un año después, sigue teniendo exactamente el mismo efecto devastador sobre mi sistema nervioso. Eso también resulta ligeramente ofensivo. Se suponía que enamorarse tanto de alguien debía estabilizarse eventualmente. No empeorar.

Su mano busca la mía debajo de la mesa y la aprieta con suavidad mientras Amelia y mi madre debaten animadamente sobre cuál de las dos gestionaría peor una crisis mediática. La respuesta, obviamente, es que ambas serían un desastre absoluto.

—Lo único que digo —continúa mi madre señalando el libro otra vez— es que si una va a inspirar una novela romántica al menos

debería obtener detalles específicos.

Mi novio bebe un sorbo de vino intentando mantener una expresión neutral. Cobarde.

—Mamá.

—Caroline, cielo, llevo un año escuchando indirectas en todas las entrevistas. Merece la pena monetizar el trauma familiar si el resultado incluye cenas gratis en Mayfair.

Amelia directamente empieza a reírse. Y lo más extraño de todo es la naturalidad con la que esto ocurre ahora: la forma en que personas que hace apenas un año pertenecían a compartimentos completamente separados de mi vida ahora comparten vino, pan y burlas públicas sobre mi vida sentimental como si llevaran haciéndolo toda la vida.

Jason aprieta suavemente mis dedos debajo de la mesa. Es un gesto pequeño, casi imperceptible, pero basta para que gire automáticamente la cabeza hacia él. El muy idiota lo sabe, claro que lo sabe.

—¿Qué? —pregunta con falsa inocencia.

Entrecierro los ojos.

—Estás disfrutando demasiado de todo esto.

—Objetivamente, tu madre es divertidísima.

Mi madre sonríe inmediatamente.

—Gracias, querido.

—No le des validación —murmuro.

—Ya es tarde para eso —dice Amelia mientras se termina el vino —. Honestamente, Caroline, todos vimos venir esto muchísimo antes que vosotros.

Jason resopla una pequeña risa.

—Bárbara literalmente apostó dinero.

Giro lentamente la cabeza hacia él.

—¿Perdón?

—Cien libras a que acabarías viviendo parcialmente en mi piso antes de final de año.

Mi madre parece escandalizada.

—¿Solo cien?

—Gracias, mamá. Muy bonito ver que la familia mantiene estándares tan altos respecto a mi vida sentimental.

Jason ya se está riendo abiertamente cuando llega el camarero con la cuenta y, durante unos segundos, todo se convierte en ruido, movimiento y copas. Aprovecho ese instante para observarlos: mi madre hablando con Amelia como si se conocieran de toda la vida, Jason revisando distraídamente el móvil sin soltar mi mano debajo de la mesa. La calma. La normalidad.

Y quizá lo más extraño de todo es que ya no siento la necesidad constante de buscar la grieta, la señal, el momento exacto en que todo empezaría a romperse. Ahora simplemente estoy aquí. Dentro de mi vida. Queriéndolos. Quedándome.

Mi chico levanta la vista del teléfono y me pilla mirándolo.

—Esa cara suele significar que estás pensando demasiado.

Sonrío apenas.

—Probablemente.

Él se inclina ligeramente hacia mí.

—¿Algo grave?

Miro alrededor una vez más: la mesa llena, las risas, Londres esperándonos fuera, la presentación de su libro en menos de una hora y, sobre todo, a él. Siempre a él.

Niego despacio con la cabeza antes de acercarme para besarlo suavemente.

—No —murmuro contra su boca—. Solo estaba pensando que tu lámpara sigue siendo horrible.

Se queda mirándome un segundo. Después empieza a reírse con esa risa baja y cálida que siempre me desarma. Y quizá esto es exactamente el amor al final: no dejar de tener miedo nunca del todo, sino encontrar a alguien con quien incluso el futuro dejara de parecer una amenaza constante.
